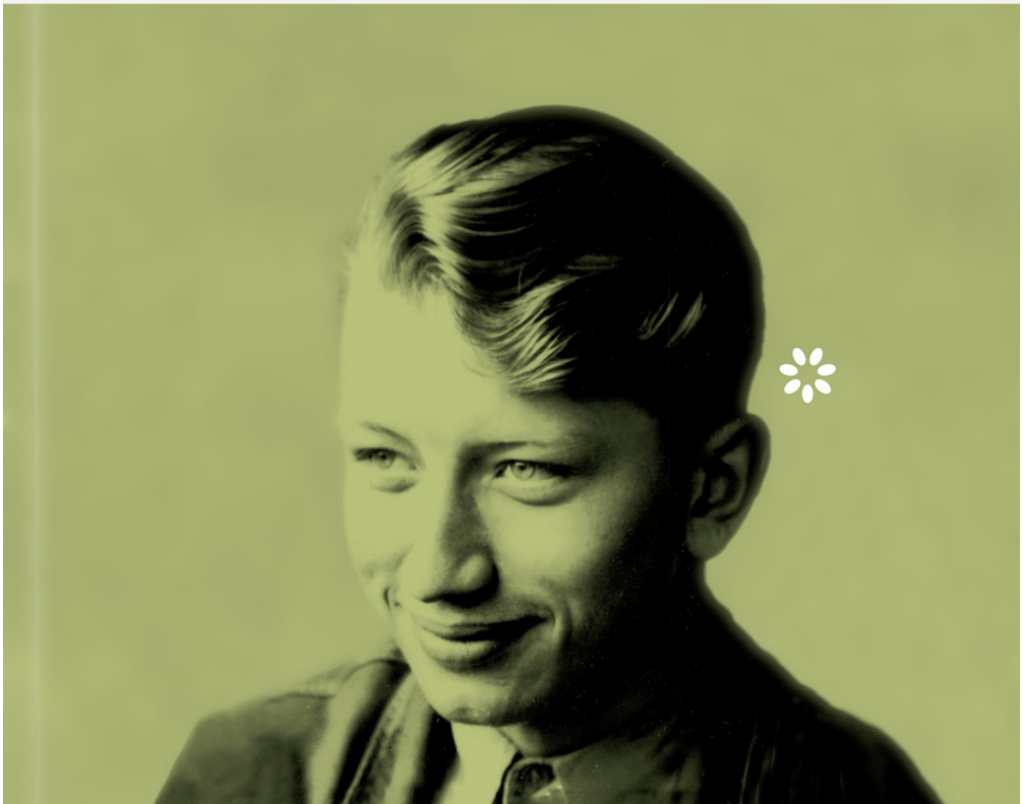
Libros del Asteroide

Ricardo Dudda

Mi padre alemán



Ricardo Dudda

Mi padre alemán

Finalista del II Premio de No Ficción
Libros del Asteroide

Libros del Asteroide

Índice

Portada
Mi padre alemán
Prólogo
Uno
Dos
Agradecimientos
Fuentes y obras consultadas
Colofón
Nota Biográfica

En enero de 2022, un jurado compuesto por Jordi Amat, Daniel Capó, Daniel Gascón y el editor Luis Solano otorgó el II Premio de No Ficción Libros del Asteroide al proyecto «La vida anterior de Gernot Dudda», de Ricardo Dudda.
Primera edición, 2023
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.
© Ricardo Dudda, 2023
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.
Fotografía de cubierta: Gernot Dudda. Archivo del autor.
Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Santaló, 11-13, 3.° 1.ª
08021 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com
ISBN: 978-84-19089-70-0
Composición digital: www.acatia.es
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Para papá

Prólogo

Mi padre nació en 1940 y yo en 1992. Nos llevamos cincuenta y dos años. En su larga vida ha sido muchas cosas más que mi padre. Es padre de otros. Fue marido de una mujer que no es mi madre. Amante de mujeres que ya olvidó y que lo olvidaron, a las que abandonó o que le abandonaron. Hijo de unos padres a los que nunca conocí. Refugiado de un país que ya no existe.

Mi padre me había contado muchas veces la historia de su huida de Prusia en enero de 1945. Me había hablado del hambre en la posguerra, de los campos de refugiados, de los cruces de frontera, de la Nochebuena en la que sus padres le regalaron una naranja y le pegó un mordisco con la piel. Era una historia familiar recurrente, que contaba en privado pero también en discursos y actos públicos. Era una historia adornada, efectista, un relato de superación: de niño refugiado a empresario de éxito. Mi padre fue toda su vida publicitario y su mejor producto fue él mismo.

En 2008, con dieciséis años, conté esa historia en un trabajo de bachillerato. El texto estaba basado exclusivamente en sus testimonios, que él mismo se encargó de escribir durante varias semanas en un viejo ordenador. No lo entrevisté, no indagué mucho. No me interesaba mucho su historia. La había escuchado ya demasiadas veces. Con el tiempo superé ese recelo: quizá detrás de esas anécdotas que me sabía de memoria había algo. Entonces ese proyecto se convirtió en un ruido de fondo constante en mi cabeza. Tarde o temprano tendría que empezar. Pero había muchas cosas que me bloqueaban. No sé hablar alemán. ¿Cómo iba a escribir un libro sobre mis raíces alemanas? Tampoco conocía bien la historia de Prusia. ¿Cómo iba a escribir sobre la vida de mi padre prusiano sin saberlo todo sobre la región en la que nació? Había también una urgencia que, más que incentivarme a escribir, me paralizaba: mi padre era mayor, no me quedaba mucho tiempo para contar su historia.

El 26 de junio de 2020 me senté con él y encendí la grabadora. Comenzó a hablar. Al día siguiente repetimos. Y al siguiente. A lo largo del verano grabé unas quince horas de conversaciones con él. Me habló de su infancia durante el nazismo y en la Alemania soviética, de su vida como refugiado

en los primeros años de la República Federal de Alemania. Pero también hablamos del amor, de la muerte, de las ofertas del Lidl, de geranios, de pájaros, de política, me contó chistes alemanes, me cantó canciones. Hablamos en sobremesas con un chupito de aquavit, su licor favorito, y conduciendo al médico; paseando junto al mar y en la terraza del chiringuito; por mensajes de texto y en llamadas que yo grababa. Nuestra conversación siguió durante los dos años siguientes. Lo visitaba cada mes, charlábamos durante horas. Cuanto más le preguntaba, más conseguía recordar. Con ochenta años, su memoria era prodigiosa. Claramente había una historia, aunque solo fuera la de un padre y un hijo charlando sobre sus raíces.

En abril de 2021, mi tío Ekkehard murió. Descubrí entonces que había conservado durante décadas cientos de documentos y fotografías de la familia. Cuando vino su viuda de visita a España, me donó ese archivo familiar. Mi proyecto entonces cambió. Ya no solo tenía el testimonio de mi padre. Ahora podía poner fechas, añadir contexto. Lo que descubrí en esos documentos me permitió contar una parte de la historia familiar que ni mi padre conocía.

Mi padre pensaba que este libro sería una hagiografía. No tardó en darse cuenta de que esa no era mi intención. Aún no ha leído este libro, y yo todavía no tengo muy claro lo que es. Es un *collage*, es una exploración del pasado familiar, es una reflexión sobre la culpa y el desa-rraigo, es una biografía y una autobiografía, es una larga conversación frente al mar y llena de digresiones entre un padre y un hijo.

Uno

Canta un ruiseñor en El Hoyo. Creo que es un ruiseñor. Mi padre dice que no, que es un mirlo. «El ruiseñor canta a otras horas.» No sabía que pudiera distinguir el canto de un ruiseñor del de un mirlo, tampoco que conociera sus horarios. Se ha quedado soltero, dice. «Normalmente tiene una pareja que habla con él, pero ahora no le contesta nadie.» También tiene fichadas a las tórtolas, a los pinzones y a una golondrina que lo viene a visitar y se posa en el aparato del aire acondicionado. «Con la edad, me acuerdo de los nombres de los pájaros en alemán.» ¿Y esta faceta tardía de ornitólogo? Es nueva. Supongo que es porque aquí no se puede hacer mucho más. Escuchar a los pájaros. Mirar el mar. Esperar a que llueva. Y como no llueve, salir a regar. Comprobar si el viento es de Poniente o de Levante. Revisar el barómetro. Dormir una siesta después del desayuno y otra después de comer. Pasear hasta la rambla con pasos muy cortos por la carretera que va junto al mar. La vida de mi padre en El Hoyo es sencilla.

Mi padre llama El Hoyo a esta casa porque así la conocen los ancianos de la zona. La dirección oficial es otra, igual de ambigua: si preguntas por Diseminado Ifre Parazuelos o Paraje de Parazuelos nadie te sabrá decir exactamente dónde está. El cartero llega, pero Amazon no. Cuando mi padre hace un pedido online recibe siempre el mismo mensaje: el repartidor llegó al destino y no había nadie en casa. Pero es mentira, estaba mi padre esperándolo en la puerta de la finca, sentado en una silla de plástico junto a la carretera. (Antes de que existiera Google Maps, cuando mi padre invitaba a alguien a El Hoyo dejaba el coche en la carretera con las luces de emergencia puestas.)

Mi padre compró El Hoyo en 1982. Fue durante décadas la casa de vacaciones de la familia hasta que se convirtió en la única (y última) casa familiar. En 2004, mis padres cerraron su empresa de publicidad y cambiaron el barrio madrileño de Ciudad Lineal por esta antigua casa de pescadores entre Mazarrón y Águilas, en Murcia. Mi padre ya estaba en edad de jubilarse. Mi madre rescató su título de filología francesa y empezó a dar clase en un instituto en Mazarrón. Y mi hermana y yo, con diez y doce años, pasamos de ser niños de ciudad a ser niños de ciudad en el campo: a ella creo que le costó más que a

mí, que cumplí finalmente mi sueño de estar todo el día en chándal con un palo en una mano y la correa del perro en la otra. Luego mis padres se divorciaron, mi hermana y yo nos volvimos a Madrid a estudiar, mi madre se mudó a Murcia y en El Hoyo se quedó mi padre. Aunque rehízo su vida sentimental y su nueva pareja, Conchita, se mudó con él, la casa permaneció durante años casi intacta, un yacimiento arqueológico de la familia: desde las vajillas hasta los imanes en el frigorífico. Con el tiempo, empecé a ordenar los recuerdos repartidos en maletas, álbumes, cajas, bolsas, latas de galletas danesas. Lo que allí había no solo contaba la historia inmediata de la familia, sino que se remontaba mucho más atrás.

Mi habitación de adolescencia se convirtió en el despacho de mi padre. Es la zona cero del archivo familiar. Está llena de trastos. Una radio de hace cincuenta años, que enciende solo para ponerle música a Cira, cuya caseta está al otro lado de mi ventana; así no se siente sola por las noches. Su trombón, un atril, partituras, un teclado Yamaha. Mi bajo eléctrico y un amplificador. Las grandes bolsas de pienso de los perros: aparte de Cira están Rufo y Nea. Libros de «El Barco de Vapor» y de mis años universitarios. Cajas de tomates llenas de cables, facturas, tarjetas de visita, folletos, lienzos de cuando le dio por pintar, móviles antiguos, un maletín que sí se puede abrir y otro que no, una caja de vinos tan viejos y podridos que son casi aguardiente. Retratos de sus padres: Frieda y Richard. Y muchas fotos y documentos sin catalogar, de mi infancia pero también de la suya.

Tiene una relación extraña con los recuerdos que acumula: guarda con el mismo cuidado, o la falta de él, un calendario de un taller y una foto de su padre desactivando bombas en la posguerra mundial. Una carta desde Nueva York de una de las hijas de su primer matrimonio, del 20 de octubre de 1990: «Querido papi: Acabo de llegar de Méjico y me lo he pasado genial. Han sido tres semanas supergeniales». Y al final, tras la despedida, un par de números de teléfono de Murcia, que anotó mi padre décadas después. En un pequeño baúl lleno de monedas extranjeras, una carta de su tía Liesbeth, con quien escapó de Elbing, su ciudad natal, en enero de 1945.

No es solo indiferencia. Hay algo intencionado en su desdén. No es fetichista y tampoco le gusta regodearse en el pasado. La vida es quemar etapas y no mirar atrás. Cuando hablo con él de su pasado no se pone nostálgico. No se emociona recordando a los amigos y familiares que murieron o desaparecieron de su vida, las parejas que fracasaron, el drama de la guerra y la posguerra. Su vejez no ha ido por ese camino. Ha ido por otros igual de transitados: las manías, la vulnerabilidad, la enfermedad, los pequeños miedos. Si yo no le preguntara por su pasado, creo que no pensaría mucho en él. Cuando charlamos, da la misma importancia a una anécdota de hace cuarenta años que a una de ayer. Tampoco tiene nostalgia política. Nunca se lamenta de cómo han cambiado las cosas, de que los jóvenes hoy hacen esto y lo otro y en mi época había más respeto y la gente se saludaba y estaba bien piropear a las mujeres… Nada. Tiene ochenta años y vive en el presente. No lee libros de historia, lee la prensa. Es el primero en enterarse de la construcción de un nuevo tramo de carretera que pasará cerca de casa, va al ayuntamiento a informarse de un plan urbanístico, se alegra cuando abre una nueva empresa en la región. Está siempre al día y le gusta descubrir palabras: «He aprendido un nombre nuevo. nerd. Salió en una entrevista en *Die Welt*. Very interesting fandango», me escribe por WhatsApp.

En el salón las cosas están más ordenadas que en su despacho. En una encimera, un modesto altar a la Virgen del Rocío con una vela, que enciende cuando le digo que estoy pasando por una mala racha o cuando mi hermana tiene una entrevista de trabajo. Es un luterano bastante heterodoxo. En las paredes, se mezclan cuadros sin carisma, que podrían decorar un apartamento de alquiler, con fotos y cuadros de Elbing. En el mueble de la estantería, en el hueco donde debería ir la tele, hay un pequeño memorial vanidoso. Un retrato en el que posa con la mano en la barbilla, como un autor en la solapa de su libro. Una portada de la revista *Anuncios* de 1989 en la que aparece él. Una foto con el alcalde de Mazarrón de cuando dio el pregón de las fiestas. Y una foto de la familia Dudda en 1944. Está hecha en un estudio fotográfico de Viena. Mi abuelo viste el uniforme de la policía y mi padre está vestido de domingo y

tiene un tupé a lo Tintín o Titeuf.

En las estanterías, una biblioteca caótica donde se mezclan, como en su despacho, lo importante con lo superfluo, y lo que es suyo con lo que fue de mi madre o mío: novelas de aeropuerto, románticas, un libro *pop-up* titulado *Picardías de la Belle Époque*, guías de viajes, *Mil ideas de Ganchillo*, *El Tao de la mujer de hoy*, ejemplares de la revista *Licencias Actualidad* (la «revista internacional del mundo de las licencias y productos licenciados»), una biblia quemada (lo único que sobrevivió al incendio de su casa en Pozuelo del Rey) conservada en una pequeña vitrina, y una cajita con las cenizas de Luna, la mastina que murió hace unos años. Y entre las páginas de los libros, más recuerdos. «Muchas veces para no perder una cosa la meto en un libro», me dice. Permanecen ahí años. Hay fotos de mi infancia, fotos de su infancia, algún documento importante, los regalos que le hacíamos por el día del padre. Muchos libros tienen dedicatorias. Dentro del libro *The Group*, de Mary McCarthy, esta frase: *When love is true, it's forever*. Es de su primera mujer. «No fue para siempre», le digo. «No, solo doce años», me responde. En otro libro, otra dedicatoria: «Para mi poeta favorito».

No me habla nunca de su vida sentimental, que me está vetada. No supe el nombre de su primera mujer hasta que lo vi en uno de sus viejos documentos. Cuando le pregunto por su primer divorcio, que dice que fue el número 53 de Madrid (le suelo decir que parece que hizo cola en junio de 1981, cuando se aprobó la ley), me responde: «¿A ti no te interesaba la guerra?». Vale, vale. Pero ¿y la historia de la cupletista Olga Ramos que te llamaba «mi general alemán»? ¿Estuviste liado con ella? ¿Y eso que cuentas a veces de que en tu primera boda te casó un «cura etarra» porque era el único que se ofreció a casar a un luterano con una católica? «No te despistes.» A veces parece un político y me dice que lo que me va a contar es *off the record*.

Como un agente de la Stasi registrando el domicilio de un disidente, busco reliquias entre las páginas de sus libros de John Grisham, Frederick Forsyth, Noah Gordon y Tom Clancy. También entre los álbumes de fotos de mi infancia y en aquellos

que conserva de sus años de noviazgo y matrimonio con mi madre. En uno de 1991, dedicado en exclusiva a una fiesta de cumpleaños de su hermano Ekkehard, y lleno de fotografías anodinas y desenfocadas en las que aparece gente con los ojos cerrados o la boca abierta, encontré un documento viejo y amarillento de mi abuelo Richard. Está mecanografiado en inglés y alemán por una cara, y en el reverso está escrito en ruso y a mano.

> El portador del presente, Mr. Richard Dudda, Hauptwachtm.d.Schutzpolizei de Plötzkau, trabaja como policía de este distrito. Su deber es custodiar el suministro de alimentos en este distrito y realizar otras acciones en relación con su profesión. El alcalde está obligado a proporcionar asistencia al portador de este presente. Sus órdenes deben ser cumplidas. El no cumplimiento de esta orden será penalizado por ley. Bernburg, 26 de junio de 1945.

No es el documento más importante que guarda. Hay otro más antiguo que conserva con celo y que no está a la vista. Está escondido dentro de la vitrina donde está la biblia chamuscada, en la estantería del salón. Es el *Polizei Dienstpass*, o pasaporte policial, de mi abuelo. Tiene lo que parecen manchas de sangre y una gran esvástica. En su interior, todos sus destinos policiales y militares, de antes y durante la segunda guerra mundial. Mi padre lo conserva ahí, imagino, no por orgullo sino para que no se pierda, para que no se pierda de verdad, no como lo que guarda entre las páginas de los libros. Es decir, a pesar de su antifetichismo, es consciente de su importancia. Creo que no se lo ha enseñado nunca a nadie, comprensiblemente. Prefiere contar otras historias más amables de su pasado lejano: la huida épica de los rusos, el hambre, cuando su madre le regaló una naranja por Navidad, la vida en los campos de refugiados, su mudanza a Burgos en 1963 con una maleta y un trombón. Por eso cuando digo que nunca habla de su pasado miento un poco. Lo reserva para ocasiones especiales. Y lo adorna como el publicitario que siempre ha sido.

«En primer lugar, me disculpo por mi fuerte *asento* andaluz», dice desde el escenario ante una audiencia de por lo menos

trescientas personas. Es el 22 de noviembre de 2009, Día de Santa Cecilia. Como todos los años, la banda municipal de Cabezo de Torres toca en honor de la patrona de los músicos. Hoy también homenajea a mi padre, que se incorporó a la banda de esta pedanía de Murcia tras separarse de mi madre. Durante un tiempo, vivió entre Cabezo de Torres y El Hoyo. Probablemente fue idea suya dar un discurso, que está en YouTube bajo el título «Carta de Gernot Dudda 2009». Siempre le ha gustado el protagonismo. Su relato, como es normal en él, está casi todo en pretérito imperfecto:

«Después de la guerra vivíamos mis padres, mi hermano y yo en un campo de refugiados al noroeste de Alemania. [...] No eran momentos muy felices para un niño pequeño como yo. Pero no pasábamos hambre, porque desde USA nos mandaban paquetes con ropa y comida. [...] Una empresa de Atlanta nos mandaba bebidas. Un líquido marrón oscuro que sabía a farmacia. Hoy eso se llama Coca-Cola. Nos daban unas albóndigas aplastadas que hoy se llaman hamburguesas. [...]

»Una vez nos mandaron una banda. Yo lógicamente nunca había ni visto ni oído una banda. Y me puse en la primera fila en el concierto. [...] Estaba francamente impresionado, boquiabierto, ahí pequeño delante de la orquesta. Empezaban tocando marchas muy ruidosas, muy fuertes. Después de cada música saludaban con mucho rigor, como suelen hacer los militares. Y de repente tocaban una música que me quedaba grabada inmediatamente. [Empieza a tararear.] Me gustó porque transmitía alegría y era muy distinta a las otras obras. Y me impresionó. Me acerqué al atril y me di cuenta de que el nombre que figuraba en las partituras era “Spanish Rhapsody”. En este momento nació para mí un sueño. O mejor dicho, dos sueños. Yo decía: me gustaría vivir en un país donde nace este tipo de música. Y me gustaría tocar en una banda como esta. Y lógicamente perseguí este sueño con mucho ahínco. Como moraleja: todo llega en esta vida, solamente hay que perseguirlo con mucha ilusión. No hay que claudicar nunca.

»Sabía de pequeño en el cole todos los ríos españoles como nadie. El Ebro, el *Tallo* o Tajo o como se llame. Me leía Lope de Vega, me leía Cervantes. Me leía Ortega y Gasset. Imaginaos

esto en alemán. Qué horror. Aprendí el *tenorhorn*[*] y, cuando tenía el brazo más largo, el trombón. Y finalmente después de mis estudios conseguí un puesto de trabajo en España. Era en los momentos en los que todos los inmigrantes se fueron a Alemania, pero yo siempre llevaba la contraria a todo el mundo y me iba a España. Nunca me imaginaba que iba a terminar en Burgos, porque yo pensaba que era sol y playa pero allí pasé un frío tremendo. [...] Se ha cumplido el sueño del niño pequeño en el campo de los refugiados. Pero nunca este niño se habría imaginado que iba a tocar en una banda como la de Cabezo de Torres. Muchas gracias.»

Ovación, público puesto en pie. Se emociona. Yo también, a pesar de haber estado durante el discurso encogido en el asiento, un poco abochornado; siempre lo paso mal durante sus intervenciones en público. El discurso es un buen ejemplo de su faceta de publicitario. Es todo *pathos*. Si algo no encaja naturalmente, se estira un poco la realidad. El niño refugiado. La partitura de «Rapsodia española» de Liszt. El nacimiento de un sueño. Quería vivir en un sitio donde sonara esa música, y ahí acabó viviendo. Quería tocar en una banda así, y eso acabó haciendo. La última frase me resulta especialmente divertida: «Nunca este niño se habría imaginado que iba a tocar en una banda como la de Cabezo de Torres». Supongo que los presentes la interpretaron de la mejor manera posible: este señor con acento extraño y humor aún más extraño nunca imaginó siquiera poner los pies en un sitio tan estupendo como Cabezo de Torres. A mí me parece una frase de político en campaña. En el pueblo vecino, el próximo de la gira de campaña, el Gernot político habría dicho: «Nunca este niño se imaginó que visitaría la magnífica villa de Puente Tocinos».

Hay obviamente inexactitudes, cosas inverosímiles. ¿Se estudiaban los ríos de España y a Ortega y Gasset en los colegios de los años cincuenta en Alemania? Bueno, quizá sí. No lo sé. Pero ¿se acuerda realmente de que la partitura era «Rapsodia española»? ¿Y lo del «líquido marrón oscuro» y las «albóndigas aplastadas»? Parece un discurso pagado por el Congreso por la Libertad de la Cultura o una escena de *1, 2, 3* de Billy Wilder. Da igual. Los cabezotorrenses quedaron muy contentos. El

alcalde le felicitó personalmente. A partir de entonces, la gente comenzó a reconocerlo por la calle. En el pueblo no había nadie como él. Mi padre dice que esa originalidad es su *unique selling proposition*. Es un concepto publicitario, desconozco si todavía vigente o una antigualla, que indica lo que realmente te distingue de tus competidores (la vida siempre como una competición). Y en Cabezo de Torres, y en todos los sitios en los que ha vivido, no ha tenido ni tendrá competidores. Ha sido y será siempre el único alemán prusiano luterano trombonista refugiado de la segunda guerra mundial que le reza a la Virgen del Rocío.

Mi padre nació el 16 de mayo de 1940 en la calle Landwehr de Elbing, una pequeña ciudad alemana junto al mar Báltico, a unos sesenta kilómetros de Danzig, en Prusia Occidental. Sus padres, Frieda y Richard, lo bautizaron como Gernot Eckehard Dudda. A los pocos meses la familia se mudó al número 13 de la calle Skagerrak. Allí nació su hermano, Bernd Norbert, el 1 de abril de 1942. («Siempre le tomamos el pelo y le decimos que era "un polvo del permiso de tu padre"», me dice.) El tercer hermano, Ekkehard Robert, no nacería hasta el 9 de noviembre de 1950.

Mi abuela Frieda nació el 24 de noviembre de 1914 en Elbing. Tengo una copia de su certificado de nacimiento; en realidad es una declaración jurada de la matrona que asistió a su parto, una tal Johanna Menzel, que atestigua que nació a las dos y cuarto de la tarde en Grünstrasse n.º 14 de Elbing. En un pasaporte de 1964 aparecen varios datos suyos. Nombre: Mobilia Frieda Lotte Dudda, de soltera Stobbe. Ocupación: ama de casa. Forma de la cara: oval. Color de los ojos: gris. Altura: 162 cm. Marcas distinguidas: ninguna. Religión: *luth.*, luterana.

Tengo el certificado de nacimiento de mi abuelo. Es una copia hecha el 20 de abril de 1937. Richard Robert Dudda. Nació el 26 de septiembre de 1912 en Kurwien, una pequeña aldea de la región de Masuria, en Prusia Oriental. Padres: Wilhelm y Wilhelmine, es decir, Guillermo y Guillermina. Profesión: Agricultores. El documento está firmado por un tal Foltin, que según mi padre era el profesor de latín de Richard (¿cómo es posible que recuerde algo tan específico?) y, por lo que parece, también el notario del pueblo. Esto es importante porque a partir de él, mi padre recuerda a su profesor de latín, un tal Johannes Holterman, que fue quien le explicó el significado de su nombre. «*Not* es "peligro", necesidad. *Ger* es "lanza" en alemán antiguo. La lanza hacia el peligro. El que ayuda a los demás.» Pero en realidad Gernot significa simplemente «el que blande la lanza». No se especifica si lo hace para defender el bien.

Gernot es el que blande la lanza y Dudda proviene de la palabra eslava "duda", que según el idioma (polaco, ucraniano, húngaro) significa «músico callejero», «trovador errante» o

«gaitero». Al menos eso dice un certificado de The Historical Research Center que compró mi padre el 10 de mayo de 1995 en un puesto del Aeropuerto de Barajas en Madrid; el típico certificado heráldico *prêt-àporter* que uno compra mientras espera a que abran la puerta de embarque. Parece una broma pero tiene cierto rigor. Aunque el documento es sobre el apellido «Duda», con una *d*, identifica su origen en el pueblo natal de Richard. «Los primeros casos de este apellido en Alemania incluyen a un tal Marzk Duda que aparece en los registros escritos de Kurwien en el año 1706 *(Archiv für Sippenforschung und alle verwandten Gebiete)*.»

Hoy Elbing, la ciudad natal de mi padre, mis tíos y mi abuela, se llama oficialmente Elbla¸g. Danzig es Gdansk. Kurwien, donde nació mi abuelo, y donde nació también ese trovador errante llamado Marzk Duda, se llama Karwica. Ya no son localidades alemanas, sino polacas. Y Prusia, la entidad política a la que pertenecían, ya no existe. Tras el Acuerdo de Potsdam del 3 de agosto de 1945, que firmaron Reino Unido, la Unión Soviética y Estados Unidos, los territorios de Prusia, que por entonces formaban parte de la Alemania nazi, fueron integrados en Polonia y Alemania del Este (luego la RDA).* En 1947, los aliados disolvieron definitivamente el Estado prusiano.

¿Cómo explicas de dónde eres si tu lugar de nacimiento ya no *existe*? En su carnet de conducir de 1964, cuando ya se había mudado a España, mi padre dice que nació en «Elbing/Westpr», es decir, Elbing, Westpreussen (Prusia Occidental). En un pasaporte viejo dice que es de «Elbing, Ostpr», por Ostpreussen, Prusia Oriental. En otros documentos dice directamente «Elbing, Alemania». ¿Qué es lo acertado? Mi padre nació en Elbing cuando la ciudad se llamaba Elbing y era alemana: lo fue entre 1772, cuando dejó de formar parte de la Mancomunidad de PoloniaLituania tras la primera partición de Polonia, y 1947. Pero hoy es polaca y se llama Elbla¸g. La ciudad es la misma, o casi, porque fue destrozada durante la guerra. Pero Elbla¸g no tiene nada que ver con Elbing. En su ciudad natal, a mi padre no lo entienden si habla en su lengua materna. Cuando viaja a Elbla¸g, no vuelve a casa.

Decir Elbing en vez de Elbla¸g no es como decir Lérida en

vez de Lleida. Es decir, sí, Elbing es el nombre alemán de Elbla¸g. Pero los dos nombres no conviven. Hoy en Elbla¸g no hay carteles en alemán. No es una lengua cooficial. El cambio de nombre oficial vino acompañado de un cambio demográfico, soberano y lingüístico. Cuando mi padre nació en Elbing, la población era casi cien por cien alemana; hoy es casi cien por cien polaca. (Como ejemplo equivalente, hoy en Gdansk, que fue una ciudad casi completamente alemana antes de 1945, hay un noventa y siete por ciento de polacos y solo un 0,4 por ciento de alemanes). Las iglesias protestantes de antes hoy son católicas. Cuando fui con mi padre hace unos años a Elbla¸g, me enseñó la pila bautismal donde un cura luterano lo bautizó en 1940; hoy en esa misma pila, de la misma iglesia, se bautiza a católicos.

Su desarraigo es también documental. Mi padre no tiene certificado de nacimiento. La última vez que fue a renovarse el pasaporte a Alicante se lo pidieron y explicó que no lo tenía. «Bueno, déjeme el nombre de su ciudad natal y lo pedimos.» Les respondió con la historia de la invasión soviética de Elbing en 1945 y el cambio de fronteras y soberanía y en general demasiada información para un funcionario consular. Su único certificado de nacimiento es la fotocopia de una declaración jurada de su padre admitiendo que es su hijo.

Como solución intermedia y personal, para resolver la confusión de su origen, mi padre siempre se ha definido como prusiano luterano. Es una descripción más o menos exacta: el lugar donde nació, cuando todavía existía, y su religión. Pero quienes lo escuchan definirse así piensan que lo dice en sentido figurado: prusiano luterano como sinónimo de alemán recio, disciplinado y «cabeza cuadrada». Como denominar castellano o castizo a un español de interior. Pero Castilla sigue existiendo y Prusia no. Mi padre se considera prusiano luterano por una mezcla de orgullo y melancolía (no diría nostalgia porque se marchó a los cinco años), una mezcla muy prusiana.

Los prusianos siempre se consideraron especiales. Eran alemanes pero no unos cualquiera. Fueron un imperio antes que Alemania, y una de las grandes potencias del centro y este de Europa durante siglos. Cuando el Reino de Prusia se integró en el Imperio alemán, con la unificación de Bismarck en 1871, Prusia se convirtió en su Estado más poblado e importante. Prusia fue, durante décadas, especialmente en sus años expansionistas e imperialistas, el verdadero esqueleto de Alemania, una especie de patria dentro de otra patria. También fue su esqueleto ideológico. Era el núcleo germánico, teutón, militarista y reaccionario de Alemania. La concepción prusiana de la política era feudal: unas pocas familias de aristócratas controlaban la tierra y mantenían en un estado de semiesclavitud a sus súbditos, que solían pertenecer a minorías étnicas y religiosas. Sus políticos eran célebres por su desprecio a la democracia, su reaccio-narismo y su obsesión militarista: el noble prusiano Friedrich von Schrötter llegó a decir en el siglo XVIII que «Prusia no es un país con un ejército, es un ejército con un país». No en vano muchos historiadores creen que detrás del nazismo había un largo linaje de valores autoritarios que comenzaba con Prusia. Goebbels convirtió Prusia en un personaje clave de su propaganda; Hitler elogió el espíritu prusiano en *Mein Kampf*.

La idea de Prusia iba más allá de Prusia. Era un depósito de valores que sobrevivió a innumerables cambios soberanos y de fronteras. Prusia significaba el deber, la disciplina, la obediencia, los valores tradicionales. Hace poco le pregunté a mi padre qué significa para él ser prusiano, que es la etiqueta con la que más se identifica. Me respondió: «Ser un luchador que consigue lo que se propone». Prusia era también idealizada como una arcadia pastoril, especialmente la Prusia Oriental, junto a los países bálticos y haciendo frontera con Rusia. Es donde nació mi abuelo Richard. Era un territorio mítico, de aires paganos, lagos y bosques frondosos, marismas y zonas pantanosas donde convivían eslavos, polacos, judíos y bálticos. Era Alemania pero no era del todo Alemania; era una zona que había que *germanizar* constantemente. En la frontera es donde más fuerte es el nacionalismo. Y para los nacionalistas

alemanes, Prusia del Este era esencial para el Reich no por ser un territorio indudablemente alemán, sino precisamente por lo contrario.

En las novelas de Siegfried Lenz, que nació en la localidad masuriana de Elk (en alemán Lyck), muy cerca del lugar de nacimiento de mi abuelo, aparece ese romanticismo. Le leo a mi padre este fragmento de *¡Qué bello era Suleyken!*, una serie de relatos sobre Masuria:

> En el sur de Prusia Oriental, entre turberas y arenosos yermos, entre lagos escondidos y bosques de pinos, estábamos nosotros, los masurios, en nuestra casa, una mezcla de elementos primitivos y polacos, de brandemburgueses, salzburgueses y rusos. Mi tierra estaba, por así decirlo, de espaldas a la Historia; no ha dado a luz a ningún físico famoso, ningún campeón de patinaje ni ningún presidente; lo que aquí más bien se encontraba era el modesto oro de la sociedad humana: leñadores y agricultores, pescadores, pegajales, pequeños trabajadores artesanos y escoberos. Indiferentes y pacientes vivían sus días, y cuando hablaban unos con otros, contaban antiquísimas historias del esquileo y de la extracción de la turba, de la luna llena y de su influencia en las patatas nuevas, de la carcoma o del amor. Y, sin embargo, poseían algo a todas luces original, un psiquiatra lo llamó una vez «inteligencia no aparente». Es decir: una inteligencia que al espectador le parece enigmática, que de manera relevante es incomprensible y rehúye cualquier juicio con las normas comunes. Poseían un alma cuyas peculiaridades eran rápida astucia y lenta malicia, torpe ternura y una conmovedora paciencia.

Me responde: «Qué razón tiene. Parece un retrato robot de tu abuelo». Eso de «inteligencia no aparente», sin embargo, me resulta un poco extraño, condescendiente. Igual que «torpe ternura» y «rápida astucia y lenta malicia». Y, en general, me molesta el retrato pastoril idealizado, como de «la sal de la tierra», tan común en las descripciones nostálgicas de Prusia Oriental. Cuando no era definida como una arcadia rural donde los campesinos vivían apegados a la tierra se definía como el

epítome de la buena aristocracia, la nobleza buena, un feudalismo (porque no puede definirse de otra forma, era una economía de siervos) respetuoso: ¡los aristócratas prusianos querían mucho a sus súbditos!

Hay otro libro de Lenz sobre Masuria, *Heimatmuseum*, que me resulta también muy cargante. Explota la misma épica masuriana: sus habitantes son todos soñadores, cuentacuentos, hay bandoleros y proscritos y salteadores de caminos que se esconden en los bosques, y alquimistas y artesanos que hacen alfombras, y todo tiene un tono orientalista insoportable. Pero es también un libro que ejemplifica muy bien la nostalgia prusiana: es un lamento constante por la patria perdida, una actitud que mi abuelo Richard compartía y que mi abuela Frieda, que nació en un entorno más urbano y occidental, nunca vivió con la misma intensidad.

Tras la primera guerra mundial, los polacos se aprovecharon del desmembramiento de los imperios a su alrededor para construir su nueva nación. Polonia no había existido como tal, es decir, no había tenido soberanía nacional desde 1795, cuando se produjo la tercera partición de Polonia. En 1918, recuperó su independencia. Los prusianos salieron perdiendo: como indemnización de guerra, las fuerzas aliadas arrebataron a la Alemania derrotada en la guerra una parte de Prusia, que le cedieron a Polonia. Es el llamado corredor polaco, una franja de territorio entre Prusia Occidental y Prusia Oriental. Esto aisló aún más a los prusianos del este, como mis abuelos: si querían ir a Berlín, por ejemplo, tenían que atravesar territorio polaco.

Algo parecido le ocurrió a Danzig, aunque su situación era ligeramente diferente. Al contrario que algunas zonas de Prusia donde abundaba la población polaca, Danzig era una ciudad mayoritariamente alemana. Convertirla en una ciudad polaca habría sido complicado. Por eso los aliados la denominaron ciudad neutral y pasó a estar bajo control de la Sociedad de Naciones.

La pérdida de Danzig y la creación del «corredor polaco» fueron clave en el resentimiento nacionalista alemán, y prusiano, durante la República de Weimar y los años treinta. La propaganda nazi creó postales para su distribución en Estados

Unidos y Reino Unido donde se lamentaba de la partición de posguerra. En una de ellas, un supuesto corredor polaco es superpuesto en un mapa del área metropolitana de Boston (que en este símil es como Danzig), que se llama Corredor de New Hampshire y separa los estados de Nueva York y Maine. En otra, otro corredor separa el centro y norte de Inglaterra: Hull es como Danzig y Liverpool ya no es inglesa. ¿Qué harían Estados Unidos y Reino Unido si les arrebataran un trozo de territorio así?, se preguntaban las postales. La analogía no tiene ningún sentido. No solo porque esos cambios eran el resultado de una derrota en una guerra que Alemania había provocado por su afán imperialista y expansionista. También porque, especialmente en esa época, la región era un caos identitario. Los ciudadanos de Nueva York y Maine, y de Liverpool y Hull, tenían claro que eran estadounidenses e ingleses. Pero autodenominarse «alemán» o «polaco» a principios del siglo XX en Europa Central era casi una superstición.

Uno podía nacer de una nacionalidad y morir de otra. A principios del siglo XX, en Europa del Este, un individuo podía ser ruso toda su vida y morir lituano; nacer ucraniano y morir polaco; ser de origen alemán, vivir en Polonia unos años y morir como ucraniano. La identidad la formaban la combinación de lengua y religión. Pero no era suficiente. Había ambigüedades, identidades mestizas difíciles de catalogar. Si te considerabas étnicamente polaco y de religión protestante, ¿qué eras, si los

polacos son casi todos católicos? ¿Y si eras judío, hablabas yidis y naciste, como el escritor Aharon Appelfeld, en Chernovitz (hoy Chernivtsí)? La ciudad formó parte, solo en el siglo XX, del Imperio austrohúngaro, el Reino de Rumanía, la República Socialista Soviética de Ucrania y la Ucrania democrática, y durante años su lengua franca fue el alemán. ¿Y si eras alemán y protestante pero tu idioma natal era el polaco, o el masuriano, como pasaba en la familia Dudda de Kurwien? Mi abuelo Richard se consideraba alemán, nunca se consideró otra cosa, pero en casa hablaba polaco. En estas tierras mestizas uno era, en definitiva, lo que le decían que tenía que ser, lo que ponía en el documento de identidad. Como dice mi padre, uno era oficialmente del país cuya lengua se estudiaba en el colegio, a pesar de que luego en casa hablara otra diferente.

Hubo épocas, comprensiblemente, en las que los habitantes de Europa del Este y Central no sabían muy bien qué nacionalidad tenían. La confusión es tal, incluso para los descendientes de los supervivientes, que hay una modesta industria de la memoria alrededor. Buscando un atlas histórico de Alemania, descubro uno con esta descripción: «¡Sumérgete en tu herencia alemana! ¡Estos más de cien mapas a todo color te permitirán ver los cambios de fronteras a lo largo de los siglos, lo que te ayudará a encontrar tu ciudad natal alemana y los archivos de tus ancestros!».

El caso de mis abuelos Frieda y Richard es extraño para una región tan movediza. Es decir, a pesar de los cambios que sufrió la región y de su mezcolanza identitaria, nacieron y vivieron, al menos hasta el fin de la segunda guerra mundial, en territorio soberano alemán. Las fronteras se movieron a su alrededor, pero ellos conservaron siempre la misma nacionalidad. Cuando nació Richard en 1912, Kurwien formaba parte de la Prusia imperial, que estaba integrada en el Imperio alemán. Tras la primera guerra mundial, Johannisburg, la región a la que pertenecía Kurwien, votó en un plebiscito sobre su incorporación al nuevo Estado polaco o a la Alemania de Weimar. Aunque la mayoría en Johannisburg hablaba polaco (solo un treinta por ciento, según el censo de 1910, tenía el alemán como su primera lengua), la región votó mayoritariamente a favor de seguir en

Alemania. La situación de Elbing, donde nació Frieda en 1914, era menos ambigua. Casi el cien por cien de sus habitantes eran germanoparlantes y luteranos. En los años de entreguerras, hizo frontera con la Ciudad Libre de Danzig y estaba a menos de cien kilómetros del corredor polaco, pero nunca dejó de ser una ciudad alemana hasta después de la segunda guerra mundial.

Aunque siempre vivieron en territorio alemán y sus ciudades natales no cambiaron de soberanía, Richard y Frieda sí que fueron testigos de la progresiva desintegración de Prusia. Cuando nacieron, lo hicieron en una Prusia imperial, monárquica, liderada por el emperador Guillermo II. Ya no era la Prusia previa a la unificación alemana, una integración que muchos reaccionarios prusianos lamentaron, pero conservaba su identidad. Tras la Revolución de Noviembre de 1918, que acabó con la monarquía constitucional en Alemania, Prusia se convirtió en una república (el Estado Libre de Prusia) dentro de la República de Weimar y gobernada por un líder judío socialdemócrata, Otto Braun. Paradójicamente, Prusia fue durante este breve periodo un oasis de estabilidad mientras en Weimar todo se desintegraba. Son las dos décadas del corredor polaco. Luego llegó el nazismo y Prusia se convirtió en un títere del Reich; en 1939, con la invasión alemana de Polonia, el corredor polaco desapareció y Prusia Occidental y Oriental volvieron a estar unidas. Pero ese *reencuentro* no duró mucho. Cuando los Dudda abandonaron Elbing en 1945 ante la llegada del Ejército Rojo, quizá pensaron que no podrían volver, pero no que Prusia dejaría de existir. Finalmente, el 25 de febrero de 1947, los aliados firmaron su disolución. La ley solo tenía un artículo:

> El Estado prusiano, que desde los primeros tiempos ha sido portador del militarismo y la reacción en Alemania, ha dejado de existir *de facto*. Guiado por el interés de la preservación de la paz y la seguridad de los pueblos, y con el deseo de asegurar la reconstrucción ulterior de la vida política de Alemania sobre una base democrática, el Consejo de Control promulga lo siguiente:
>
> ARTÍCULO I
>
> Queda abolido el Estado prusiano junto con su gobierno central y todos sus órganos.

Nada más bajarme del coche, le he dado su regalo de cumpleaños. Es una botella de aquavit, su licor favorito. Luego nos hemos abrazado. Ha sido extraño que el regalo precediera al saludo. Mi padre está solo en El Hoyo porque Conchita está en Murcia «haciendo gestiones». Hoy hace la comida él: muslos de pato del Aldi. Los ha metido en el horno junto con dos trozos de pera, dos trozos de naranja, uvas y col morada. Suele hacer estos experimentos. Luego ha dicho que la grasa del pato la podemos guardar para untar en pan. Después de comer, ha dejado la bandeja a la puerta de la finca, al sol, desconozco por qué (¿para que se lo coman los gatos que rondan los contenedores de basura?, ¿para que se seque la grasa?). Nos hemos tomado un chupito de aquavit y se ha tumbado a dormitar en el sillón del salón. Está feliz, estoy feliz.

Son raros estos momentos de paz en El Hoyo. Se oye a Rufo beber agua. Las olas del mar. El canto del mirlo soltero. Las tórtolas, con sus tres notas melancólicas. Hace calor, pero todavía no tanto como para que haya cigarras. Un coche pasa cada media hora por la carretera. Mi padre duerme en su sillón del salón. Normalmente hay mucho más ruido y movimiento: el fontanero o el desatascador porque siempre hay alguna tubería rota o atascada, la vecina Latifa que trae cuscús y sandías y melones de su huerto, los perros ladrando tras los gatos, la bocina del coche del cartero, la bocina del camión que trae leña, el jardinero que no es realmente jardinero sino que simplemente desbroza, el carpintero que es la misma persona que el fontanero y el jardinero, las visitas varias de las que escapa mi padre viniendo a verme a mi antiguo cuarto para decirme cosas como «mira, estas son las berenjenas de Almagro de las que te hablé antes» mientras yo intento trabajar…

No sé cómo describir El Hoyo. A veces me parece idílico y otras no. Son tres casas. La grande es la familiar, a la que nos mudamos desde Madrid en 2004. Es donde vive hoy mi padre. Durante años se llamó la «casa del gitano» y estuvo abandonada. La reforma fue casi una reconstrucción. La antigua cochinera se convirtió en mi cuarto. Las dos pequeñas, pegadas al mar, son el Bungalow y la Casa 1. El Bungalow era una panadería. Conservamos la estructura del horno, que parece un iglú gigante

de gotelé. La Casa 1 era una tienda de ultramarinos. Alrededor de las casas, mucha vegetación: rosales, siempreverdes, buganvillas, adelfas, palmeras, olivos. Los pinos no se dan: sus raíces llegan muy rápido al agua salada.

Mi padre descubrió El Hoyo en un viaje en furgoneta que hizo con los hijos de su primer matrimonio. Acamparon unos días en la playa. Por entonces la carretera no estaba todavía asfaltada y tampoco había agua corriente ni luz o teléfono. Tampoco es que ahora sea un resort. La carretera está llena de baches por culpa del peso de los camiones cargados de tomates. Nadie del ayuntamiento limpia la playa, solo en verano y de mala manera: un tractor la recorre por la mañana removiendo un poco todo. Todavía no hay cobertura móvil. Cuando mi padre hace alguna transacción online que requiere confirmación por SMS primero lleva el móvil a la carretera, lo deja encima de un mojón, vuelve a casa, realiza el pago y sale a consultar el código. Casi nunca le da tiempo porque anda muy despacio. A veces, cuando el móvil pilla algo de cobertura, me indica una hora menos y me dice que estoy en Mazalquivir, en Argelia. No hay alcantarillado ni reciclaje. El desatascador suele venir a vaciar el pozo ciego a las seis de la mañana, mientras todos duermen, pero el olor siempre me despierta. En la orilla todavía hay raíles de hierro de una antigua línea de ferrocarril que llegaba hasta el mar y entraba incluso en el agua. Se inauguró en 1888 y conectaba las minas de Morata, a unos diez kilómetros, con El Hoyo. Transportaba alumbre y hierro, que a veces se almacenaban en depósitos que todavía permanecen. Toda la infraestructura (puentes, hornos, raíles), abandonada en 1930, está ahora perfectamente integrada en la naturaleza.

Si miras al frente está el mar. El agua no es cristalina, está siempre sucia. En verano, está llena de grasa de los barcos. La arena no es fina. La gente es muy guarra: Rufo a veces ha vuelto de la playa con un pañal, unas bragas, calcetines, raspas de pescado, vasos de plástico. Es una playa salvaje. No hay infraestructuras de nada, solo unas pocas viviendas viejas. Si El Hoyo sigue existiendo, tan cerca del agua, es porque se construyó a principios del siglo XX. Está a unos veinte metros de la orilla, pero podrían ser cincuenta porque no sé medir

distancias. A veces no se escucha la tele por el ruido de las olas.

Si miras atrás están los mares de plástico, las carreteras llenas de baches, los invernaderos, los tractores, los campos roturados, las casas para los temporeros, los montes de esparto, los carteles publicitarios sobre fertilizantes y variedades de tomate junto a la carretera: «Solo para ganadores. Kardia-Arnold-Dohkko. ¿Cuál es tu portainjertos? Portainjertos de Syngenta y tú, la combinación ganadora»; «¿Quieres calibre? Jacaranda»; «Patriarca. Soy el verde. Patriarca, el verde líder»; «La revolución nematicida».

Mi padre dice que El Hoyo tiene «duende», la expresión que se usa en el mundo del flamenco para describir a alguien con un talento innato. Normalmente define a una persona, él la usa para describir un lugar. Dice que en El Hoyo es donde se le han ocurrido sus mejores campañas publicitarias. Piensa que mis mejores artículos son los que escribo aquí. Yo no sé si alguien del público entendió a mi padre cuando dijo, en su discurso del pregón de las fiestas de Mazarrón el 1 de diciembre de 2005, que «el duende de esta localidad me inspiró». Suena a un viaje de ácido. El periódico *Mazarrón día a día* hizo una crónica sobre el acto:

> «Tengo un hijo, he plantado un pino, he escrito un libro,* pero nunca había sido pregonero.» Con estas palabras empezó su pregón Gernot Dudda. No le faltaron palabras de agradecimiento y se descubrió como un gran narrador contando cosas serias en cosas divertidas. Este mazarronero de corazón confiesa que el duende de esta localidad le inspiró sus trabajos como creador publicitario. Este creativo pintó el pregón con palabras en inglés y alemán y explicando el significado de las fiestas. Este alemán contó un relato actualizado de la leyenda del milagro de la Purísima que califica como «esencia del sentir mazarronero» y añadió «Agua para todos».

En otra crónica, escrita antes del pregón pero publicada después, el periodista lo perfila muy elogiosamente, es como si la hubiera escrito mi padre. Hay algunas inexactitudes, pero no se le puede pedir mucho a un periodista local mal pagado en la era pre-internet:

El pasado lunes, el alcalde, Francisco Blaya, desvelaba la identidad de la persona que será encargada de realizar el pregón de las fiestas patronales de la localidad en honor a la Purísima. Se trata de Gernot Dudda, un alemán residente en España desde 1963, que un buen día decidió convertirse en mazarronero. Gernot Dudda es uno de los especialistas en comunicación y publicitarios más importantes de Europa. En su larga trayectoria profesional ha sido directivo de diferentes empresas, entre las que destacan Bodegas Alvear, así como de agencias de publicidad internacionales como J. Walter Thompson, TBWA, antes de fundar y dirigir sus propias agencias: Gernot Dudda & Company, y MPD Promociones. Entre sus clientes más relevantes para los que ha trabajado se encuentran: Ford, Seat, Volvo, Burger King, Rolex, Turismo de Colombia, Turismo de Cuba, Carrefour, Bacardi, Vichy, Banesto, Banco de Santander, etcétera. Dudda ha sido jurado del Festival Publicitario de Nueva York y ponente en numerosos congresos sobre comunicación y publicidad. Además, como músico de jazz, y como instrumentista de trombón del que es un virtuoso, ha sido ganador de festivales como el de Jazz de San Sebastián* y el de Essen. La presentación del pregonero se llevó a cabo en la propia casa del elegido, junto al mar, en una playa virgen. Francisco Blaya explicó que entre los criterios para nombrar a un pregonero se encuentran dos principalmente: una trayectoria profesional o personal destacada y poseer un sentimiento mazarronero. Ambas condiciones son ampliamente reconocibles en la figura de Gernot Dudda, que ha declarado que tiene a Mazarrón en su corazón y que se siente mazarronero por decisión propia. El pregonero de este año también dijo que se encomendó a la Purísima, patrona del municipio, para solicitarle inspiración en esta labor pregonera que se le ha encomendado.

A mi padre siempre le ha gustado ser protagonista. En Navidad, se vestía de Papá Noel. En mis cumpleaños, se vestía de payaso. Yo conocí lo que es la vergüenza ajena muy temprano, en la guardería, cuando mi padre apareció en una

ocasión disfrazado, creo que también de payaso; causó furor entre los niños, pero yo hoy todavía puedo sentir la cara ardiendo. Sus fiestas eran tremendas, multitudinarias, suntuosas. Recuerdo su sesenta cumpleaños. ¿Cuántas personas había en el jardín? Había banda de jazz, cáterin, gente del mundo de la publicidad. Al final de esas fiestas, descubrí cuando pude quedarme oficialmente hasta más tarde, mi padre cantaba con una voz gravísima «Love me tender» de Elvis y, si había bebido suficiente, se fumaba un puro. En su pequeña empresa, era un poco Michael Scott en *The Office*: en la cena de Navidad pidió a sus empleados que prepararan una pequeña maleta para una noche y se citaran con él en Atocha. La fiesta de Navidad de la empresa fue en Santiago de Compostela y viajaron en coche-cama. En otra ocasión los recogió en una limusina. Mi padre profesionalizaba las fiestas: en la del cuarenta cumpleaños de mi madre hizo camisetas rojas en las que ponía *Life starts at 40* o algo así. Siempre publicista. Cuando nos mudamos de Madrid a El Hoyo en 2004, quiso mantener ese espíritu. En un cumpleaños, invitó a un amigo pianista a hacer un recital en la terraza de casa, mis padres compraron muchas antorchas para iluminar la finca, vino gente de Madrid, había muchos niños que yo no conocía y jugamos al escondite y yo me subí al tejado del bungalow y aguanté tanto tiempo ahí que empezaron otro juego sin mí. Con el tiempo, y por culpa de la lejanía de El Hoyo, dejó de venir gente a esos eventos. Mi padre entonces se integró en el pueblo, hizo buenas migas con el alcalde, lo nombraron pregonero, dio alguna charla en mi instituto sobre su trayectoria laboral. Fue siempre una especie de agitador: organizaba saraos, juntaba a gente distinta para proyectos, recuerdo ir una vez con él al ayuntamiento para entregar una carpeta con algunas ideas que tenía para mejorar el pueblo y su proyección turística. Al divorciarse hizo un poco lo mismo. Se unió como trombonista a la banda municipal de Cabezo de Torres, donde no solo ejerció de músico sino también de discursista. Hoy ya no da discursos, aunque habla mucho; sobre todo porque le pregunto. Siempre estuvo acostumbrado a que lo escuchen, fue jefe desde muy joven. Pero creo que nunca le habían preguntado tanto.

Mi abuelo Richard nació en una familia de agricultores de Kurwien, una aldea en la región de los lagos de Masuria. Era el menor de catorce hermanos. En el archivo familiar, es decir, en las bolsas y bolsas de fotos y documentos que conservo de los Dudda, están los nombres de algunos de los hermanos: Guste, Anna, Otilia, Frieda, Hans, Leo, Heinz, Gerhard, Siegfried, Erich. Pero no sé nada de sus vidas. Me pregunto si llegaron a convivir los catorce. No me refiero a si lo hicieron en el mismo espacio sino si llegó a haber catorce hijos vivos de la familia a la vez. Imagino que no. Bueno, es obvio que no, claro. ¿Cuántos sobrevivirían a las dos guerras mundiales? Algunos murieron al poco de nacer, otros en la guerra o al volver de ella, como le ocurrió al padre, Wilhelm. Por eso su mujer, Wilhelmine, estaba siempre de luto. Mi padre la recuerda con el pelo recogido, vestida de negro, casi siempre con una biblia en la mano. Era una familia muy protestante. Mi padre compara su ortodoxia con los amish.

Hay una foto siniestra de la Gran Guerra en la que aparece mi bisabuelo Wilhelm con su batallón. Todos llevan máscaras antigás. Me pregunto si lucharía en la batalla de Tannenberg, en agosto de 1914, contra el ejército ruso. Aunque se produjo cerca de Allenstein, hoy Olsztyn, entre Elbing y Kurwien, se denominó batalla de Tannenberg para homenajear la derrota de los teutones en 1410 frente a tropas polacas y lituanas, en la primera batalla de Tannenberg. Las derrotas son tan simbólicas para el nacionalismo como las victorias. Tannenberg es otro mito más que alimenta la idealización nacionalista de Prusia Oriental, patria sacrificada que sufrió una gran derrota en el siglo XV y se recuperó contra los rusos en 1914. Tras la segunda batalla de Tannenberg se acuñaron monedas de plata en las que el general Paul von Hindenburg, convertido en héroe nacional, aparecía desnudo con una espada derrotando al «oso ruso»; el gobierno alemán construyó un memorial masivo, al estilo de los castillos teutones, donde fue enterrado Hindenburg en 1934; Tannenberg se convirtió en un fetiche de las Freikorps y demás milicias de ultraderecha durante Weimar.

Hay otra foto, del verano de 1930, donde salen algunos de los Dudda en el lago Niedersee, cerca de Kurwien. Son siete

montados en una barca. Cuatro chicas y tres chicos. Es una foto muy preparada. Las chicas llevan vestidos blancos holgados y los chicos camisa y pajarita. Una de ellas toca un laúd. Otra sujeta un perro. Parecen eslavos, los más morenos incluso zíngaros, y ahora sé que su lengua materna es el polaco. Sin embargo, al menos los varones, acabaron luchando para un ejército que tenía como objetivo erradicar, como soñaba Heinrich Himmler, a treinta millones de judíos y eslavos de Europa del Este.

No sé la ideología de los Dudda que sobrevivieron a la primera guerra mundial, pero puedo imaginarla. El apoyo a los nazis en Masuria fue altísimo. Fue la región del Reich donde el NSDAP (el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán o partido nazi) obtuvo sus mejores resultados. En Johannisburg, el distrito donde estaba Kurwien, el voto a los nacionalsocialistas casi llegó al setenta por ciento en 1933. En la campaña para esas elecciones, hubo mítines y manifestaciones nazis en polaco en toda Masuria, algo que hoy parece una broma histórica. (En 1939, el nazi Albert Forster fue nombrado gobernador de la región de DanzigPrusia Occidental con el objetivo de «germanizar» la región a través del exterminio de polacos y judíos.)

Tengo algunas fotos de mi abuelo Richard de adolescente. En una sale junto a tres de sus hermanos. Visten pantalones de pinzas subidos hasta los sobacos, pajarita, los tres fuman y tienen tupés parecidos. Hay otra foto fechada en 1930. Tiene dieciocho años. Está en un prado, hay un bosque al fondo pero viste traje de ciudad, quizá el único que tiene. Los pantalones son demasiado cortos y asoman sus calcetines blancos. Puede que sea algo intencionado, no le quedan mal. Pero debe de ser mi mirada contemporánea. Dudo que sea una decisión estética: la chaqueta cruzada también le queda un poco corta de mangas. Tiene una media sonrisa de pillo, sarcástica, y parece que espera, con los brazos caídos y con cierto desdén, a que le digan que ya puede dejar de posar. Es todavía un adolescente. Parece una ocasión especial, quizá es su despedida de Kurwien. Es el pequeño de catorce en una familia de agricultores. Sabe que tiene que buscarse la vida fuera. A los dieciocho años, se

marchó a Sensburg (hoy Mrągowo, Polonia), donde estudió en una academia de policía. Luego fue enviado a Insterburg (hoy Cherniajovsk, en la provincia de Kaliningrado, en Rusia). Se graduó en agosto de 1932 y se incorporó a la Schutzpolizei o Schupo, la policía estatal, en Elbing.

Tengo una foto de Richard junto a sus compañeros en Sensburg. Algunos cadetes posan, otros no, muchos fuman con desenfado, mi abuelo agarra el cigarrillo con chulería, otro da una calada mientras mira desafiante a la cámara. La primera impresión que me dio es demasiado fácil, un prejuicio estético hacia hombres prusianos en los años treinta vestidos de uniforme en actitud arrogante: seguro que están cegados de ultranacionalismo y militarismo, son de las Freikorps, están resentidos con la República de Weimar, etcétera. Pero con la información que tengo, y en la fecha en que se realizó, no puedo hacer elucubraciones: son policías en una democracia, la República de Weimar, a pesar de que está debilísima y falta poco para su caída, a pesar de que había un enorme movimiento antirrepublicano y autoritario dentro de la policía, a pesar de que estaba dominada por altos cargos reaccionarios con nostalgia imperial y un desprecio abierto por la democracia, a pesar de que en las zonas rurales el conservadurismo irredentista era muy común…

La familia de mis bisabuelos maternos, los Stobbe, era más urbana que los Dudda. No eran catorce hermanos sino tres: Frieda, Liesbeth y Bruno. Se quedaron huérfanos de padre muy pronto, igual que mi abuelo Richard. El padre, Heinrich Stobbe, carpintero, nació en Elbing el 8 de diciembre de 1880 y murió el 16 de febrero de 1916 también en Elbing, a los treinta y seis años, muy probablemente como consecuencia de la Gran Guerra. Mi abuela Frieda tenía solo dos años. El apellido Stobbe está muy presente en mi vida. Cuando a mi padre le piden un segundo apellido, usa ese. Aparece en su NIE, exigencia española. Yo solía decir de niño que me llamaba Ricardo Dudda Pérez Stobbe Díaz, un nombre que suena más aristocrático de lo que luego es.

En la foto más antigua que tengo de mi abuela Frieda debe de tener unos veinte años. Está en la playa, imagino que en el

Báltico, quizá es la laguna del Vístula. Viste unos pantalones anchos en los que hay bordado un barquito velero a la altura del tobillo izquierdo. Sujeta una pelota de cuero de colores. Lleva el pelo corto y recogido con una horquilla. Sus rasgos son claramente eslavos. Si tapo con el dedo su pelo, con un peinado indudablemente femenino, parece un hombre. Es decir, parece mi padre. En otras sale más o menos igual, con vestidos de flores abotonados hasta el cuello, el pelo recogido con horquillas de manera un poco infantil, sandalias, sin maquillaje, siempre un poco naíf.

Tengo las notas del colegio de Frieda desde 1925 a 1932. Iba a la Städtische Mädchenberufsschule, o escuela municipal de formación profesional para niñas, de Elbing. Empezó el 1 de abril de 1921. Con dieciséis años, en octubre de 1930, empezó su *Lehre* o formación profesional en la tienda de moda Jockey-Club de Elbing. Era la encargada de la sección de medias. Al terminar, le escribieron una carta de recomendación: «La señorita Stobbe no solo ha sido leal, honesta y trabajadora, sino que también tiene buenas cualidades para ser una vendedora capaz».

La boda de mis abuelos fue el 27 de noviembre de 1937 a las tres de la tarde. Frieda había cumplido veintitrés años tres días antes; Richard tenía veinticinco. En la foto oficial, Richard lleva un casco de la policía con el escudo de armas prusiano, un águila negra con las alas desplegadas. Frieda parece una de las hijas del zar Nicolás II. En el archivo familiar encuentro la invitación de la boda y varias tarjetitas de cartón con los nombres de los invitados por detrás. Están recortadas con forma de ramo de flores. Tienen todavía un adhesivo detrás, imagino que iban pegadas en el sitio al que le correspondía a cada uno sentarse. No me explico cómo han podido sobrevivir esta invitación y estos nueve cartoncitos endebles troquelados no solo a la guerra sino también a años de huida y exilio y campos de refugiados.

En septiembre de 1939, Alemania invadió Polonia y mi abuelo fue movilizado. Nueve meses después, nació mi padre. Durante casi cinco años, la guerra no tocó Elbing. En enero de 1945 todo cambió.

«Se me quedó como un trauma.» La historia, que me ha descrito innumerables veces, es cinematográfica, efectista. Finales de enero de 1945 en Elbing. El Ejército Rojo se acerca a la ciudad. Durante meses, las autoridades nazis han impedido la evacuación; escapar implica rendirse y rendirse, aunque seas civil, se considera un acto de sedición. El gobernador de Prusia Oriental, Erich Koch, ha ordenado fusilar a los que huyan, ha prohibido cualquier tipo de anuncio sobre una posible evacuación y está incluso reclutando a adolescentes de menos de dieciséis años para la *Volkssturm*, la milicia nacional formada por civiles. Durante su mandato colonial como *Reichskomissar* en Ucrania, donde supervisó la limpieza étnica de judíos y eslavos, a Koch le pusieron un mote siniestramente irónico para un nazi: el «segundo Stalin».

La retirada no es una opción. El *Führer* no contempla una alternativa a la victoria y prefiere el sacrificio colectivo antes que la derrota. «Si la población alemana colapsa por culpa de la presente carga, no derramaré ni una lágrima», dijo en su último discurso ante el Reichstag. «Se merecerá ese destino.» Koch ha ordenado incluso cavar zanjas y trincheras sin saber muy bien dónde estará el frente. Es una defensa sin ningún tipo de rigor militar.

Koch esperó al último momento para anunciar la evacuación. Lo hizo el 20 de enero, tras escapar junto a su familia hacia el oeste. Millones de prusianos comenzaron entonces una huida a última hora. Entre el 12 de enero (muchos no esperaron al anuncio oficial) y mediados de febrero, casi ocho millones y medio de alemanes abandonaron los territorios más al este del Reich. Muchos lo hicieron a pie, hacia el oeste. Cuando eso dejó de ser posible, porque en pocas semanas el Ejército Rojo cercó Prusia completamente, se organizó una evacuación por mar. La Operación Aníbal se convertiría en una de las mayores evacuaciones marítimas de la historia: en dos semanas, barcos de todo tipo, desde pesqueros a buques de guerra, transportaron a casi un millón de civiles alemanes y trescientos cincuenta mil soldados a través del Báltico hacia Alemania y la Dinamarca ocupada.

Mientras todo el mundo planea su huida, en la calle Skagerrak

número 13 Frieda sufre un ataque de asma. Está sola con los niños: Gernot tiene cuatro años y Bernd dos. Hace meses que no sabe nada de su marido Richard. Al menos su hermana Liesbeth vive cerca. ¿Podría ir Gernot a buscarla?: que vienen los rusos y que a mamá le ha dado un ataque de asma. Y aquí está la escena que siempre cuenta mi padre. No es gran cosa, especialmente durante una guerra. Pero tiene cuatro años. «Esto me ha condicionado toda la vida», dice. «Se me quedó como un trauma.» Ha nevado, es de noche porque en invierno anochece a las cuatro de la tarde, tiene que cruzar un parque en la oscuridad, hay una casa en llamas, quizá ha sido alcanzada por la artillería rusa. Recuerda exactamente el trayecto. La última vez que estuvo en la ciudad lo recreó: pasé por debajo de este arco y luego giré aquí y luego otra vez allí y llegué a casa de Liesbeth, que ya estaba preparada para la huida y había abrigado con varias capas de ropa a sus tres hijos, Dorris, Jürgen y Traute.

Ya reunidas, las dos hermanas Stobbe planean la evacuación. Primero quieren ir a buscar a su madre. Mi padre me dice su nombre entre risas: Mobilia Alexandra Stobbe. Pero al revisar varios documentos, descubro que está equivocado. Era su madre, Frieda, la que se llamaba Mobilia: Mobilia Frieda Lotte Stobbe. ¿No lo sabía? O no se acordaba. Su abuela materna se llamaba Luise Martha Stobbe. Hay muchos nombres compuestos en la familia, sobre todo entre las mujeres. Mobilia Frieda. Luisa Marta. A una de las hijas de su primer matrimonio, mi padre la llamó Guillermina Alejandra. Mi hermana se llama Marta Rocío. Rocío es porque nació prematura y estuvo un tiempo en la incubadora; mi padre le rezó a la Virgen del Rocío para que sobreviviera. («Marta estaba al ochenta y cinco por ciento muerta. Y se salvó», me dice. «Y salió fuerte. Más fuerte que yo», le digo. «Sí, mucho más fuerte que tú», me responde.)

Pero la madre de Frieda no quiere irse. No consiguen convencerla. Dice que no se atreverán con una anciana y, si se atreven, prefiere morir en su casa. Es lo que probablemente ocurrió. No volvieron a saber de ella. Tras la guerra, Frieda y Liesbeth escribieron decenas de cartas a las autoridades y rellenaron formularios de desaparecidos para encontrar a su

madre. Todos son iguales: «Quisiera información sobre el paradero de mi madre, la Sra. Luise Stobbe, de soltera Griboleit, nacida el 15 de noviembre de 1882 en Heilsberg, Prusia Oriental, con última residencia en Elbing, Feldstrasse número 11. Vi a mi madre con frecuencia hasta mi expulsión de Elbing, calle Skagerrak número 13 el 24 de enero de 1945 [a veces dice que fue el 25, otras el 26]. La huida nos separó». El caso no se cerró hasta casi quince años después del final de la guerra. El 11 de noviembre de 1959, Luise Stobbe fue declarada muerta por un tribunal local de Essen: «La hora de la muerte está fijada el 31 de diciembre de 1945 a las 24.00 horas». Es una fecha de la muerte orientativa. «Estuvo desaparecida antes del 1 de julio de 1948 [es la fecha de la creación de la República Federal de Alemania] en relación con acontecimientos o condiciones de la última guerra y desde entonces ha seguido desaparecida en circunstancias que dan lugar a serias dudas sobre su supervivencia.» Pero antes de esa declaración, un ultimátum absurdo y siniestro: «Se ruega a la desaparecida que se presente en el juzgado que suscribe a más tardar el 11 de noviembre de 1959, a las 9.00 horas, en la sala 17, de lo contrario será declarada muerta».

También Richard intentó tras la guerra indagar sobre el pasado de su familia y colaboró con un proyecto de la Cruz Roja para localizar a los refugiados de Danzig y Prusia Occidental. Cada vez que cambiaba de domicilio, mandaba sus datos y dirección actual a Lübeck, donde estaba la sede del Heimatortskartei für Danzig-Westpreussen, una especie de índice que registraba a los supervivientes y refugiados de la zona de Danzig y Prusia Occidental. Imagino que lo consultaría en busca de algún familiar desaparecido y que incluyó su información con la esperanza de que alguien lo contactara.

Ante la negativa de su madre, las hermanas Stobbe se tienen que marchar sin ella. Discuten constantemente. Liesbeth es cuatro años mayor. Es muy dogmática. Hasta el final de la guerra fue muy pronazi. Tras ella, vivió en la RDA y su fanatismo nazi se volvió fanatismo comunista: cuando visitaba a los Dudda los acusaba de «pequeñoburgueses». Mi padre dice que era «criticona». La describe siguiendo un poco el estereotipo de

solterona amargada y resentida, aunque estaba casada. Frieda, en cambio, es insegura, ingenua y un poco neurótica. Tiene siempre problemas de salud. Sin embargo, planeando la huida no se deja avasallar por su hermana. Impone su criterio. Por ejemplo, quiere llevarse la cubertería de plata y la vajilla buena, de Meissen. Liesbeth cree que es una tontería, de qué nos va a servir la porcelana en mitad del campo. Frieda insiste y guarda los cuchillos, las cucharas, las cucharillas de café, los tenedores de plata, los platos y tazas y salseras con motivos florales y escenas pastoriles entre la ropa. Las maletas tintinean. Pronto comprobarían su utilidad. En la carretera, el dinero no tenía valor. La plata sí. En *Todo en vano*, la novela de Walter Kempowski sobre la fuga de una familia de Prusia Oriental, se habla de esta divisa: «La plata siempre conserva su valor [...] Quizá era mejor que se quedaran con las cucharillas de café, que se podían emplear como moneda. ¡Esto es dinero en efectivo! Si uno era un fugitivo y, por ejemplo, tenía que cruzar un río, podía darle una cucharilla de café al barquero. ¡Plata! Un hombre así la agarraría con las dos manos. ¿Quién quería dinero en estos tiempos?».

En pocas horas están listos para marcharse. ¿Cómo deja uno su casa para siempre? No es una mudanza, es un abandono. En *Antes de la tormenta*, la periodista Marion Dönhoff, que también escapó de Prusia del Este en enero del 45, escribe: «Nos sentamos para una cena rápida. ¿Quién podía saber cuándo se produciría la siguiente? Después de comer, dejamos los platos y los cubiertos en la mesa y por última vez salimos por la puerta, dejándola sin cerrar. Era medianoche. Fuera, la gente se había reunido». Yo me imagino la partida de Frieda de otra manera. Me la imagino cerrando los visillos blancos, que apenas tapan la luz, y la llave del agua (¿había llave del agua en las casas prusianas de los años cuarenta?), como quien cierra la casa de la playa hasta el verano siguiente. Las camas hechas, los cojines ahuecados, ¿friega los platos de la comida? Empieza a hacerlo hasta que se da cuenta de que es una estupidez. Antes de marcharse definitivamente, da un último repaso por la casa. No se emociona porque no hay tiempo. Cierra la puerta con varias vueltas de llave. Probablemente piensa que su marcha no es

definitiva. Hitler va a recuperar Prusia. La propaganda no deja de repetirlo: «Hay que atacar en todas direcciones con puños y garras para recuperar el control de la tormenta que está barriendo nuestras fronteras del Este», dice el *Führer* por la radio. Sin embargo, también había prometido no perderla. Tras colocar los bártulos en un trineo, las hermanas Frieda y Liesbeth y sus respectivos hijos salieron de la calle Skagerrak número 13, se unieron a la caravana de gente que huía y se convirtieron inmediatamente en refugiados de guerra, un estatus que no perderían hasta casi una década después.

La calle está abarrotada. Mujeres, ancianos, niños, enfermos. Montados en trineos, en carros tirados por caballos o burros, conduciendo carritos de bebés cargados de cajas y maletas, subidos en bicicletas. Muchos simplemente caminan. Otros dan la vuelta ante el caos y la imposibilidad de avanzar: el anuncio de la evacuación ha colapsado la ciudad y bloqueado las carreteras.

Los refugiados se apartan cada dos por tres para dejar pasar a los vehículos del ejército. Hace veinticinco grados bajo cero. El ejército alemán, que fracasó en su conquista de la URSS en buena medida por culpa del frío, define este clima como «tiempo de rusos». Es realmente el tiempo en el que mejor se maneja el Ejército Rojo.

Mi padre me traduce al narrador de un documental que he encontrado sobre la huida de los prusianos del este en enero de 1945, con entrevistas a supervivientes e imágenes de archivo. Es una noche de agosto en la terraza de El Hoyo. «Una armada abatida.» «Frío siberiano.» «Goebbels había prometido que nunca dejarían entrar al Ejército Rojo en Prusia del Este», dice el narrador. «Y aquí ves el resultado», responde mi padre. «Estos somos nosotros», dice señalando a un grupo de refugiados que cruza a través de un lago helado. «La guerra de Hitler ha terminado, pero la vida sigue.» Vuelve a decir: «Estos somos nosotros». «Un éxodo con hielo.» «A veces nos llevaban en tren», recuerda de pronto. «Mira, ¡ese era mi carrito de bebé!» «Ese niño tiene la edad de mi hermano Bernd.» «La gran fuga.» «El gran tramo.» «Hombres casi no había», dice. «O eran ancianos o estaban mutilados.» «Esta tiene acento de Prusia del Este», dice

de una entrevistada que dice mucho «vic vic vic». El documental hace un flashback al año anterior. La última cosecha. «Una isla de paz.» Suena el himno oficial de Prusia del Este, *Ostpreußenlied*. «Nadie pensaba en la derrota. Todo estaba programado para la victoria final.» Por eso a los refugiados les sorprendía encontrarse a gente huyendo también en el oeste. «Todos los que huíamos de Prusia», dice mi padre, «pensábamos constantemente: hasta aquí no llegarán.» Pero llegaron. Los rusos cruzaron el río Volga, luego el Vístula, luego el Óder y llegaron a Berlín en pocas semanas.

«Aquí hay unas lagunas mías que no consigo rellenar.» Mi padre recuerda poco de los meses de huida, entre enero y mayo del 45. Es comprensible. «Los tiempos en la carretera eran sin nombres, sin metas, sin pueblos, sin nada.» Por eso ponemos chinchetas en un mapa. Son postes fijos de referencia. Mi padre cubre los huecos entre chinchetas con escenas, imágenes y anécdotas que ha interiorizado y construido como recuerdos.

El tanque que tira patatas. «Una vez, cuando todavía el ejército alemán estaba retrocediendo, montaron los tanques en plataformas de tren. Yo me acuerdo de que en uno de ellos había un soldado que nos tiraba patatas cocidas. Recuerdo el churrusco arrugado. Era un lujo para nosotros. En una ocasión uno de los soldados me dejó subirme a un tanque. El tren se movía mucho, pero cuando me senté en el tanque noté que se mantenía muy estable. La suspensión era tan buena que no notabas el movimiento.»

«Qué bueno, tiraban patatas cocidas desde un tanque», le digo. «Bueno, corta y vamos a hacer patatas cocidas con un *danke*», me responde.

Refugiados fuera. «En la entrada de los pueblos había carteles que decían *Flüchtlinge raus*, refugiados fuera. Cuando llegaba la noche, la gente buscaba cualquier sitio para dormir. Te metías en cualquier cobertizo, pero la gente de las casas intentaba echarte. Las madres lloraban enseñando a los niños. Podías conseguir refugio o algo de comida si tenías algo que ofrecer a cambio. Dentro del cobertizo nos tapábamos con paja o con lo que pudiéramos. Mi madre siempre nos quitaba los zapatos y los calcetines y nos frotaba los pies. Existía el peligro

de que se te quemaran por el frío, se te volvían azules. Por eso mi madre nos los frotaba con nieve.»

El campesino cojo y el caballo. «En un tramo de la ruta tuvimos la suerte de engancharnos a un campesino que era cojo. Por eso estaba ahí. Si no habría estado en el frente. Tenía un carro con dos ruedas y un caballo. Nos vino bien porque cuando comenzó a hacer más calor, la nieve se derritió y nuestro trineo ya no tenía ningún valor. Así que lo tiramos. Luego los soldados alemanes nos quitaron el caballo y se lo comieron. A partir de entonces, mi madre y mi tía tiraron del carro.»

Caramelos de remolacha. «Mi madre me hizo un regalo de cumpleaños. Fue a los campos de remolacha, era la cosecha del año anterior pero quedaban trozos. Peló las remolachas, las hirvió, prensó el jugo, lo dejó descansar y de ahí salió un sirope que, al ponerse duro, se convirtió en un caramelo.»

Las violaciones. «Cuando se fueron los alemanes nos alcanzaron los rusos. Lo más duro fueron las violaciones de mujeres.»

Mi padre contaba siempre dos cosas sobre este tema. Frieda se tiñó el pelo con ceniza para aparentar más edad. Frieda se guardó la alianza en el moño para que no se la robaran. He leído historias parecidas. En *Después del Reich*, Giles MacDonogh dice: «Para protegerse de los rusos, las mujeres se cubrían de ceniza a fin de parecer viejas, caminaban renqueantes apoyándose en muletas o se pintaban manchas rojas para simular enfermedades». También lo cuenta Christina Lamb en *Nuestros cuerpos, sus batallas*, una historia sobre la violación como arma de guerra: «Las mujeres aprendieron a esconderse durante la "hora de la caza" o a untarse ceniza y yodo en la cara para volverse menos atractivas». En una crónica de Vasili Grossman, que estuvo no solo en Stalingrado en 1941 sino también en Prusia y Polonia en 1945, el escritor ruso dice que «las chicas en los pueblos ocupados se visten con harapos y se frotan ceniza en la cara».

Algunos historiadores estiman que hasta dos millones de alemanas fueron violadas por las fuerzas aliadas, sobre todo por los soviéticos, en los últimos meses de guerra. Cuando el Ejército Rojo entró en Alemania a través de Prusia en otoño de 1944, los soldados descubrieron un país que no parecía en guerra. Las tiendas estaban abastecidas, había electricidad y agua corriente. Las casas estaban bien pintadas, los huertos cuidados y abundantes. Había vacas, cerdos, gansos. La gente pescaba en los lagos de Masuria y en la laguna del Vístula. «Disfruta de la guerra, que ya llegará la paz» era una frase recurrente. Los alemanes habían sobrevivido a la contienda con relativa prosperidad gracias a la lógica parasitaria del régimen nazi, que durante años exprimió los recursos de los territorios ocupados. El contraste con la URSS, devastada tras la invasión alemana, era enorme. Los soldados no dejaban de hacer comparaciones. Estaban tan impresionados que la NKVD, la principal organización de seguridad e inteligencia de la URSS, comenzó a censurar las cartas en las que se mencionaba la abundancia alemana. Tras una guerra devastadora en el frente oriental, en la que murieron más de veinte millones de rusos, la prosperidad y orden pequeñoburgués de los alemanes resultaban insoportables: «Me hubiese encantado estampar mi puño contra

todas esas prolijas hileras de latas y botellas», escribe un comisario político soviético desde Prusia. Los soldados soviéticos saquearon, robaron, quemaron: fábricas, casas, pueblos enteros como Insterburg, cerca de Königsberg, o Stolp y Zoppot cerca de Danzig. El pillaje estaba más o menos permitido. En sus crónicas desde el frente, el escritor Aleksandr Solzhenitsyn dice que los pueblos parecían mercadillos. Se impuso un límite de cinco kilos de objetos para cada soldado; a los oficiales les correspondía el doble. Muchos se ponían varias capas de ropa para poder quedarse con más. Los tanques iban llenos de botín y algunos apenas podían maniobrar.

Las violaciones perpetradas por el Ejército Rojo están muy bien documentadas, incluso por la propia NKVD. Hubo violaciones grupales, a niñas y ancianas, a niños, soldados intoxicados con alcohol casero que violaban y asesinaban después, mutilaciones, esclavas sexuales, suicidios colectivos de mujeres, abortos. «La historia de una mujer dando el pecho a la que están violando en un establo. Sus familiares acuden y piden a sus agresores que la dejen descansar un poco, porque el bebé hambriento estaba llorando constantemente», escribe Grossman. «Un alemán educado cuya mujer ha recibido "nuevos visitantes" —soldados del Ejército Rojo— está explicando con gestos muy expresivos y un ruso deficiente que ya la han violado diez hombres hoy. La señorita está presente.» En Moscú sabían lo que estaba pasando en Prusia, pero les preocupaba más la destrucción de fábricas e infraestructuras o el problema de la bebida (se produjeron envenenamientos masivos, los soldados bebían incluso alcohol industrial) que las violaciones. Los pocos militares que intentaron solucionar el problema se toparon con un muro de incomprensión e incluso sarcasmo.

Las hermanas Stobbe y los cinco primos duermen en un cobertizo. Mi padre narra la escena con frialdad, quizá por la distancia. No adjetiva, no hay juicios de valor. «Había al menos veinte personas durmiendo ahí. Llegaron los rusos buscando mujeres para violarlas. Mi tía y mi madre bajaron la escalera y salieron a la intemperie, fuera del cobertizo, a veinte grados bajo cero. Volvieron nuevamente adentro cuando los rusos se marcharon, cuando ya habían follado suficiente.» Frieda y

Liesbeth se salvaron. ¿Cómo? A veces, a las mujeres que forcejeaban con sus violadores las acusaban de poner en peligro al resto: «En la cola del agua contaba una mujer cómo un vecino la increpó en el refugio cuando los Ivanes se la llevaban y ella se resistía: "¡Vamos, vaya de una vez! ¡Nos está poniendo a todos en peligro!"», cuenta Marta Hillers en sus diarios del fin de la guerra. Muchas mujeres ocultaban, comprensiblemente, haber sido violadas; sus maridos, si conseguían volver del frente, las rechazaban. Quizá Frieda y Liesbeth se llevaron a la tumba un secreto horrible.

Esta es una historia alemana. Entonces, ¿por qué no sé alemán? Un filósofo prusiano me lo echa en cara. «Solo tú, alemán, volviendo del extranjero, ¿saludarás a tu madre en francés? / Escúpelo, escupe ante tu puerta el feo lodo del Sena, ¡habla alemán, oh, alemán!», escribió Johann Gottfried von Herder, que nació en 1744 en Mohrungen, no muy lejos de Elbing. No puedo hablarle a mi padre en alemán, a pesar de que fue mi primera lengua. Lo aprendí antes que el español. Chupete se dice *Schnuller*, por ejemplo. Quizá está sumergido en mi subconsciente, latente, como esperando a que lo reactive. Me lo repito a menudo para no sentirme culpable. También me lo dice mucha gente: ¿de dónde viene tu apellido? Es alemán. ¿Ah, sí? Sí, mi padre es alemán. Hablarás perfectamente alemán. No, la verdad es que no, aunque dicen que lo hablaba de niño. Entonces es cuestión de rescatarlo. Sí, supongo que sí.

A veces miento un poco. Digo que solo sé leerlo. O que solo sé leerlo y lo entiendo en una conversación, pero me cuesta hablarlo. Decir directamente que no entiendo casi nada al leerlo y prácticamente nada al escucharlo me resulta demasiado violento, como admitir un desprecio imperdonable por mi familia y mis ancestros.

La lingüista Julie Sedivy cuenta que abandonó su Checoslovaquia natal a los dos años y que, al volver décadas después, no le costó mucho recuperar el checo: «Hay un gran número de artículos académicos que muestran datos sobre los restos cognitivos que hay de las lenguas “olvidadas”, restos que son visibles generalmente durante el proceso de reaprendizaje. [...] La gente que había sido expuesta a esa lengua al principio de su vida mostraba un reaprendizaje acelerado de la gramática, el vocabulario y, sobre todo, el control sobre los sonidos del lenguaje». Pero yo nunca he podido hacer una comprobación así, porque nunca lo he aprendido ni siquiera de manera informal. En treinta años no me he enfrentado a un libro de texto de alemán. Tampoco sé si mi exposición al idioma fue suficiente en mis primeros años como para que haya algo que rescatar.

El alemán era para mí una lengua de orden e imposición. En mi caso por motivos diferentes a los de millones de personas.

Era la lengua que usaban mis padres cuando no querían que mi hermana y yo nos enteráramos de lo que hablaban. Era la lengua que usaba mi padre cuando se enfadaba con nosotros: *Verdammt der mist noch mal!*, nos gritaba, algo así como «¡otra vez con la misma mierda!» (dice que los insultos en alemán son siempre «anales»). Era una lengua que yo odiaba, como odiaba el francés cuando mi madre, profesora del idioma, intentaba hacer inmersión lingüística (a Herder quizá le gustará saber esto: no le hablaba a mi padre en alemán pero tampoco a mi madre en el «feo lodo del Sena»). El alemán era como lavarse los dientes, ducharse, comerse las acelgas, ir a misa, comer y cenar sin poder ver la tele, las conversaciones intensas en las que mis padres nos trataban «como adultos» y nos hablaban de religión y de sexo y de política ante la mirada entre displicente e incrédula de mi hermana y mía.

Pero el alemán era también muchas otras cosas. Era autoridad pero también ingenuidad. Todavía hoy cuando escucho alemán se aparece ante mí un hombre naíf y un poco autista, muy cuadriculado, al que le saca de sus casillas cualquier alteración mínima del orden normal de las cosas, la gente que habla alto y las muestras de afecto. Es alguien que no cruza el semáforo en rojo aunque no venga ningún coche, que tiene un menú muy limitado e infantil y que piensa que en el sur nos gastamos el dinero en vino y mujeres. Es un estereotipo injusto e incompleto, claro. Como la mayoría de los estereotipos. El alemán es mi tío Bernd viniendo a España a visitarnos con la maleta llena de productos alemanes, que no trae como regalos sino para comérselos él. El alemán son las bacanales luteranas y kitsch de mis tíos Ekkehard y Felicitas llenas de alemanes rosadetes borrachos tras dos vinos calientes bailando sobre una moqueta de color beige en un salón de baile con muebles plastificados y papel de pared florido. El alemán es también las galletas de mantequilla de la tía Carola, la madre de Felicitas. Es el mercado de navidad de Núremberg, las *frikadellen*, la *zwiebelwurst* y la *zwiebelmett*. El *pumpernickel*. Las salchichas hervidas. Los calendarios de adviento de chocolate, las coronas de adviento con velas rojas. Las chocolatinas *Dominosteine* que odiaba porque tienen mazapán y una especie

de gelatina de guindas. Los pasteles de frutas, especialmente el de ciruela. La nana «Schlaf, Kindlein, schlaf» que me cantaba mi madre. Todavía se la sabe de memoria. Lo hacía en una versión muy antigua y trágica. Empieza con «Duerme, hijito, duerme, tu padre cuida de las ovejas, tu madre sacude un arbolito, te entra un pequeño sueño. Duerme, niño, duerme», pero termina con una referencia a la guerra de los Treinta Años: «Tu padre está en la guerra. Tu madre está en Pomerania. Y Pomerania se ha quemado». Con la misma melodía había muchas versiones. He encontrado una aún más trágica: «¡Mariquita, vuela lejos, vuela lejos! ¡Tu casa está en llamas! ¡Los niños gritan!». De niño me cantaban propaganda prusiana para dormir.

A veces pienso que si pudiera hablar alemán alcanzaría otro tipo de complicidad con mi padre, más profunda. Se me pasa rápido. Es una tontería esotérica, esencialismo lingüístico. ¿No saber alemán me impide conocer a mi padre? ¿No pertenecen a mi padre, con la misma fuerza, su español roto y heterodoxo que su alemán anticuado? (Mi padre habla alemán como alguien de los años sesenta, algo que me encantaría poder detectar; mi hermana, que sí habla alemán, dice que suena como un señor muy formal y de otra época.) En su mente el alemán ya no se disputa su presencia con el español. Mi padre ama, odia, suspira y llora en español. Habla español, oh, español. Cuando lo escucho hablar en alemán, no necesito entender lo que dice para sentir que ese idioma me pertenece. El alemán es parte de mi identidad sin necesidad de hablarlo. Y, sin embargo, la culpa…

La culpa de no saber alemán paralizó durante años este proyecto. No podía escribir un libro sobre la vida alemana de mi padre, y sobre mi familia alemana, sin saber alemán. Es verdad que podía traducir los documentos del archivo familiar con Google Lens y Deepl, como acabé haciendo. Incluso podía recurrir a la ayuda de un traductor profesional. Tampoco era un obstáculo mi padre, con quien hablo en español siempre. El problema era otro. Me imaginaba la decepción del lector, que pensaría que soy como esos estadounidenses con antepasados extranjeros que desconocen todo sobre su cultura de origen, como el chiste que dice que la persona que habla dos idiomas se llama bilingüe y la que solo habla uno se llama

«estadounidense». Si en todos estos años no me he puesto en serio a aprender alemán no ha sido por pereza o desinterés, aunque algo habrá de ello, sino por vergüenza. Un poco como cuando postergo responder un mensaje de alguien y cuanto más tiempo pasa, menos capaz me veo: han pasado dos semanas, qué vergüenza, ahora qué digo. Me imaginaba apuntándome a clases de alemán y teniendo que explicarle a la profesora el origen de mi apellido. ¿Tu padre es alemán y estás aprendiendo alemán a los treinta años? Esa vergüenza no ha desaparecido, pero ha dejado de paralizarme.

Mi padre tampoco hablaba la lengua materna de su padre, que era el polaco. Recuerda una especie de carantoña que le hacía: «*Tubshin, tumkuoda, tuchim niyarboda*», dice sin saber lo que significa ni si es correcto. Mi transcripción es también errónea. «Se lo he dicho alguna vez a algún polaco y no me ha entendido.» «Pero ¿te acuerdas de lo que significaba?» «No sé… Te hacía unos pellizcos en el brazo y significaba algo así como "pasito a pasito y te hago cosquillas". O al menos ese era el sentido.» Cuando hablaba alemán, Richard tenía un acento prusiano muy marcado. También Frieda. Mi padre hace un sonido como de urraca para hablar del acento «ancho» de su madre. «La i y la e se pronunciaban como la a.» «*Ich beeeeen aus Aaaalbing*», grita mi padre imitando a su madre. En el oeste, su acento era un marcador de clase y los delataba como refugiados.

Tardé mucho en darme cuenta de que mi padre habla español con un fuerte acento alemán. Ahora me paro a escuchar cómo habla, cómo pronuncia, qué expresiones usa. Dice mucho «etcétera» para ganar tiempo o cubrir los silencios o mientras piensa lo que quiere decir en la siguiente frase. Normalmente dice primero «etcétera» y luego dos o tres *«cétera, cétera»*. Etcétera, *cétera, cétera*. Su coletilla favorita es «La cuestión es…» o «La cuestión es la siguiente». Cumplen un cometido parecido al etcétera. Usa mucho «Y tal», pero nunca solo uno. Normalmente son tres: y tal, y tal, y tal. Acentúa raro. Habla del periódico *El Páis*, con acento en la a; dice *prímera* con acento en la í. Si cuenta una historia del pasado la cuenta en pretérito imperfecto, casi nunca en pretérito perfecto simple: «Entrábamos en la casa y veíamos de pronto…», «De repente,

me decía…», lo que le quita a veces el dramatismo y el suspense al relato. Es consecuencia de la conjugación en alemán. Le encanta el prefijo «semi», que usa junto a palabras donde tiene sentido pero no queda muy natural: algo está semiabierto, semicaliente. Dice «ellla» en vez de «ella». Cuando no sabe algo, dice: «consultaré la Wikipedia», que pronuncia *vikipedia*. Wikipedia aquí es sinónimo de Google. Al comer dice *«bon profit»* y al brindar «viva la revolución». Para confirmar que ha escuchado lo que le dices, suele decir «Oído, cocina». El otro día me dijo: «Estás más perdido que un calamar en un vaso de leche». De niños, cuando decíamos «quiero esto, quiero lo otro», él respondía: «¡Y un jamón!».

«Lo que sí tienes que hacer es…», me dice a menudo, sin venir a cuento, como saliendo de pronto de su monólogo interior. «El que la sigue la consigue», «El no ya lo tienes» y «son pocos y cobardes» son sus expresiones motivadoras favoritas. También le gusta «dar el do de pecho». Hay otras expresiones parecidas como «el que no se embarca no llega a América», «el que no llora no mama» y «el que no se mueve se oxida». Son expresiones de *coach*, o de tiburón de los negocios.

Él dice que no es un tiburón sino un búho. Es un animal que espera el momento adecuado para atacar. Tiene un búho en la estantería del salón. En realidad, se corrige, ya no es un búho. Lo fue. Y es un cambio que yo he vivido. El Gernot Dudda que yo he conocido mejor es vulnerable, cariñoso, melancólico. En realidad siempre fue un poco así, y nunca fue un padre frío: de niño, cuando tenía pesadillas, se metía conmigo en mi cama diminuta hasta que me hubiera calmado y me acariciaba con agresividad, como uno acariciaría un rinoceronte o un elefante; todas las noches, al acostarnos, nos pedía a mi hermana y a mí que le contáramos algo bueno que hubiera ocurrido ese día, incluso en los peores; en el colegio me acompañaba hasta la puerta del aula porque me solía escapar y lloraba constantemente porque no soportaba alejarme de mis padres; cuando me llevaba a catequesis se quedaba sentado al final de la sala porque, de nuevo, tenía un miedo enorme a la separación; fue él, y siempre él, quien me llevó durante años al psicólogo de niño. Pero había también una dureza y rigidez y sobre todo

exigencia detrás. Hay una frase de Arthur Koestler sobre George Orwell que me parece que define a mi padre: «Era implacable consigo mismo, y la extensión de esa implacabilidad [hacia los demás] era una especie de cumplido». La vejez lo ha ablandado y, gracias a ello, hemos encajado mejor que nunca.

A veces dice «Como diría yo…» y a continuación añade algo que no solo diría él, como «a quien madruga Dios le ayuda». También suele decir «como quien dice». Un ejemplo real: «Me atacó el espíritu navideño, como quien dice». «Tú lo dices» y «eso» tienen una función enfática, como una palmadita en la espalda. Una interjección de factura propia que le gusta es *pum pum pum*, que puede servir para muchas cosas y muy variadas. Otra: *pumpa*, o *pumba*. Estornuda así: «¡eeeeeeeschi!», con un volumen ensordecedor. Algunas de sus palabras favoritas son: suplicio, relente, afincarse, claudicar, agenciar, zafarrancho, lógico, logística, ensamblar, inconveniente («Si no tienes ningún inconveniente, te agradecería que…» me escribe a veces para pedirme un favor, como si fuera un email de trabajo), partidario («Soy partidario de que hagas eso cuanto antes…»). Más expresiones: «Te tengo que confesar…» y luego realmente la confesión no es tan solemne; «Yo casi diría que…», o más enrevesada: «Yo casi sería partidario de…», «sería aconsejable…», «calculo que…», «hay que procurar…». Pero luego rompe ese lenguaje diplomático con chistes o anécdotas o simples ironías a veces verdes, a veces incomprensibles, siempre un poco dadaístas e impertinentes. No dice nunca palabrotas, por eso cuando suelta alguna suena demasiado bestia. En su 82 cumpleaños dijo tras beberse un vaso de fino: «Esto está más seco que el chocho de una vieja». Nos sorprendió un poco a todos. Es una frase que decían sus amigos andaluces. Luego se corrigió: «En realidad no decían chocho sino chumino». En general, le da un poco igual si su interlocutor no pilla sus bromas. Inmediatamente cambia de tema o sigue a lo suyo. Creo que mi padre pocas veces ha pensado «tierra, trágame», o si lo ha hecho no ha sido por mucho tiempo o por las razones que me harían a mí sentirme así.

Sus chistes suelen ser alemanes o andaluces. Antes de mudarse a Madrid, mi padre vivió una década en Andalucía. Es

una época que le afectó al humor, que está lleno de hipérboles y metáforas. Un par de chistes que me envía por WhatsApp. Uno andaluz, más o menos: «Franco tenía un ministro de Asuntos Exteriores que se llamaba Artajo. Daba un *meeting* político y la gente le aclamaba gritando ARTAJO ARTAJO ARTAJO. Lo escuchó uno de Utrera que estaba en el *meeting* y dijo enfadado a su compañero de al lado: "Coño, ar Guadarquivir, que ezta más serca"». Y otro alemán: «Al leer tu artículo me acordaba de un chiste que te voy a contar. Pero no olvides que se trata de un chiste alemán. En una tarde de verano, estaban sentadas en un banco del parque dos madres dándoles el pecho a sus bebés. Una madre era flaca y delgada con poco pecho que ofrecer. La otra era gordita con un globo de pecho de categoría. Los dos bebés trabajaban duro para alimentarse. De repente el bebé de la madre flaca miró con desaprobación al otro bebé y le dijo: "Camarada, sorber, sorber, no soplar"».

Mi padre me llama con tres motes: Ricky Du, meduso (mi primer artículo en prensa fue sobre las medusas en el mar Menor) y Herr Dudda, o señor Dudda. Mi madre llamaba a mi padre Ger. Mi padre llamaba a mi madre Mer. Eran Mer y Ger. Mer y Ger se saludaban con un silbido, sobre todo lo utilizaban para encontrarse entre una muchedumbre; también lo usaban con nosotros y con Bruno, el perro familiar. La diferencia de edad entre Mer y Ger era de veinticuatro años. Ger, creo que no hace falta decirlo, era el que tenía veinticuatro años más. Esa diferencia de edad preocupaba mucho al principio a Mer, a quien confundían con la hija de Ger. Mer y Ger se conocieron trabajando en la misma empresa. Ger era el jefe de Mer. Mer y Ger tuvieron empresas de publicidad con su propio nombre: Gernot Dudda & Company y MPD Promociones (la M es de Mer, la P y la D son sus apellidos). Mer y Ger estuvieron muy enamorados, o al menos eso me parecía de niño. Mer y Ger se divorciaron tras dos décadas de matrimonio. La siguiente pareja de Mer se llamó Fer. La de Ger no rimaba con Ger.

Hay historias a las que me agarro solo yo. Mi padre las cuenta de paso, sin darles mucha importancia o porque apenas recuerda nada. Hay un nombre que aparece a menudo en su narración sobre la huida: Wilhelm Gustloff. Era el líder del partido nazi en Suiza. En febrero de 1936, un judío croata llamado David Frankfurter llamó a la puerta de su casa en Davos y le pegó cinco tiros en la cabeza. Luego se entregó a la policía. «He disparado porque soy judío. Soy plenamente consciente de mi delito y no me arrepiento de nada», dijo tras ser detenido, y lo repitió en el juicio que lo condenó a dieciocho años de cárcel. En la película *Asesinato en Davos*, Rolf Lyssy le atribuye las siguientes palabras: «Gustloff era el único que tenía a mi alcance. [...] Yo quería matar el bacilo, no a la persona».

El gobierno alemán celebró un funeral de Estado para Gustloff y lo condecoró como *blutzeuge* o mártir de sangre. Hitler, que presidió el funeral, al que acudieron tres mil personas, acusó del crimen a «nuestro enemigo judío, un enemigo al que no hemos hecho nada, pero que sin embargo busca subyugar y esclavizar a la población alemana.» Un año después del asesinato de Gustloff, el gobierno nazi inauguró el barco transatlántico *Wilhelm Gustloff*, con capacidad para mil quinientas personas. Era el buque insignia del programa *Kraft durch Freude* (Fuerza a través de la alegría). El KdF, que formaba parte del sindicato nazi Deutsche Arbeitsfront, organizaba galas y eventos y subvencionaba vacaciones para la clase trabajadora. En el *Wilhelm Gustloff*, al menos sobre el papel, las clases sociales no existían. El trabajador y el burgués dormían y comían en los mismos camarotes y comedores. Había piscina, gimnasio, salas de conciertos. El único coste para el ciudadano era la completa adhesión al partido.

Antes de la guerra, el *Wilhelm Gustloff* hizo varios viajes a los fiordos noruegos y el Mediterráneo. También realizó viajes propagandísticos. En abril de 1938, se convirtió en un colegio electoral para los dos mil alemanes que vivían en Reino Unido y que tenían derecho a votar en el referéndum sobre el *Anschluss*, la «adhesión» de Austria. Fueron trasladados en ferry desde Londres hasta Tilbury, donde estaba amarrado. La votación se hizo a tres millas de la costa, en aguas internacionales. 1.968

pasajeros votaron sí, solo diez votaron que no.

En 1939, viajó a Vigo para transportar de vuelta a Alemania a mil cuatrocientos soldados de la Legión Cóndor, que participó en el bando franquista en la guerra civil española. Unos meses después, con el inicio de la segunda guerra mundial, se convirtió en un hospital, luego en un centro de reclutamiento y entrenamiento y finalmente, durante la Operación Aníbal en 1945, en un barco de evacuación de refugiados.

A finales de enero de 1945, el *Gustloff* estaba amarrado en Gotenhafen (hoy Gdynia), preparado para evacuar a miles de prusianos. Unas sesenta mil personas esperaban en el puerto. El 30 de enero partió hacia el oeste con unas ocho mil personas oficialmente a bordo, pero se calcula que otras dos mil se consiguieron colar y no quedó registrada su presencia. En el interior del crucero, el calor de diez mil personas, entre refugiados, personal militar y oficiales nazis, era insoportable. Fuera, en cambio, las temperaturas alcanzaron los dieciocho grados bajo cero.

A las ocho de la tarde, la megafonía del barco emitió un mensaje de Adolf Hitler. El 30 de enero era el aniversario de la toma del poder de los nazis en 1933. «En esta batalla funesta tenemos solo una obligación: aquel que luche honorablemente podrá salvar su propia vida y la vida de aquellos a los que ama. Pero el que, por cobardía o falta de carácter, dé la espalda a su nación sufrirá implacablemente una muerte ignominiosa.» Una hora después, Aleksandr Marinesko, el capitán del submarino soviético S-13, que se encontraba entonces en el Báltico, ordenó disparar tres torpedos en dirección al *Gustloff*. Cada uno tenía una insignia: «Por la madre patria», «Por el pueblo soviético», «Por Leningrado». Un cuarto con la insignia «Por Stalin» se quedó atascado. En apenas una hora, el *Gustloff* se hundió en el Báltico. La falta de botes salvavidas y el egoísmo de los oficiales nazis, muchos de los cuales escaparon sin ayudar a mujeres, ancianos y niños, provocaron la muerte de miles de refugiados. De los diez mil pasajeros, sobrevivieron unos mil, aunque tanto las cifras de supervivientes como de fallecidos son solo estimaciones. Antony Beevor dice que «murieron entre 5.300 y 7.400 personas». Existe el consenso, eso sí, de que se trata del

naufragio con mayor número de víctimas de la historia.

¿Fue un crimen de guerra? En la Enciclopedia Británica, el escritor Nicki Peter Petrikowski dice que «las alegaciones de que el hundimiento del *Gustloff* constituye un crimen de guerra son en gran parte infundadas, dada la presencia a bordo de armas y de casi mil efectivos militares.» Pero ¿cuál es la ratio de efectivos militares-civiles aceptable para considerar que no se trató de un crimen de guerra? Es decir, si hay muchos más daños colaterales y víctimas civiles que daños y víctimas militares, ¿sigue siendo un objetivo legítimo? Según los cálculos de Heinz Schön, un superviviente que dedicó su vida a registrar rigurosamente la catástrofe, en el *Wilhelm Gustloff* había «8.956 refugiados, 918 suboficiales y alumnos de la escuela de submarinos, 373 mujeres auxiliares navales, 173 auxiliares navales armados y 162 soldados gravemente heridos». De entre los refugiados, se calcula que había unos cuatro mil niños y menores.

Mi padre estuvo a punto de formar parte de esa estadística. Cuando ya llevaban unos días en la carretera, Frieda y Liesbeth oyeron hablar del *Gustloff*. Liesbeth pensaba que era buena idea desviarse para subirse a él. «El *Führer* lo ha preparado para nosotros.» Siempre fue muy favorable al régimen. Pero Frieda se negaba a desandar el camino, ya habían avanzado mucho, ¿y si hay mucha cola y no podemos subir? Gracias a su insistencia siguieron hacia el oeste y se salvaron.

Uno de los supervivientes del *Gustloff* era de Elbing. Se llamaba Horst Woit y era seis años mayor que mi padre. Murió en 2018 en Canadá. Woit ha aparecido en documentales y libros sobre la catástrofe. En fotografías, lleva una gorra con las letras «Gustloff». Aparece en *A paso de cangrejo*, la novela de Günter Grass que trata la historia del *Wilhelm Gustloff* y donde el escritor alemán, nacido en Danzig en la época en que fue ciudad libre, reflexiona sobre la escasa atención que ha tenido el suceso en la historiografía generalista. Habla de un superviviente que, si no es Woit, se le parece mucho: «Entre los más jóvenes [en un evento de conmemoración del hundimiento] estaba un chico de Elbing que entonces tenía diez años y hoy vive en el Canadá, y al que el Patronato había pedido que contara públicamente los

detalles de su salvamento». Pero en su obituario en el periódico canadiense *The Star* no sale nada de la guerra. De su vida en Europa solo se menciona su «aprendizaje en el negocio de comercio al por menor en Alemania». Luego una mudanza definitiva a Canadá y una vida placentera de clase media: «Una carrera exitosa de cuarenta años en T. Eaton Co. le permitió una jubilación temprana, larga y feliz en Lago Eugenia. Llenaron sus días el esquí, el golf, los viajes y las reuniones sociales, al igual que la vida en el campo». «Lo echará de menos su border collie Bodie.» Como si no hubiera sobrevivido a la segunda guerra mundial y al naufragio más letal de la historia. ¿Por qué? ¿Es porque su estatus de refugiado y víctima alemana, en un país en el que se establecieron miles de refugiados europeos que escaparon del nazismo, resulta incómodo? No me imagino el obituario de mi padre sin su historia como refugiado y superviviente de la segunda guerra mundial.

Durante décadas, la extrema derecha en Alemania ha utilizado el hundimiento del *Wilhelm Gustloff* como combustible para su resentimiento y revisionismo. En *A paso de cangrejo*, Grass escribe sobre los foros de neonazis que conmemoran tres *treintas de enero*: el de 1933, la toma del poder nazi; el de 1936, el asesinato de Wilhelm Gustloff; el de 1945, el hundimiento del barco *Wilhelm Gustloff*. Esta apropiación ultraderechista de la catástrofe contrasta con la ausencia de memoria democrática del suceso. Hay películas sobre el *Gustloff*, documentales, una novela de un premio Nobel. Aparece en libros con títulos como *Todo lo que no sabías sobre la segunda guerra mundial*. Pero es un suceso conocido, no *reconocido*. Como dice el escritor J. M. Coetzee en una reseña de *A paso de cangrejo*, «Ni Gustloff ni el *Gustloff* han sido olvidados en el sentido de que hayan desaparecido o hayan quedado sin registrar, pero hay una gran diferencia entre “formar parte del registro” y “formar parte de la memoria colectiva”». El hundimiento del *Wilhelm Gustloff* es «un acontecimiento lo bastante catastrófico como para ser causa de luto nacional», sigue Coetzee, pero «ha sido relegado al ámbito del dolor privado».

Casi cien años después de la guerra, ¿es necesario, al criticar los crímenes de guerra de los aliados, señalar también la

magnitud y crueldad de los crímenes nazis? ¿No son estos crímenes algo obvio, autoexplicativo, el verdadero fundamento sobre el que descansa la conciencia europea del siglo XX? En *Los amnésicos*, después de explicar que más de cuatrocientos mil civiles alemanes murieron durante los bombardeos aliados, Géraldine Schwarz escribe: «Sin embargo, a pesar de que los aliados cometieron crímenes cuya extrema gravedad todavía les cuesta reconocer, sin ninguna duda la responsabilidad principal de esta espiral de violencia corresponde al Reich. Si no hubiera desencadenado la guerra en Europa, Alemania nunca habría padecido ni habría sido desfigurada de esta manera». ¿Era necesario recordar eso? ¿Qué función cumple esta frase, más allá de ser una especie de autojustificación de la autora? Es un blindaje extraño. ¿De verdad un lector contemporáneo, adulto y sin malas intenciones, podría llegar a pensar que la autora justifica el nazismo cuando critica los crímenes de los aliados? No sé por qué me hago estas preguntas. Al escribir que el hundimiento del *Wilhelm Gustloff* fue un crimen de guerra siento que tengo que justificarme como hace Schwarz. Pero decir que el verdadero culpable es Hitler me parece un cliché y una obviedad que solo sirven para limpiar mi remordimiento. Aunque, ¿qué remordimiento? ¿Me siento culpable? ¿De qué?

Mi padre quiere demostrarse y demostrarme que sabe recordar, que sabe contar una historia, una buena historia. Por eso se frustra cuando no recuerda algo. Cree que su desmemoria es culpa de la vejez, y no de que tenía cinco años. Es duro consigo mismo. Si no se acuerda del nombre de alguien a quien no ha visto en setenta años, se indigna. Horas después, me viene entusiasmado: «¡Hans! ¡Se llamaba Hans!». Y Hans no es importante para la historia, pero sí lo es para su autoestima. (A veces en vez de Hans dice Juan, igual que dice Carlos Marx, Federico Engels y Adolfo Hitler, como en las antiguas traducciones al castellano de autores clásicos.)

Por eso hace tantas digresiones. Se sale por la tangente para poder seguir hablando. Un vecino tenía un tractor. Me explica el funcionamiento del tractor. No me entero de nada. Más que un tractor, parece una cosechadora. ¿Hay tractores-cosechadoras? Siempre hay algún dato sorprendente en sus anécdotas. Ese pueblo es famoso por sus fábricas de bicicletas. ¿Sabes de dónde viene tal expresión? Ese cuadro de Bismarck por el que me preguntas lo pinté yo cuando nos mudamos a Cádiz, como no teníamos dinero para decorar, pues dije: «me toca ponerme a pintar». ¿Qué carbón producía la fábrica por la que cruzaron una noche, donde se llenaron de cemento y polvo que se adhirió a su ropa mojada tras haber cruzado un río? No es lo más importante de la historia, ni siquiera remotamente, pero le dedica mucho tiempo. Es decir, cruzaron una frontera ilegalmente a través de una fábrica de carbón, ¿qué más da qué tipo de carbón? Además, ha saltado unos cinco años desde donde estábamos. «¿Lignito? Creo que era de lignito.» Me envía un PDF con una historia de las fábricas de carbón de Alemania del Este. «No era esta, pero era muy parecida a esta», me dice señalando una de las fotos. Esa obsesión por los detalles no es porque quiera completar la historia. Es curiosidad genuina. Le gusta hablar de este tipo de cosas, de cosas de padre, sobre todo de coches, de obras, de infraestructuras, de matrículas de coches, de por qué letra van. Ya van por la Y. Adivina el año de un coche por su matrícula.

Interrumpe toda historia si no se acuerda de un concepto. No podemos continuar hasta que no lo busco en internet. Me

explica que su abuelo bendecía en Pascua la casa familiar con ramas de olivo mojadas. Me pregunta cómo se llama el objeto que usan los curas para bendecir. Lo busco. «Hisopo.» «No, no, eso no es.» «Hombre, tiene que ser.» Le leo la definición de la RAE. «Bueno, habrá muchos tipos.» ¿Cómo se llamaba el pueblo de Burgos donde tenía el marido de Marisol una azucarera? En ningún momento una azucarera burgalesa en los años sesenta me ayudará a recrear su vida de refugiado de la segunda guerra mundial. Pero es algo que se ha colado en su cerebro y ya no hay manera de sacarlo. Se queda pensando un rato. Minutos antes estábamos hablando de la desnazificación. Esto también le parece importante. Me lo imagino despertándose en mitad de la noche porque ha recordado el nombre del pueblo. «¡Pancorbo!» Gernot 1, Olvido 0. Ya puede descansar.

A veces inicio las conversaciones de manera espontánea, en una sobremesa, tomando un chupito de bourbon del Aldi. Otras, lo cito a una hora determinada. Le gusta esa solemnidad. Cuando la familia estaba todavía unida, le gustaba organizar reuniones. Nos citaba a una hora para informarnos de algo importante, tenía *bullet points* y orden del día. Si hubieran existido Microsoft Teams o Google Calendar nos habría mandado una invitación. Es algo que siguió haciendo tras el divorcio. Nos reuníamos en lugares neutrales, mi padre traía más o menos escrito lo que quería decir, a mi hermana y a mí nos incomodaba toda esa tramoya. Conseguía desnaturalizar lo que estaba cada vez más desnaturalizado. Es un maniático de la logística. Yo también. Creo que todos los problemas humanos son de logística o de comunicación. Aquí logística quiere decir organización, coordinación de planes. Mi padre usa el concepto para lo más cotidiano. El otro día me dijo: «¡Ricky! Logística: ¿qué comemos?». Otro ejemplo: «Logística. Cuando vayas a por pienso hoy o mañana por la mañana tráete uno o dos paquetes de pastillas de la chimenea». Quiere controlar la logística para ordenar su mundo, para aplacar la incertidumbre. También para mandar. Le gusta saber y controlar los procesos, a qué hora sales, cuánto tardas, cuánto te queda, por dónde vas, si vas ya por Albacete entonces te quedan todavía dos horas: cuando conduzco, le paso mi ubicación en tiempo real de Google Maps.

Si he salido a las 11.15 y a la una estoy ya a mitad de camino me dice que no vaya tan rápido.

Quizá mi padre no fue siempre así. Lo he conocido en sus últimas décadas. Qué extraño hablar así de un padre, como si fuera un colega. Pero es verdad, mi padre no ha sido siempre mi padre. De hecho, ha sido muchos menos años mi padre que otra persona que no era mi padre. ¿Era esa persona también maniática con los procesos y la logística? Recuerdo que en los viajes familiares se agobiaba mucho antes de coger un avión, en el aeropuerto era puro nervio, se convertía en Paco Martínez Soria a pesar de que había viajado ya muchas veces. El niño refugiado que sobrevivió a la guerra y a los campos de refugiados y que luego de adulto viajó por todo el mundo, comió carne de paloma en la India, fumó opio en Nepal e hizo de guía turístico improvisado en el Taj Mahal nunca se acostumbró del todo a la logística de los viajes.

Ahora que vive en El Hoyo, esa logística es más complicada que nunca. No solo porque la finca está lejos de todo. Es que además Conchita y él tienen tres perros, a los que no quieren dejar solos nunca. Y antes de fallecer a los casi cien años, vivía con ellos la suegra, también llamada Conchita. Era una extraña familia postiza compuesta por un hombre de ochenta, una mujer de sesenta, otra de casi cien, un perro cojo, una perra con sobrepeso y una mastina de cincuenta kilos y muchas babas. Para ir de la playa a Murcia, donde tiene su casa Conchita, hacían varios viajes, porque no cabían todos a la vez. Un viaje de unos sesenta kilómetros era un reto logístico, que requería de una coordinación como la de un trasplante de órganos. A veces, cuando necesitaban un respiro o tenían un plan de cine o teatro en Cartagena o Murcia, dejaban a la mastina en una residencia de perros unos días. Para ir a visitarles tengo que coordinarme muy bien, sobre todo cuando no puedo coger prestado un coche. Un mensaje de mi padre: «Logística para el día 2 de enero. Este día tú viajarás de Valencia a Murcia. Conchita va a recoger a Cira en la residencia canina de Librilla a las 13 h y desde allí continúa a la finca. Yo me quedo en Murcia esperando tu llegada para que vayamos juntos en mi coche a la finca. Sería bueno que llegases a mediodía o a primerísima hora de la

tarde».

No sé por qué me irrita la obsesión logística de mi padre, si yo soy igual. Pero yo no soy controlador de personas, sí de procesos. Es un control mental: todo en mi cabeza tiene que estar en su sitio, ¿cómo voy a enfrentarme a esto si no he resuelto mentalmente esto otro? Cuando soy espontáneo mi cerebro no tarda en darse cuenta y avisarme de que estoy siendo espontáneo. No aguanto la incertidumbre de los planes en el aire, no soporto esperar en vano a alguien, no tener agendado el día, me pueden el vacío y los «a ver si nos vemos» y las largas y los «ya veremos». Cuando me enfado con la anticipación neurótica y la obsesión logística de mi padre, me estoy enfadando conmigo mismo.

Si yo hoy con toda la solemnidad del mundo le digo a mi padre «Mañana a las cinco en punto, después de tu siesta, haremos una sesión de entrevista de una hora» es porque sé que le gusta esa dinámica. Pero también porque me viene bien a mí: tengo una pequeña meta, no todo es informal. Cuando sabe de nuestra cita se prepara, hace búsquedas online. En la siesta, repasa lo que quiere decir o hace un ejercicio de memoria. Su siesta es sagrada. Cuando trabajaba, era de veinte minutos en su despacho. Ahora sus siestas son pantagruélicas, con la camisa del pijama metida en el pantalón, tapado incluso en verano, las persianas bajadas. Suele despedirse así tras la comida: «Con vuestro permiso, me retiro a mis aposentos». A menudo le acompaña Rufo. Al salir del cuarto, está tan confundido que parece necesitar más un calendario que un reloj. Le dejo un tiempo para tomarse el café con una tostada o una magdalena. Repasa de nuevo la prensa en el móvil, aunque a menudo no va más allá de los titulares. Da un último sorbo al café. Carraspea. «Cuando tú quieras.»

Estoy en la calle donde nació mi padre el 16 de mayo de 1940. Hoy se llama Piechoty, entonces se llamaba Landwehr. No sé qué número era. La familia se mudó pronto de aquí. No hay fotos ni recuerdos. Es una calle corta en un barrio de clase media, creo que para los estándares de Elbląg es clase media-alta. Pero no sé cómo sería hace ochenta años. Según me dice mi padre, era una casa del ejército o de la policía. Se la dieron a Richard justo antes de la guerra.

A doscientos metros hay un cementerio protestante abandonado. Las lápidas están destrozadas y apenas se leen las inscripciones. Son todos alemanes y casi todos murieron en 1918. ¿Cuándo fue la última vez que alguien trajo flores a alguna de estas tumbas? O que recortó la hiedra. Un nombre sí se puede leer, el de un tal Lorenz Basilius, inequívocamente alemán. Nació el 16 de junio de 1860, murió el 21 de abril de 1918. Dirigió el estudio fotográfico más importante de la ciudad. Encuentro en archivos digitales muchos retratos firmados por él, pero también las mejores fotografías de la ciudad a principios de siglo.

Un poco más adelante en la calle hay otro cementerio. Las tumbas aquí están mejor cuidadas porque no son protestantes, sino de la Iglesia ortodoxa polaca. Hay una placa modestísima del año 2000 con un mensaje muy ambiguo: «En memoria de los ciudadanos que murieron en Elbląg hasta 1945». Es todo el homenaje que hay en la ciudad al pasado alemán. No queda ningún vestigio de mi familia en Elbląg. Tampoco en Kurwien. Cuando mi padre fue en 1991, intentó buscar la tumba de su abuelo Wilhelm: «Pregunté por el cementerio y me dijeron que ahora era el vertedero del pueblo. Me metí y encontré cruces de hierro y nombres y apellidos, y me dije: “Bueno, pues aquí está mi abuelo”. Lo celebré conmigo mismo. En estos metros cuadrados de basura están mis raíces».

Paseo sin rumbo por la ciudad. No hay mucho que hacer. Un borracho en silla de ruedas se mea encima. Una anciana con un pañuelo en la cabeza se cambia de acera al verlo. Tiene más de ochenta años, lo que me hace pensar que no nació aquí. En 1945 hubo un reemplazo absoluto de población. Los alemanes fueron asesinados o escaparon (y los que no escaparon fueron

expulsados), y fue entonces cuando llegaron los polacos. Aunque la ciudad sufrió mucho al final de la guerra, los habitantes actuales de Elbla¸g o sus antepasados no sufrieron con ella. Llegaron después. Quienes sufrieron los bombardeos y la huida fueron otros, los alemanes. El Elbla¸g moderno se fundó en 1945 por colonos, casi todos de los territorios del este de Polonia que ocupó la URSS en 1939. 1945 fue su año cero.

Me he acercado al museo de historia de la ciudad. No hay ninguna referencia a la guerra. Solo una foto impresionante y morbosa de la torre de la puerta del mercado de Elbing destruida por los bombardeos. ¿Quién bombardeó esto? ¿Por qué? Se entiende, claro que se entiende, que fue en la segunda guerra mundial. Pero no estaría mal una leyenda. En ningún momento aparece mención alguna al hecho de que esto fue Prusia desde 1772 a 1947, que esto fue una ciudad alemana, que fue destruida por los aliados, que antes de 1945 su población era casi un cien por cien alemana y tras 1945 casi un cien por cien polaca. No es que le pida a un museo local de una ciudad polaca de cien mil habitantes el rigor del Smithsonian; creo que lo que ocurre es que un museo local tiene que hablar sobre el pasado de su gente, y ni los habitantes actuales de Elbla¸g ni sus antepasados tienen relación alguna con los habitantes de Elbing. Es una actitud parecida a la de un libro horrible sobre la ciudad que compró mi padre hace años. Se titula *Elbla¸g i okolice wczoraj*, «Elbla¸g y sus alrededores ayer». Está introducido por una cita banal de un tal reverendo Miezcyslaw Józefczyk. Si la traduzco del polaco es: «La gente ha vivido, amado y sufrido aquí. Nada ocurrió ni terminó de repente». ¿Cómo que no?

«¿No te he contado el chiste de los idiomas?», me pregunta mi padre. «¿Cuál?» «Es un chiste de las reparaciones que daba el gobierno a los que habían perdido sus propiedades tras la guerra. Tenían que indicar a un funcionario qué era lo que habían perdido. Llega uno y dice: "Madre mía, mi casa… todo perdido". Llega otro y dice: "Yo tenía una finca de no sé cuántas hectáreas… todo perdido". Otro: "Yo tenía cien caballos… todos desaparecidos". Y llega un último y dice: "Yo sabía hablar cinco idiomas… todos perdidos".»

Hay una foto de mi padre en el colegio, en el año 50 o 51, frente a un mapa de Prusia. Varios niños refugiados escuchan a un profesor, un tal Zimmerman, que «les explica cómo era su patria perdida». Era miembro del *Gesamtdeutscher Block/Bund der Heimatvertriebenen und Entrechteten*, el Bloque Pangermánico/Liga de los Expulsados y Privados de Derechos. Mi padre lo llama el «partido de los resentidos». «Lo que realmente quería era prepararnos para el regreso», dice mi padre de Zimmerman. «Te decía las profesiones que hacían falta para cuando volvieras. Mi padre me decía que yo tenía que ser panadero, porque así nunca pasaría hambre. Tenía esa esperanza de volver. Había incluso discursos violentos. Hay que reconquistar, a las armas… Pero es que no sabían que esa pérdida no era un capricho, sino el resultado de una guerra. Mis padres eran votantes. Íbamos a las manifestaciones. Mi padre era bastante beligerante. Decía que tenía tierras y ganado en Masuria y quería recuperarlos.» Muchos alemanes pensaban así. En las elecciones de 1953, el «partido de los resentidos» obtuvo veintisiete diputados en el Bundestag y tuvo dos ministros en el gobierno de Adenauer. Durante décadas la República Federal de Alemania no reconoció la frontera actual con Polonia. Lo hizo en 1970, cuando el canciller Willy Brandt firmó el Tratado de Varsovia (poco después de su famosa genuflexión frente al monumento que conmemora el levantamiento del Gueto de Varsovia). Entonces las esperanzas de los «revanchistas» desaparecieron por completo y mi padre, que ya llevaba unos años en España, no tuvo que volver a Prusia para hacerse panadero.

Pero no todo el resentimiento de los prusianos era revanchismo. Tras la guerra, las fuerzas aliadas organizaron uno de los mayores desplazamientos forzados de población de la historia. Alrededor de siete millones de alemanes en Checoslovaquia, Hungría y las zonas de Alemania del Este que acababan de ser asignadas a Polonia fueron obligados a mudarse a Alemania Occidental, que era un Estado en ruinas. Muchos de esos expulsados eran colonos que el Tercer Reich había enviado a finales de los años treinta y durante la guerra a los nuevos territorios ocupados; otros muchos, como es el caso de los

prusianos, habían vivido ahí generaciones. Detrás de este proyecto estaba la idea de hacer una Europa del Este homogénea, sin minorías raciales, nacionales o religiosas, para evitar de nuevo un conflicto nacionalista. Es decir, el proyecto no era solo un intento de revertir las deportaciones y colonizaciones nazis, sino que buscaba reordenar étnicamente el continente a la fuerza.

La *polonización* se asemejó a una limpieza étnica. Antes del fin de la guerra, el líder comunista polaco Władysław Gomułka dijo que «Hay que expulsar a todos los alemanes porque los países se construyen sobre líneas nacionales y no multinacionales». La nueva Polonia se deshizo de toda la población alemana (la que por algún motivo no había escapado tras la llegada del Ejército Rojo en 1945, o la que escapó pero luego volvió a sus hogares tras la guerra) con extrema crueldad. No importó la ideología, si eran alemanes socialdemócratas o comunistas que apoyaban el nuevo Estado polaco comunista, tampoco la edad o la salud (la mayoría eran mujeres y ancianos). Tampoco importaba si compartían la religión; los alemanes católicos tampoco se salvaron.

En febrero de 1945, cuando los británicos ya estaban planeando el reordenamiento étnico y fronterizo de Europa del Este, George Orwell anticipó la tragedia:

> Esto equivale a trasplantar toda la población de Australia [que en 1945 era de unos siete millones], o las poblaciones combinadas de Escocia e Irlanda. No soy un experto en transporte o alojamiento, y me gustaría escuchar de alguien más cualificado una estimación aproximada de (a) cuántos vagones y locomotoras, funcionando durante cuánto tiempo, estarían involucrados en el transporte de esos siete millones de personas, más su ganado, maquinaria agrícola y enseres domésticos; o, alternativamente, (b) de cuántos de ellos van a morir de hambre y exposición [a temperaturas extremas].

Pasó lo que Orwell se temió. Ante la impotencia de los aliados, cuyos objetivos de relocalización de población eran como mínimo ingenuos, los polacos y checos no perdieron el tiempo y comenzaron a enviar trenes hacia Berlín sin

preocuparse por las condiciones de los pasajeros. Un periodista del *Times* en el verano del 45 escribió un artículo sobre un tren con sesenta mujeres y niños que habían sido expulsados de un hospital y un orfanato de Danzig. Fueron transportados sin comida ni bebida en trenes de ganado. Cuando llegaron a Berlín habían fallecido veinte de ellos. Un médico militar británico escribió a sus superiores sobre un tren que llegó de Polonia a Berlín con setenta y cinco cadáveres. Hay decenas de historias así.

Los que no eran directamente expulsados permanecieron meses en campos de refugiados. En el de Mysłowice, al sur de Katowice, murieron casi dos mil quinientas personas entre marzo y diciembre de 1945. El gobierno polaco encerró a miles de alemanes en antiguos campos de concentración nazis. Como escribe R. M. Douglas en *Orderly and Humane. The Expulsion of the Germans after the Second World War*, «En Os´wie¸cim (Auschwitz), la liberación de los últimos internos judíos supervivientes del campo principal (Auschwitz I) y la llegada de los primeros alemanes étnicos estuvieron separadas por menos de quince días». En los campos no solo había prisioneros de guerra, también miles de niños, mujeres y ancianos. El antiguo campo de concentración nazi de Bolesławiec, un subcampo de Gross-Rosen, alojó a «unos mil doscientos niños de entre doce y quince años, que fueron utilizados como mano de obra forzada en proyectos de construcción de carreteras», dice Douglas. En otros campos, las violaciones de mujeres alemanas eran algo común. De nuevo Douglas: [El campo de] Jaworzno, como revelaron un par de inspecciones oficiales en mayo y agosto de 1945, funcionaba como un supermercado sexual para su contingente de ciento setenta milicianos, cuya práctica, según informó Antoni Białecki de la Oficina de Seguridad Pública local, era "llevar a las mujeres *Volksdeutsch* a punta de pistola a casa por la noche y violarlas". En Potulice, uno de los mayores campos polacos para internos alemanes, la humillación sexual de las prisioneras se había convertido en una práctica institucional a finales de 1945».

En octubre de 1945, Robert Murphy, exasesor de Eisenhower y representante del Departamento de Estado de los

Estados Unidos en Alemania, escribió a uno de sus superiores:

> Al ver la angustia y la desesperación de estos desdichados [...] la mente vuelve instantáneamente a Dachau y Buchenwald. Aquí hay un castigo a gran escala, pero practicado no sobre los *Parteibonzen* [peces gordos del Partido], sino sobre las mujeres y los niños, los pobres, los enfermos.
>
> Nuestra psicología se adapta de algún modo a la idea de que el sufrimiento forma parte del contrato del soldado... Sin embargo, esa psicología pierde parte de su elasticidad al ver la estúpida tragedia que ahora se abate sobre miles de niños, mujeres y ancianos inocentes... [Las] deportaciones masivas diseñadas por los nazis proporcionaron parte de la base moral sobre la que hicimos la guerra y que dio fuerza a nuestra causa. Ahora la situación se ha invertido. Nos encontramos en la ingrata posición de ser socios de esta empresa alemana y, como socios, compartir inevitablemente la responsabilidad.

Como en Elbla̧g no hay mucho que hacer, viajo en tren por la región. En el museo del castillo de la Orden Teutónica de Malbork, entre espadas de teutones e imaginería kitsch y reproducciones horteras, encuentro una bonita exposición sobre Maciej Kilarski, el arquitecto y principal restaurador del castillo, pero también alguien muy involucrado en la reconstrucción de ciudades como Gdansk y Elbla̧g en la posguerra. Sobre Elbla̧g, escribió en 1953: «Es deprimente, su lúgubre paisaje urbano es un alarido de los tiempos de guerra, las siluetas de las casas quemadas son aterradoras, los montones de escombros son omnipresentes. La ciudad parece ahora un campo de topos». En 1954 se queja del robo de patrimonio: «¿Quedó suficientemente satisfecha la persona que retiró el puntal de la terraza de 1641 en Mostowa n.º 23? ¿Qué uso le ha dado a este adorno? ¿Se ha convertido en una piedra de afilar, en una lápida o simplemente la ha usado para decorar su jardín?».

No sé muy bien a qué he venido. Este viaje estaba planeado con mi padre, pero se echó atrás a última hora. Desde el principio supe que sería difícil. Su salud es frágil. También le asustaba mucho viajar a una zona tan cercana a Ucrania y a la

guerra (aunque lo que está realmente cerca de Elbla¸g, a unos sesenta kilómetros, es la provincia rusa de Kaliningrado, la antigua Königsberg prusiana). Mi plan original era simplemente plantarnos en el centro del pueblo, poner los brazos en jarra, suspirar y decir: «Bueno, pues aquí empezó todo». Y luego tomarnos una cerveza y una salchicha. En su lugar me he venido tres días yo solo. Tres días en Elbla¸g son muchos; una tarde es ya mucho. La ciudad no es gran cosa. Si a Danzig la llamaban la Ámsterdam del Este, ese cliché usado tantas veces (en Polonia, por ejemplo, llaman a Cracovia la Praga del Este y a Wroclaw, la Venecia del Este), Elbing, más modesta, se conformó con ser un poco la Danzig de un poquito al sureste, unos ochenta kilómetros. Es triste y ventosa y melancólica. El centro de la ciudad es un decorado; detrás de los edificios reformados del siglo XIX están los bloques soviéticos. De Elbing, la ciudad alemana, solo quedan hoy unos pocos edificios, aislados en manzanas desoladas, a su alrededor todo pisos construidos mucho después. En mitad de una avenida moderna, con sus bloques soviéticos de supermercados Biedronka y Kaufland y Aldi, tirita un edificio de principios del siglo XX. Es un cachito de Elbing; a su alrededor es todo Elbla¸g.

Ya he ido a la casa natal de mi padre. Pero de ahí se mudaron muy pronto. La verdadera casa familiar de los Dudda en Elbing estaba en el número 13 de la calle Skagerrak. Es desde donde huyeron Frieda y Liesbeth y los niños cuando llegaron los rusos en enero de 1945. Hoy la calle se llama Swierkowa. No me ha costado encontrarla, está en una zona residencial alejada del centro. En los años cuarenta esto sería el extrarradio. Son humildes bloques adosados pintados de amarillo. Frente al portal hay una zona verde común. Me he sentado en un banco y observo a mi alrededor. Dos adolescentes bajan con mochilas y su madre se asoma a la ventana para verlos marchar. Un hombre sale a pasear con su pastor alemán. Hay un palomar antiguo a mi izquierda. ¿Qué más puedo hacer aquí? Me da pudor estar mucho tiempo frente a la casa, sin hacer nada, así que me levanto y me voy. Pero cuando ya estoy en la calle principal, me doy la vuelta. Es un sitio importante y tengo que exprimirlo. Me vuelvo a sentar. Ahora ya no hay nadie. Miro el

móvil para no resultar sospechoso, hago como que estoy esperando a alguien. No resalto mucho: al fin y al cabo, soy casi nativo. Pero ¿qué espero? ¿Una epifanía? A los cinco minutos me vuelvo a marchar. Si supiera polaco o alemán podría haber llamado al timbre de la casa y quizá podría haberle preguntado algo al actual inquilino de la casa o incluso haber entrado. Si supiera polaco o alemán y no tuviera esta vergüenza paralizante.

Mi padre dice que las tres veces que ha venido a su casa natal se ha encontrado con el mismo inquilino en ella, un boxeador. Cada vez que el hombre lo ve, le dice: «¿Otra mujer?». Ha venido aquí con Chela, con mi madre y con Conchita. Me ha contado varias veces el viaje con Chela, una exnovia argentina. Lo único que supe de ella durante mucho tiempo es que le quemó la casa. (Escucho su voz de pronto: «No te despistes».) Siempre pensé que había algo de exageración en esto, que «me quemó la casa» era una afirmación muy ambigua y que no fue para tanto, que quizá era algo incluso injusto, el tipo de comentario resentido que uno hace sobre un ex. Hasta que me enseñó las fotos: los muros completamente negros, los muebles chamuscados, cenizas por todas partes. Perdió muchas fotos y documentos familiares, entre ellas las del cementerio abandonado de Kurwien, donde supuestamente está enterrado su abuelo Wilhelm. Ya he dicho que mi padre no es nada coleccionista, pero conserva con celo su biblia de adolescencia y un juego de mesa y sillas de estilo medieval simplemente porque sobrevivieron al fuego.

En el viaje con Chela, antes de la caída del muro de Berlín, hicieron un poco de detectives. «Chela, que en algunas cosas era bastante lista, dijo: “Vamos a ver dónde está la gente culta en este pueblo, que estará vinculada probablemente a la iglesia”. Entonces fuimos a la iglesia, de la que quedaba solo la torre. Al lado estaba la casa del cura, bastante bonita, con su jardín delante. Llamamos al timbre y pregunté al sacerdote si hablaba alemán. Dijo que sí. La gente culta habla alemán. Subimos una escalera de madera a su despacho. Le expliqué que había nacido allí y que quería visitar mi casa natal. Entonces puso encima de la mesa un mapa de Elbla¸g, pero todo en polaco, y luego puso

un film transparente encima, y en esa lámina estaba el mismo trazado de la calle pero con las calles en alemán».

En 2002 vinimos a Skagerrak toda la familia. Conseguimos entrar en la casa. En el dintel de la puerta del salón había un gancho donde el boxeador polaco colgaba sus guantes. Dice mi padre que Richard colgaba de él un columpio para los niños. Hay algunos vídeos del viaje, que no solo hicimos por Polonia sino también por Alemania del Este. En uno de ellos, estoy subido a un árbol y lloro porque soy incapaz de bajar. Recuerdo otras cosas. Mi padre pidió una cerveza en un bar de Elbla¸g y en su lugar le trajeron una sopa metida en una hogaza de pan; cuando visitamos Kurwien, yo iba escuchando en un discman la banda sonora de la película *Spider Man*.

En este viaje no he podido ir a Kurwien, no he encontrado la tumba de mi abuelo, no he sufrido una epifanía sobre mis orígenes. Pero he venido a la antigua Prusia, he paseado, me ha llovido, me ha dado el sol del norte de Polonia en la cara y el viento del Báltico, he visto campos eternos de girasoles y cielos azules que me han recordado a *Reminiscencias de un viaje a Lituania* de Jonas Mekas, he visto dónde nació y dónde vivió sus primeros años mi padre, he pensado «aquí pasó esto», «aquí pasó lo otro», he visto ruinas y tumbas abandonadas donde están enterrados mis antepasados o al menos los vecinos de mis antepasados y me he vuelto a España, ya es casi verano, mi padre me envía una foto de la mimosa y la adelfa en El Hoyo: «explosión de color».

Antes de abandonar la calle, le mandé una foto. «Llegaste a la meta», me respondió. Al verla, se le activó la memoria. «A la izquierda de la entrada había una caja muy grande de madera llena de arena para que jugaran los niños. Jugábamos a los soldados», me dijo. Le pregunté por el trayecto que hizo en enero de 1945 desde Skagerrak hasta la casa de su tía Liesbeth. Sorprendentemente, supo guiarme. «Dos casas a la izquierda del arco. Mirando al parque. Había una casa en llamas. Mira a la derecha del arco.» Ahí está la casa de Liesbeth. No sé si está igual, pero es viejísima. Unos minutos después me vuelve a escribir. «Conchita ha ido a la finca a regar. No pude ir. La puta ciática.» Otro rato después: «En los años setenta había una serie

de televisión que se llamaba *Kunta Kinte*. *Roots*. Estás buscando tus raíces».

16 de mayo de 1945. Alemania se ha rendido hace una semana. Es el quinto cumpleaños de mi padre. Frieda ha hecho caramelos con las remolachas de azúcar abandonadas en el campo. Es el regalo para su hijo. Están en Eberswalde, un pueblo a las afueras de Berlín. Siguen todos juntos: Frieda y su hermana Liesbeth y sus respectivos hijos. Dentro de lo que cabe, tienen suerte. Es decir, es casi el final de la guerra y están vivos. Llevan caminando cuatro meses, más de cuatrocientos kilómetros. Su destino es Berlín, no solo por inercia, o por pura supervivencia ante el avance soviético. Quieren llegar a Berlín porque allí vive Otilia, una de las hermanas de Richard. Vive en Brunnenstrasse, 185. Entresuelo, 6. La dirección no importa mucho, pero me gusta haberla encontrado. Es una chincheta más en el mapa. La descubrí en una postal que recibió Otilia en 1942.

La casa de Otilia se ha salvado de los bombardeos porque es un entresuelo. Mucha gente en Berlín vive en sótanos y plantas bajas porque los pisos superiores ya no existen. En 1946, el periodista sueco Stig Dagerman viajó a Berlín y describió cómo era esa vida:

> A través de las diminutas ventanas miramos el interior de esas pequeñas piezas con los muros de cemento desnudos, una estufa, una cama, una mesa y, en el mejor de los casos, una silla. En el suelo hay unos niños sentados que juegan con una piedra; sobre la estufa, una olla. Por encima, entre las ruinas, colgada de una cuerda atada, ondea la ropa interior de los niños. El humo de las estufas se abre camino a través de las grietas de las paredes que se derrumban. Cochecitos de bebé aguardan delante de las diminutas ventanas.

La casa está, pero Otilia no. Lleva meses en Rotemburgo, cerca de Núremberg, de donde es su marido. Muchos berlineses abandonaron la ciudad ante los bombardeos; en los pueblos y ciudades más pequeñas no caen bombas, o no tantas. Berlín en cambio es todo ruinas. Quinientos millones de metros cúbicos de ruinas. Es una cifra que me deja indiferente. En la época se calculó que si se construyera un muro con ellas, un muro de treinta metros de ancho y cinco de alto, alcanzaría Colonia, que

está a casi seiscientos kilómetros de Berlín. El periódico *Nürnberger Nachrichten* calculó que si se apilaran todas las ruinas en el Campo Zeppelín, donde los nazis organizaban sus actos más multitudinarios en Núremberg, el resultado sería una montaña de cuatro mil metros, en la que habría nieve perpetua. Hay tantas ruinas que ha surgido un nuevo personaje de posguerra, las *Trümmerfrauen*, las mujeres de los escombros, que los recogen de manera diligente y disciplinada, con pañuelos en la cabeza, formando cadenas como de montaje. También han surgido, como consecuencia de la acumulación de ruinas, montañas artificiales o *Schuttberg* que todavía permanecen, y que se han integrado en la naturaleza y la ciudad. En Berlín, la montaña de ruinas Teufelsberg está a ciento veinte metros sobre el nivel del mar.

Son observaciones un poco frívolas. La realidad de Berlín es dramática. La ciudad está habitada casi exclusivamente por mujeres, que cargan a sus hijos a la espalda como fardos de ropa sucia o hatillos. Hay miles de niños huérfanos, que vagan por las calles sin supervisión. Los rusos siguen violando y saqueando. Entre las ruinas se apilan cadáveres y su putrefacción provoca enfermedades como el tifus. Hay una frase de Dagerman en la que pienso a menudo: «El sufrimiento merecido es igual de duro que el inmerecido, se siente igual en el estómago, en el pecho y en los pies».

Mi padre recuerda que Frieda y Liesbeth los acostaban a las cinco de la tarde para que no sufrieran por el hambre. Recuerda una excursión clandestina para comprar leche en el parque Tiergarten. Frieda se había enterado de que allí había un hombre con una vaca. Se saltaron el toque de queda. Volvieron con una jarra de aluminio llena de leche y también con tablas de madera, imagino que para tapiar alguna ventana o para calentarse. Como ahora sé la dirección exacta en Berlín, mi padre me pide que mire en Google Maps la distancia entre la casa de Otilia y el Tiergarten. Son tres kilómetros.

Hay otra historia que cuenta a menudo. Un día un hombre trajo una carta para Otilia. En la Alemania de la posguerra inmediata no había servicio de correos, sino que los envíos eran informales, una especie de trueque postal. Al abrir el sobre,

Frieda reconoció la letra de Richard. Ninguno de los dos sabía dónde estaba el otro. No sé su contenido (imagino que Richard quería saber si su hermana Otilia seguía viva), pero su importancia fue enorme: gracias a ella, por azar, Frieda supo que su marido seguía vivo. Estaba en Plötzkau, un pueblo de la actual Sajonia-Anhalt que acababa de ser ocupado por los estadounidenses. Frieda entonces usó el mismo trueque postal para escribirle de vuelta y decirle que estaban vivos y que se reunirían con él.

Todo lo que sabe mi padre sobre lo que hizo su padre en la guerra es lo siguiente. Fue comandante de un panzer en el frente del este. Una mina explotó bajo el tanque y sus dos compañeros murieron. A él le quedó una brecha en la cabeza donde no le volvió a crecer pelo. Y ya está. Mi padre no sabe mucho más, solo alguna que otra anécdota o escena: «Las autovías en Rusia estaban siempre construidas en alto, porque las zonas por las que se movían eran fangosas. Se llamaban *rollbahn*. Mi padre decía que a un lado de la carretera estaban ellos y al otro los rusos y que los escuchaban cantando. Me viene a la mente como si me hubiera pasado a mí».

Hay una versión oficial de Richard. La cuenta en un currículum que escribió en 1951. Es un texto rigurosamente administrativo y no aparece ninguna mención a la guerra ni al frente: «Del 12 de agosto al 13 de noviembre de 1942 participé en un curso de empleo para policías en el servicio de transporte motorizado en la Escuela Tecnológica de Policía de Tráfico de Berlín. En abril de 1943 fui nombrado jefe de policía de la Schutzpolizei [una rama de la policía estatal] y al mismo tiempo fui contratado de por vida. En julio de 1943, me destinaron a la escuela de conducción de la policía en Viena y serví allí hasta el final de la guerra».

En su *Polizei Dienstpass* pensaba que encontraría algo más. Era su pasaporte policial, el que conservaba mi padre escondido en la estantería de El Hoyo. No sé cómo llegó a sus manos, él no lo recuerda. Sacar algo así de Alemania es delicado. En la portada hay una esvástica manchada de sangre. En la primera página del documento aparecen los diez principios de la policía del Reich:

1. Mantenga su juramento con total lealtad y devoción al *Führer*, al pueblo y a la patria.
2. Los poderes extraordinarios, que le han sido otorgados a usted como el portador más visible del poder del Estado, no son privilegios sino deberes. Cúmplalos de manera ejemplar como servidor de su pueblo.
3. Sea atento y discreto en los asuntos oficiales, valiente y seguro de sí mismo pero justo e implacable en la lucha contra todos los enemigos del pueblo y del Estado.

4. Trate a los demás como le gustaría que le tratasen a usted.
5. Sea sincero, sencillo y frugal. Las mentiras son malas [...] la indulgencia es indigna.
6. Ayude al que necesite su ayuda.
7. No descuide su aspecto exterior, es el reflejo de su aspecto interior.
8. Sea obediente con sus superiores, un ejemplo para sus subordinados, mantenga una conducta varonil y cultive la camaradería.
9. Ser portador de un arma es el mayor honor del Hombre alemán, tenga siempre presente esto.
10. Entrénese y trabaje en sí mismo. El que consigue mucho es reconocido. ¡Que el reconocimiento sea su mayor orgullo!

En el interior del pasaporte están sus datos personales, sus destinos policiales desde 1935, las vacunas que recibió, su grupo sanguíneo, mucha información repetida y banal sobre ascensos y traslados. Durante meses pensé que había un contraste simbólico enorme entre la portada, con una esvástica manchada de sangre, y el interior del pasaporte, lleno de información irrelevante y estrictamente oficial. Quizá no contaba ninguna historia, o al menos ninguna especialmente interesante: fue un policía en Elbing, hizo un curso en Berlín, lo mandaron a Viena también como policía. Entonces, ¿qué es eso que cuenta mi padre de un tanque? ¿Y la historia de los rusos y los alemanes cantando cada uno a un lado del dique? ¿Y la sangre en la portada del pasaporte? ¿Era suya? ¿De algún ruso?

Una de las páginas del pasaporte estaba escrita con otro bolígrafo y la tinta estaba emborronada. Había varias fechas y destinos que no coincidían con la versión oficial de Richard. Aquí no había información banal, sino muchos traslados y movimientos. Sobre todo entre 1943 y 1944, cuando estuvo en varios sitios de Bielorrusia, Letonia, Lituania y el oeste de Rusia. ¿Qué hizo ahí? Una palabra se me escapaba. Le pedí a mi padre la lupa enorme, rectangular y con patas plegables que se compró para leer el periódico. Al final la descifré. *Bandenbekämpfung*. Aparecía varias veces. Significa lucha partisana o contra *bandidos*. Al menos ahora tenía un contexto.

El contexto era la ocupación alemana de la Unión Soviética.

Alemania había invadido los territorios más al oeste de la URSS en 1941. Un par de años después, luchaba por conservarlos. Era una tarea difícil. En los bosques bielorrusos y ucranianos, el movimiento partisano causó muchos problemas a los ocupantes. La Wehrmacht ya no luchaba una guerra convencional, sino que tenía que administrar lo conquistado. Hitler y Goebbels entonces idearon una estrategia de seguridad para controlar y eliminar la disidencia en los territorios ocupados, la *Bandenbekämpfung*. En 1942, en la Directiva del Führer n.º 46, Hitler definió exactamente en qué consistía. El Ejército debía eliminar a los «bandidos» (es decir, a toda disidencia, tanto armada como no) y movilizar a la población colaboracionista, mientras que la policía, en colaboración con las SS, estaba centrada en la limpieza étnica y en la aplicación del *Lebensraum*. Su objetivo era *germanizar* los territorios ocupados y exterminar a los enemigos políticos y *biológicos* del Tercer Reich. Y en la Europa Oriental ocupada por los nazis esto implicaba la caza y exterminio de toda la población judía. La lógica era: donde hay partisanos hay judíos, y donde hay judíos hay partisanos. Pero esto no significa que los judíos fueran víctimas colaterales, asesinados por su carácter partisano. En los diarios de 1941 de Heinrich Himmler, el principal artífice de esta estrategia, dice: «La cuestión judía / exterminarlos como partisanos». Por eso la *Bandenbekämpfung* era en realidad un eufemismo nazi de violencia sistemática y limpieza étnica. Fue la antesala de los campos de exterminio, una especie de «Holocausto por las balas».

El historiador Raul Hillberg dice que este exterminio itinerante tuvo dos «barridos». El primero lo realizaron los *Einsatzgruppen*, o escuadrones de la muerte, que acompañaron a la Wehrmacht en la invasión de la URSS en 1941 para incitar pogromos y realizar matanzas pueblo a pueblo. En el segundo barrido, a partir de 1942, la fuerza policial, tanto la *gendarmerie* local como la Schutzpolizei, o la policía estatal, estaba mucho más presente y dependía directamente de las SS. También el trabajo estaba más sistematizado e integrado en la Solución Final: muchos de los prisioneros eran directamente enviados a campos de exterminio. En las zonas en las que estuvo Richard,

en Bielorrusia y los Estados bálticos, muchos eran enviados al campo de Stutthof, a apenas cuarenta kilómetros de Elbing. Había otros tres subcampos en Elbing: Elbing, Elbing (Org. Todt) y Elbing (Schinau). En este segundo barrido, la policía y las SS no solo tenían como objetivo asesinar a los judíos que habían sobrevivido al primer barrido; también se dedicaban a borrar las pruebas de sus matanzas antes de que llegara el Ejército Rojo. Los nazis obligaban a los supervivientes a exhumar los cuerpos de las fosas comunes para quemarlos. Al finalizar les disparaban. El siguiente grupo de judíos se encargaba de quemar sus cadáveres.

Mi abuelo Richard, al formar parte de la Schutzpolizei, una de las policías estatales, participó en el segundo barrido. Está todo en su pasaporte. Al descifrar la palabra *Bandenbekämpfung*, muchas otras se volvieron inteligibles. Por ejemplo, *Unternehmen*, operación. Entre el 29 de octubre y el 10 de noviembre de 1943, Richard participó en la Operación Heinrich (se denomina así por Heinrich Himmler), que asesinó a cinco mil quinientos supuestos partisanos en la región de Rasony en el norte de Bielorrusia, una de las zonas de Europa del Este donde más desarrollado estaba el movimiento partisano (hasta el punto de que estaba integrado en la estrategia militar soviética). Luego siguió hacia el norte. Del 11 de noviembre al 18 de diciembre estuvo cerca de Névél, en la provincia rusa de Pskov. Entre el 19 de diciembre de 1943 y el 7 de enero de 1944 participó en la Operación Otto (posiblemente en referencia al jefe del SD-Interior, el servicio de inteligencia nazi, Otto Ohlendorf, que también dirigió escuadrones de la muerte), también anti-partisana, en Oswieja, al norte de Bielorrusia. Luego volvió a subir a la zona de Névél, donde estuvo hasta abril. Del 18 de abril al 18 de julio de 1944 participó en acciones *Bandenbekämpfung* en Vilna, la capital de Lituania. Y entre el 19 de julio y el 30 de julio estuvo en Letonia directamente bajo las órdenes de un *SS- und Polizeiführer*, un jefe de policía y SS (un alto funcionario alemán que comandaba unidades formadas por policías uniformados y miembros de las SS).

El siguiente descubrimiento que hice en la página borrosa es un nombre. En todos estos años, Richard siempre estuvo, de

una manera u otra, bajo las órdenes del miembro de las SS Friedrich Jeckeln. A veces de manera muy directa, como cuando formó parte, entre noviembre y diciembre del 43, y entre enero y abril del 44, del *Kampfgruppe Jeckeln*, el grupo de combate liderado por Jeckeln.

La trayectoria de Jeckeln parece una caricatura. Si me interesa su historia es porque fue el jefe de mi abuelo; es también una manera de acceder lateralmente a él. Friedrich Jeckeln nació el 2 de febrero de 1895 en Hornberg, en la Selva Negra. Tras la primera guerra mundial, obtuvo empleo como gestor de una granja cerca de Danzig y se unió a las Freikorps y la Orden Teutónica. Se casó con Charlotte Hirsch, la hija de Paul Hirsch, el ministro-presidente de Prusia entre 1918 y 1920. Este era judío y del SPD. Con el tiempo, la pareja se divorció, y Friedrich se negó a enviarle una pensión a su exmujer para la manutención de sus tres hijos. Años después, cuando se unió al NSDAP, usaría la historia de su matrimonio con una judía y la «caza de brujas» (*Kesseltreiben*) que sufrió por parte de su padre, que le exigía la pensión de manutención de su hija y sus nietos, para moldearse un perfil de nazi que conocía bien al enemigo judío. ¿Quién mejor para defender a la raza aria que el ario que fue víctima de las manipulaciones de su resentida exmujer judía y de su padre Paul Hirsch, uno de los responsables de la *degeneración* de la República de Weimar?

Cuando comenzó la guerra, Friedrich Jeckeln se convirtió en uno de los principales perpetradores de la Shoah en Europa del Este. Entre noviembre de 1941 y enero de 1945, fue el jefe superior de la policía y las SS en el Reichskommissariat Ostland, el régimen de ocupación nazi en los Estados bálticos y el oeste de Bielorrusia. Antes, entre junio y octubre de 1941, tuvo el mismo cargo en la zona del sur de Rusia (en el Reichskommissariat Ukraine). Fue en ese periodo cuando cometió la mayor parte de sus crímenes. Como jefe de todos los *Einsatzgruppen*, o escuadrones de la muerte, de la región, fue responsable directo de las matanzas de Babi Yar en Kiev, en la que fueron asesinados 33.771 judíos en dos días (el 29 y 30 de septiembre de 1941); de Kamianets-Podilskyi, al oeste de Ucrania, en la que fueron asesinados unos veinticuatro mil

judíos en cuatro días (entre el 27 y el 29 de agosto de 1941); y del exterminio de veinticinco mil judíos del gueto de Riga, en la llamada Masacre de Rumbula entre el 30 de noviembre y el 8 de diciembre de 1941. Fue, en esencia, uno de los emisarios de Himmler más comprometidos con su política de limpieza étnica. Su estrategia de exterminio sistemático se denominó *Sardinenpackung* y consistía en disparar a bocajarro a las víctimas en la misma zanja donde yacerían sus cadáveres (y así evitar transportarlos); si el tiro erraba fallecían por asfixia, aplastados por el peso de miles de personas. Su idea, como confesó a uno de sus cercanos, era usar una bala por cada tres individuos.

Jeckeln no solo ordenó matanzas desde su despacho, también se involucró personalmente en ellas. En un informe de la NKVD, un testigo cuenta que «en una ejecución masiva presidida por Jeckeln, un anciano cayó en la fosa de ejecución y se intentó cortar las venas de las muñecas. Jeckeln lo mató personalmente mientras gritaba que no tenía derecho a suicidarse». Otro cuenta que «en 1942 las oficinas de la policía eran limpiadas por mujeres judías. Cuando Jeckeln pasó por delante de ellas y se dio cuenta de que estaban fumando, ordenó que se las llevaran y las fusilaran inmediatamente». Otro: «[bajo órdenes de Jeckeln] todos los judíos de Riga y Miltau fueron agrupados en junio-julio de 1942, conducidos por la ciudad en camiones y luego ahorcados de los árboles». Su celo por exterminar de la manera más eficiente demostró a las autoridades nazis que ni siquiera un asesino tan disciplinado como Jeckeln podía cumplir manualmente los elevadísimos objetivos de exterminio que el régimen se había propuesto, un problema que los campos de exterminio solucionaron.

En abril de 1945, Jeckeln fue capturado por los soviéticos. Una parte de sus subordinados consiguió huir y se rindió ante los estadounidenses. Es posible que mi abuelo estuviera entre ellos. En febrero de 1946, tras meses de interrogatorios en los que admitió estar detrás de casi quinientos mil asesinatos, Jeckeln fue ahorcado en una plaza de Riga. Uno de los espectadores de la ejecución se llevó sus botas como souvenir.

Dos

Mi padre cuenta sus pastillas tras el desayuno. Son dieciocho. Sobre la mesa veo cinco botes y seis blísters. Las pastillas las guarda en un maletín de trabajo que tiene desde hace cuarenta años, un maletín como de espía soviético de los años setenta que ahora funciona como un botiquín portátil. Está lleno de cajas de Manidipino, Nasonex, Alopurinol, Seguril, Palexia, Diazepam, Furosemida Mylan, Bisoprolol. Cuando va a la gestoría o al abogado o al notario se lleva esa maleta, que vacía de medicamentos y llena de papeles. «Hoy no he podido dormir», me dice mientras cuenta las pastillas. Tiene, según él, «párkinson de piernas». Se refiere al síndrome de las piernas inquietas. Dice que le da patadas a Conchita por la noche y la despierta, y que por eso a veces duermen en habitaciones distintas. Están pensando cambiar la cama de matrimonio por dos camas, como las parejas de antes. Estamos a veintidós grados y lleva dos jerséis gordos de invierno. Anoche hacía dieciséis grados y puso la estufa de butano. Rufo, Nea y Cira están tomando el sol fuera, pero a regañadientes: mi padre los suele echar de casa como si fueran niños que se pasan todo el día viendo la tele o con el móvil: «venga, fuera todos, a tomar el sol, que estáis todo el día metidos en casa».

Hay una escena en *Maus*, el cómic de Art Spiegelman, en la que sale su padre contando sus pastillas. He encontrado el libro en mi cuarto de El Hoyo. Me lo regalaron con dieciséis años y no lo había vuelto a leer. «Once… doce… trece…» «Eh… ¿qué haces, papá?» «Reparto las pastillas por dosis diarias… catorce… quince… dieciséis… diecisiete… dieciocho…» «¿Tantas?» «Son seis para el corazón, una para la diabetes… Y unas veinticinco o treinta son vitaminas.» En los años setenta, Art Spiegelman comenzó a entrevistar a su padre Vladek sobre su experiencia durante la segunda guerra mundial. Sobrevivió a Auschwitz. Le cuenta muchos horrores pero no le deja escribir sobre su vida sentimental. Me recuerda a mi padre. «Lo que acabo de contarte, lo de Lucia y eso, no quiero que lo *pondrías* en el libro.» «¿Qué? ¿Por qué no?» «¡No tiene nada que ver con Hitler ni con el Holocausto!» «Pero, papá, es un material estupendo. Lo hace todo más real, más humano. Quiero contar tu historia tal y como ocurrió.» «Pero no *es* bien, es una falta de

respeto. Podría contarte otras historias, pero no quiero que *mencionarías* asuntos tan privados.» «Vale, vale, lo prometo.» Y, como mi padre, el de Spiegelman también conjuga raro los tiempos verbales. Vladek dice que «por la noche me dan calambres en las piernas», como el «párkinson de piernas» de mi padre. Ambos hacen digresiones y se van por las ramas y el hijo tiene que encauzar el relato. Esas digresiones a veces se producen en mitad de monólogos solemnes sobre situaciones dramáticas: en una escena, Art y Vladek discuten sobre un plato roto mientras hablan de Auschwitz. Mi padre me habla de la guerra, de violaciones y de la muerte mientras mastica magdalenas.

Cuando leí *Maus* por primera vez sabía muy poco de la historia de mi padre, las cuatro anécdotas que solía contar. Pero ya estaba ligeramente interesado. Mi trabajo final de la asignatura de historia en primero de bachillerato fue sobre su huida de Elbing. No recuerdo el proceso de escritura ni el de investigación. No usé apenas fuentes, solo el testimonio de mi padre. No lo grabé, sino que él mismo escribió su relato a ordenador y yo luego lo usé. Ese proyecto, que desapareció y del que no tengo copia, estaba muy influido por *Maus*. Lo leí, lo releí, lo regalé. Esa fijación se convirtió luego en una obsesión por la historia de los judíos europeos, la diáspora, el Holocausto, Israel. Recuerdo leer grandes libros sobre el tema, los de Levi, Wiesel, Semprún, pero también cosas horribles, o que recuerdo horribles, como un libro titulado *La llave de Sarah* sobre la redada del Velódromo de Invierno en la Francia ocupada por los nazis que me regaló mi novia del instituto, que conocía mi fijación por el tema. Poco después visité Auschwitz con mi padre y mi hermana, por insistencia mía. En primero de carrera, un profesor trajo a clase a una historiadora experta en antisemitismo y recuerdo hacer un comentario de listillo sobre el líder sionista Chaim Weizmann; hoy todavía puedo sentir un cosquilleo de vergüenza al recordar cómo me corrigió la pronunciación del nombre: es Jaím, no Chaim. Por entonces, si me hubieran preguntado si era sionista quizá habría dicho que sí. Estaba muy despistado (lo sorprendente es que este sionismo vino después de una época de ligera obsesión adolescente con

Norman Finkelstein, un historiador cuyo antisionismo furibundo se acercó en demasiadas ocasiones al antisemitismo). En Hannover, investigué sobre la vida de Herschel Grynszpan, el joven judío que en 1938 asesinó a un diplomático nazi en París, un acto que Goebbels explotó propagandísticamente y que usó para justificar la Noche de los Cristales Rotos. A finales de 2017 fui a Tel Aviv a conocer a Aharon Appelfeld, que so-brevivió al Holocausto y escribió decenas de novelas sobre esa experiencia; concreté con él una entrevista que no se pudo realizar porque se puso enfermo un día antes; falleció un mes más tarde. Años después, he descubierto que mi abuelo no solo fue un policía del Tercer Reich, sino que participó en el Holocausto en Bielorrusia, Rusia, Letonia y Lituania en 1943 y 1944.

No sé cómo contárselo. No tiene ni idea. Admiraba a su padre. Bueno, no lo tengo tan claro. No sé si lo llegó a conocer tanto como para poder admirarlo. Quizá lo admiraba como admira cualquier niño a su padre. Es la posición por defecto, luego uno la va corrigiendo. Mi padre no me habla mucho del suyo. La huida fue con su madre. En las pocas anécdotas que cuenta de él en la posguerra ejerce el rol clásico de padre omnipotente y distante que arregla cosas en el garaje y responde con monosílabos. Su relación era correcta y superficial como imagino que debía de ser cualquier relación entre un padre nacido en 1912 y un hijo nacido en 1940. «Yo no tenía la confianza y el trato con mi padre que tú tienes conmigo. En esa época los padres tenían otro rol. Iban a trabajar y cuando algo no les gustaba te pegaban una bofetada que te dejaban *plegado* en la pared. Si yo le hubiera preguntado a mi padre algo sobre la guerra me habría dicho "a ti qué te importa".» Y punto. Si hay algunos retratos de Richard en casa es porque es lo que hay que tener. Es su padre. También me puso su nombre porque es lo que hay que hacer. Pero si hubiera sabido lo que hizo en la guerra, quizá mi nombre no sería Ricardo.

Cuando escribía este libro me repetía un mantra: no te separes de él, no divagues, no te vayas por las ramas. No necesitaba saberlo todo sobre el corredor polaco para contar la historia de mi padre. Pero con el descubrimiento sobre Richard, las ramas se volvieron interesantísimas. También había una especie de

mandato moral. No podía no investigar. Seguí haciéndolo hasta que me di cuenta de que esa investigación merecía otro libro. Este trata sobre mi padre. O eso creo. Es sobre mi padre y sus raíces, o sobre mi padre y sus raíces y yo.

Me cuesta contárselo porque me preocupa su reacción. ¿Y si me censura? ¿Y si lo justifica? Mi padre decía cosas como «Los alemanes ya hemos pagado suficiente». Un día viendo la televisión me dijo: «En las películas los alemanes son siempre los malos». «Papá, es que es una película de la segunda guerra mundial», le respondí. Al menos la confesión que le tengo que hacer no tiene nada que ver con él; no he descubierto nada sobre mi padre, sino sobre mi abuelo, al que no conocí. ¿Cómo se enfrenta uno a algo así sobre un padre? Un día, paseando por la carretera que va junto a la playa, me habló de un tal Rob Riphagen, un holandés con quien había trabajado décadas atrás. En 2016, Rob le envió un email diciendo que Netflix había hecho una película sobre su padre, Dries Riphagen, que colaboró con los nazis y delató a judíos en el Ámsterdam ocupado. Mi padre y él nunca habían hablado de esto. Al volver de nuestro paseo, vimos la película. En español se titula *Riphagen, el carnicero holandés*. Está basada en un libro de 1990 gracias al cual Rob descubrió todos los detalles del colaboracionismo de su padre. Siempre supo que estuvo en el bando equivocado, pero no el alcance de su maldad. Nunca pudo confrontarlo con esa información: Dries Riphagen murió en 1973 en Suiza, tras años en la Argentina de Perón y en España. Su última dirección fue en Madrid. Su hijo Rob vive hoy en Mallorca. Un día me gustaría visitarlo.

En una entrevista en el periódico holandés *Het Parool* a propósito de la película, Rob Riphagen dice que de niño lo acosaban en el colegio por su apellido. Siempre le preocupó haber heredado la maldad de su padre. «Tenía miedo de que hubiera algo suyo en mí, algo de esos rasgos malignos. Por eso tenía que ser correcto y hacer el bien. De lo contrario, la gente diría: “Mira, la manzana no cae nunca lejos del árbol”.»

Estamos en la terraza de El Hoyo. Es agosto. En el aire hay mucha arena y el cielo está blanco. Miramos al mar, que es lo único que se puede hacer aquí. La playa está llena de domingueros. «Se pasan el porro de uno a otro», dice señalando a un grupo de jóvenes que tenemos enfrente. Le pregunto si alguna vez ha fumado marihuana. «Una vez, en Nepal.» «Quizá era opio.» «Yo qué sé. Me entró sueño y me dormí enseguida.» Pasan minutos en los que no decimos nada. El mar me emboba. No necesito un porro. Llevo aquí dos meses, estoy cansado, quiero volver a Madrid. Vengo muy a menudo y sin embargo me parece que nunca es suficiente. Me siento culpable por no venir más, pero cuando vengo la culpa no desaparece, se transforma: no le hago caso a mi padre, no paso suficiente tiempo con él, no exprimo este lugar, no me concentro como había planeado ni me relajo como había deseado.

Sé que El Hoyo es mi hogar porque es el lugar al que vuelvo. Y, sin embargo, no me da certezas. Está en perpetuo cambio. Aquí todo acaba reconvertido o desaparece. Si al irme dejo una camiseta, cuando vuelvo es un trapo. Si dejo un libro, se convierte en posavasos. Si estoy más de un mes sin ir, hay cambios aún más radicales. De pronto no hay ducha, ahora hay bañera. La distribución de los muebles ha cambiado. Hay un sofá en la terraza. En él se tumba ahora la perra. Un mueble antiquísimo, también de interior, pudriéndose en un rincón bajo una buganvilla. Una antena de satélite cubierta por la maleza. Mi padre me acaba de contar que la semana pasada estuvo usando un frigorífico conectado a un enchufe exterior, en la terraza. ¿La decoración de Navidad? Claro que sigue puesta. Un atril de mi padre, que usaba para leer partituras mientras tocaba el trombón, en la terraza. Hay un bolso de cuero colgado de él. No sé por qué estos objetos no están en la basura. Bueno, el atril lo entiendo: mi padre da clases improvisadas de solfeo a Conchita, que canta en un coro, y a veces practican en la terraza. Aquí la vida se hace fuera. Por eso los trastos inútiles, lo que uno en casa dejaría en una encimera o cómoda o en un cajón porque no sabe qué hacer con ello, aparecen en el exterior, sobre un alféizar o colgados de alguna rama o encima de la mesa de la terraza. Las cosas se oxidan o acaban

recubiertas con una película de sal pero ahí permanecen.

También cambia constantemente el entorno. Hay meses en los que la playa tiene arena, otros en los que solo hay piedras. Hay años en los que hay más rocas que arena, otros al contrario. La playa es un ser vivo en constante movimiento, la rambla junto a la casa también. Tras un año especialmente dramático de tormentas, el curso de la rambla se alteró y modificó la orografía. Ahora para ir a la playa hay que bajar escalones y serpentear, cuando antes era un paseíto horizontal por una arena blanca, que yo solía hacer descalzo. A veces me olvido de que El Hoyo acabará, tarde o temprano, sumergido por el mar. Los árboles más cercanos a la orilla se están muriendo porque les llega agua salada.

En El Hoyo, Rufo y mi padre envejecen juntos. Rufo tiene artritis en las cuatro patas. Le han operado ya de dos. Mi padre está esperando a que le operen de la rodilla. Ambos dan paseos cojeando hasta «el santo», un altar pequeñito a san Matías que hay en la Casa Colorada, a menos de un kilómetro de El Hoyo. Hay una foto en la que aparecen juntos en el jardín. Mi padre cuida de las plantas y Rufo, tumbado, olisquea una flor. Me acuerdo de un poema del polaco Czesław Miłosz, otro desplazado por los cambios de fronteras en el siglo xx: nació en Šeteniai, un pueblo hoy lituano (y antes polaco y ruso) que está a trescientos kilómetros de donde nació mi abuelo. Se titula «Regalo»:

> Qué día tan feliz.
> Se disipó la niebla temprano, yo trabajaba en el jardín. Los colibríes se detenían sobre las madreselvas. No había nada en la tierra que deseara tener. No conocía a nadie que valiera la pena envidiar. Olvidé todo el mal acontecido.
> No me avergonzaba pensar que era el que ahora soy. En el cuerpo no sentía ningún dolor.
> Al incorporarme, vi el mar azul y unas velas.
>
> *Berkeley, 1971*

Siempre pensé que era un poema de despedida. Pero en 1971 a Miłosz le quedaban todavía más de treinta años de vida. No sé si mi padre ha alcanzado ese tipo de paz, el tipo de paz frente a la vejez que atribuía erróneamente a Miłosz. Ha vencido

a la enfermedad. Creo que piensa que también puede vencer a la vejez. Le costó aceptarla, sobre todo porque llegó muy tarde a ella; hasta los ochenta, siempre pareció mucho más joven. En su cuenta de Meetic decía que tenía diez años menos, y colaba. Para él los viejos eran los jubilados que jugaban al dominó en el bar Sol de Cañada de Gallego; eran más jóvenes que él, pero tras décadas trabajando en el campo parecían mayores. Con el tiempo, fue aceptando su edad. Se niega a llevar bastón, pero ya se reconoce en la palabra anciano. Lo hace con algo de ironía. «A ver cuándo vienes a ver a tu anciano padre», me dice con sorna. Una de sus grandes batallas es el coche. Quiere seguir conduciendo, en contra de lo que le aconsejamos. Discutimos constantemente. «¿Cómo está mi coche?» suele ser una de las primeras preguntas que me hace cuando me lo llevo a Madrid. «Mi cocheeeeee», dice, imitando a E. T., cuando vuelvo a El Hoyo. «Parece que te interesa más el coche que verme», le dije un día. A partir de entonces sus mensajes se moderaron. «Hola, Ricky. Este finde nos vamos a la finca. Me gustaría mucho que vinieses. Primero: por abrazarte. Segundo: por abrazar el coche.» Sé que me quiere más a mí que al coche, claro. Sobre todo porque es un Peugeot 207 SW de 2008.

Digo que le cuesta aceptar su vejez cuando al que más le cuesta es a mí. Soy impaciente e irascible. A veces reacciono como si tuviera quince años, y no treinta. Le exijo (no se lo exijo, digamos que espero de él) que siga ejerciendo el papel clásico de padre lleno de certezas y providencial, cuando ya no le corresponde. Y el rol de «padre de mi padre» que me toca ejercer a mí, sobre todo por su avanzada edad y dependencia, me resulta extraño y ajeno. Es un traje que me viene grande. Cuando vuelvo a El Hoyo, vuelvo a la edad que tenía cuando vivía allí, pero él ya no es el mismo.

El Hoyo es mi hogar porque es el lugar al que vuelvo, pero también porque es la única casa de mi vida que no ha desaparecido. Mi padre puede decir lo mismo. Vivió treinta años en Madrid, pero nunca en una casa de su propiedad. Mi familia siempre vivió de alquiler. A mis padres les gustaba el *romanticismo* de no tener un hogar fijo, un desarraigo voluntario que nunca comprendí. Entre 1992 y 2010, cuando me

independicé, vivimos en siete casas distintas (luego yo superé esa marca: viví en diez casas en diez años). Mi padre justifica todos esos vaivenes y cambios y mudanzas e inestabilidad con su infancia de refugiado. Le gusta decir que es un «culo inquieto», una etiqueta que también usa para definirme.

El Hoyo es la casa familiar aunque la familia ya no exista. Hay fotos mías de recién nacido aquí, todavía con la cara roja y medio bizco y haciendo burbujitas con la boca (era un niño feísimo, una uva pasa); parece que nací y me trajeron directamente a la playa y me colocaron boca arriba, como una cucaracha, sobre una toalla a la orilla del mar. La foto más bonita que tengo con mi padre es en esta playa. Tengo unos tres o cuatro años. Ambos estamos en bañador. Estoy subido a sus hombros. No se ve el mar, solo el cielo azul. Yo le toco la barba y él me agarra los piececitos. Nos partimos de risa, las bocas abiertas enseñando los dientes. Hay una complicidad absoluta: el niño de tres años se parte de risa igual que su padre de cincuenta.

Yo nací aquí y mi padre quiere morir aquí. «¿Dónde quieres que te entierren?», le pregunté un día en una sobremesa. No fue algo repentino; estábamos hablando del cementerio abandonado de Kurwien donde supuestamente estaba enterrado su abuelo. «¿A mí? A mí… a mí tiradme ahí [señaló al mar]. Y al entierro… bueno, los que quieran acudir, pues bienvenidos sean, de toda la familia: los anteriores, los posteriores, los hijos, los nietos… Y sin discriminación, ¿eh? Exmujeres incluidas…»

Ahora ya sé lo que hizo Richard en la guerra. Nadie de la familia lo supo nunca, ni siquiera su mujer. En el verano de 1945, lo único que sabe Frieda es que su marido está en Plötzkau, un pueblo de menos de mil habitantes en el distrito de Bernburg, en el actual *land* de Sajonia-Anhalt. Está en Alemania del Este, entre Berlín y Leipzig. No sabe nada más: cómo acabó ahí, en qué condiciones, si puede desplazarse.

Dice mi padre que al final de la guerra Richard intentó que lo capturaran los estadounidenses. Encaja con la historia de los miembros del grupo de combate de Jeckeln que se rindieron ante los americanos. En un documento del 23 de junio de 1945, escrito en inglés y alemán y firmado por el oficial estadounidense Donald R. Kluge del Gobierno Militar de Alemania, Richard aparece registrado en Plötzkau, calle Bründelscheweg número 8. «El titular de esta tarjeta está debidamente registrado como residente de la ciudad de Plötzkau y tiene prohibido salir del lugar designado.» Tres días después, el 26 de junio de 1945, ya aparece en otro documento como oficial de policía del distrito. Pero no duró mucho en ese cargo. Unos días después, a principios de julio, la región pasó de manos estadounidenses a manos soviéticas. Según el Protocolo de Londres, el documento donde los aliados decidieron dividir Alemania en tres zonas de ocupación tras la guerra, la URSS se quedaría con el territorio «a lo largo de la frontera occidental de la provincia prusiana de Sajonia hasta la frontera occidental de Anhalt». Antes de marcharse, los estadounidenses le ofrecieron a Richard un puesto en su zona. Pero prefirió quedarse con los rusos. Fue una decisión arriesgada. No solo había luchado en el bando nazi, sino que lo había hecho exclusivamente en el frente oriental, bajo las órdenes del genocida Friedrich Jeckeln, que fue capturado por la NKVD. Esto es algo que los soviéticos quizá aún no sabían, pero que podrían descubrir. No creo, además, que mi abuelo guardara ningún tipo de simpatía hacia los rusos. ¿Por qué se quedó entonces en la zona soviética? En uno de sus currículums de posguerra dice: «Después del derrumbe [el fin de la guerra] fui empleado en la zona americana en el servicio de gendarmería y permanecí allí incluso cuando la zona fue asignada a los rusos, mientras esperaba los resultados de la

búsqueda de mi familia». Es decir, se quedó para esperar a Frieda y los niños. Cuando finalmente la familia se reunió en agosto, tras un año separados, Plötzkau ya formaba parte de la SVAG, la Administración Militar Soviética en Alemania, la entidad política que precedió a la República Democrática Alemana.

En apenas unas semanas, Richard ha pasado de ser policía del régimen nazi a policía de los estadounidenses y luego de los rusos. Pero ya no hay más cambios. Los Dudda pueden volver a ser una familia normal, todo lo normal que puede ser una familia en el experimento soviético que culminaría en la RDA. Tras meses huyendo, de pronto tienen una casa propia, incluso un huerto. El padre tiene trabajo. Es policía local de la Administración Militar Soviética en Alemania. Los hijos pueden volver, al fin, al colegio. Se ha acabado la huida. En los próximos cuatro años, el tiempo en que vivieron en la zona de ocupación soviética, las únicas mudanzas que hicieron fueron en el mismo distrito, siguiendo los ascensos de Richard en la policía: de Plötzkau a Gerbitz, de Gerbitz a Bründel, de Bründel a Nienburg, todos pueblos a pocos kilómetros unos de otros. En uno de tantos cuadernitos de trabajo aparecen sus cargos bajo la administración soviética: de gendarme rural a sargento. Pero no conservo nada más de esos años. En cambio mi padre sí tiene muchos recuerdos. La cronología aquí se estira. Le paso la voz.

«En la casa de Gerbitz teníamos conejos, gallinas, cerdos, un huerto. [Años antes] cuando mi madre iba a visitar a los abuelos a Kurwien, vestida de ciudad, se quejaba de los olores y la vida de campo, qué asco esto y qué asco lo otro. Pero en Gerbitz aprendió a preparar comida para los cerdos con desechos, a cavar y trabajar la huerta. La necesidad transformó su carácter.

»En el centro de Gerbitz había un estanque. En invierno, lo que hacíamos para divertirnos era coger una sierra, recortar un trozo de hielo y hacer un barquito. Le hacíamos un agujero en medio y le metíamos un palo. Así movíamos el barquito de hielo. Cerca de ese charco había un salón de fiestas y una cervecería. Es donde fui por primera vez al cine. La primera película que vi trataba sobre los peligros de la montaña. Los

personajes subían muy alto y había osos. Me entró tanto miedo que me marché. Siempre he tenido fobia a la altura. Mi padre se rio muchísimo. Es una pantalla, es un aparato, no es real, me dijo. Ahora ya sabes que a tu padre le dio miedo el cine con nueve años. Un día volvía del cine por la noche, tan tranquilo. Miré para arriba y la luna estaba allí. Doblé la esquina y la luna seguía allí. Cuando llegué a casa la luna también estaba allí. Así que le dije a mi padre: "Papá, la luna me está siguiendo*".

»En Gerbitz cumplí seis años. Empecé el colegio. Hay fotos en las que salgo con un cucurucho de cartón en el brazo. En ese cucurucho se metían regalos, chuches, dulces, galletas el primer día de colegio. Los niños íbamos a clase con una mochila tornister. Tenía atada una cuerda con un trapo y una esponja. Dentro de la mochila llevábamos una pizarra. Si había deberes, los hacías en casa en la pizarra y al día siguiente la llevabas al colegio. Y cuando la profesora veía que los habías hecho, entonces mojabas la esponja y limpiabas la pizarra con ella. Luego con el trapo la secabas. Tenías que tener cuidado de que no se te borraran los deberes por el camino. Por eso la esponja y el trapo colgaban por fuera. Los niños jugaban mucho a tirarte del trapo, de la cuerda, mojarte la cabeza con la esponja.

»Detrás de nuestra casa pasaban los trenes de una mina. Muchas veces se quedaban enganchados los bloques de carbón y no cerraban bien los vagones. Los niños recogíamos de los bordes de los raíles los trozos que se caían y los llevábamos a casa para calentarnos. Era un carbón muy difícil de encender. Para sacarle rendimiento había que triturarlo. La gente de la zona había construido unos rectángulos muy grandes donde abajo ponían una rejilla y encima ponían el carbón, y poco a poco se creaba brasa, muy poca, pero suficiente para poner un puchero encima, hervir agua lentamente, lavar a los niños.

»En Gerbitz cogí la difteria. No había medicamentos ni inyecciones ni ambulancias ni nada. Me llevaron al hospital de Bernburg en un carromato de caballos, como en las diligencias del Lejano Oeste. Recuerdo la soledad en el hospital, porque no dejaban entrar a nadie. La difteria mal tratada me afectó a la vista. Al volver del hospital no veía bien. Entonces me convertí en el niño con gafas de culo de botella. No era muy frecuente

que los niños pequeños llevaran gafas. Me empezaron a llamar brillo, de *Brille* (gafas en alemán). Era como gafotas. Recuerdo las bofetadas que me daba mi padre cada vez que se me rompían. Era una tragedia económica para la familia.

»La primera vez que fui a Gerbitz fue con tu madre, poco después de caer el muro. Me encontré con un compañero del colegio. Me paró por la calle y me dijo: "a ti te conozco". No lo veía desde que tenía seis años. Nos hicimos una foto. La foto muestra cómo la DDR [la República Democrática Alemana] cambia a las personas. Porque tú no me puedes comparar con él. Era un tipo que no había salido de allí nunca y que era comunista hasta los huesos. [En la foto es notoria la diferencia. Mi padre, bien vestido, muy alto; el otro hombre, bajito y rechoncho, parece que tiene veinte años más. En el dorso de la foto pone: "Viaje a la ex-DDR, Semana Santa de 1990".] Fuimos al bar del pueblo. Lo único que tenían era salchicha y ensalada de patatas. Mi prima Traute, al saber que la íbamos a visitar, se puso a coleccionar alimentos durante meses, para lucirse ante nosotros.

»A mi padre le dieron una moto de gendarme. La usábamos para las excursiones familiares. Yo iba delante, encima del depósito. Mi madre en el asiento de detrás. Mi hermano Bernd entre la espalda de mi padre y el pecho de mi madre. Íbamos al río, al dolmen* y a "todo lo que caiga". La gente de Gerbitz al principio no aceptó bien a mi padre. En el pueblo había unos ladrones de ganado. Para cogerles, a mi padre se le ocurrió hacerse unas botas con suelas de paja para amortiguar el sonido. Y ya que fumaba mucho se puso un cucurucho delante del pitillo para que no se viera la llama. Y así salió en la patrulla nocturna. Resulta que consiguió pillar a los ladrones de ganado "a vuelta de pistola". Desde ese momento en el pueblo empezaron a aceptarlo. La gente lo quería, le traía un conejo, huevos, comida. La proeza llegó a los de arriba y lo ascendieron y mandaron a Nienburg.

»De Nienburg me acuerdo de una casa adosada y un patio. En ninguna de las casas había canalización, había que ir a cagar al patio. El agua la subías bombeando de un pozo. Teníamos gansos. No teníamos para dar de comer a los gansos así que uno

de mis oficios era cuidar de ellos. Yo era el gansero. Salía con dos palos por la calle e iba hasta un descampado donde había verde y comían. Y después, de vuelta a casa. Los huevos eran bastante grandes. Como también teníamos gallinas, mis padres coloreaban los huevos en Pascua. Pero la costumbre allí era, después de encontrar los huevos que habían escondido tus padres, construir unos toboganes en la arena y jugar con ellos. Tú dejabas caer tu huevo por el tobogán y otro niño lo dejaba caer en un tobogán enfrente. Los huevos chocaban uno con otro y el que se rompía perdía y le tenía que dar su huevo al otro. Me acuerdo que había un niño que hacía trampas porque jugaba con un huevo de porcelana. Pero luego los demás le dimos una paliza. (Para enseñar a las gallinas dónde poner los huevos hay que colocar un huevo de porcelana. Si no, los ponen por todo el jardín y tienes que ir buscándolos.)

»Creo que tendría unos nueve años. Los rusos hicieron un control de sanidad. Nos pusieron a todos los niños en fila y nos hicieron un examen de nutrición. Yo estaba muy delgado y se me podían ver todas las costillas. Debido a mi extrema delgadez me recetaron seis semanas en un campamento de montaña en el Harz. Un día nos citaron en la estación de ferrocarril de Nienburg y paró un tren del que se bajaron enfermeras con cofias y batas blancas y un listado de nombres. El tren recogía solamente niños para el campamento de desnutridos. Eran unas barracas militares. En cada habitación dormíamos como treinta niños. La sala tenía unos techos altísimos. Me hacía pis en la cama y me moría de vergüenza. Era obligatorio echarte la siesta, porque "la siesta engorda". Y yo no podía dormir. Miraba por la ventana y calculaba la velocidad de las nubes, que se movían de un lado a otro.

»Los supervisores de los gendarmes y los comisarios políticos eran todos rusos. Hablaban un alemán impecable. Venían normalmente por sorpresa a casa. Aparcaba un coche negro y de él salían tres rusos. Me acuerdo que siempre iban de negro. Para recibirlos se abría la puerta principal de la casa. Y la *gute Stube*, "la habitación buena", la de las visitas y la gente importante. Mi madre nos recogía y decía en la cocina "que vienen los rusos", y claro para nosotros "que vienen los rusos"

tiene un significado tremendo. Yo dormía justo ahí encima. Todas las reuniones de trabajo terminaban en una borrachera terrible. Los comisarios traían el vodka. Pasaban de la *gute Stube* a la mesa grande de la cocina, porque hacía frío o lo que sea. Y allí bebían y bebían y cantaban. Era un control rutinario. Sin avisar. Recuerdo que pasó esto por lo menos cinco o seis veces.

»En Nienburg aprendíamos ruso en la escuela. Teníamos un cuaderno con ruso elemental. Había muchos dibujos de animales y los nombres en ruso debajo. Una vez llegó al pueblo la plaga del escarabajo de la patata. Media Irlanda murió por esto. Todavía no había herbicidas así que un día nos llevaron a toda la clase a un campo de patatas. "Todos tienen que ayudar para que tengamos de comer", nos dijeron en el colegio. A cada uno nos asignaron una fila y nos dieron un frasco de cristal, como los de mermelada. El escarabajo se ubicaba debajo de la hoja de la patata. Los íbamos cogiendo y metiendo en los frascos. Al acabar, te daban como premio unas canicas.»

La mayoría de fotos que conservo de la infancia de mi padre son de los años soviéticos. Era el primogénito, así que su padre gastaba todos los carretes en él. Pienso en Richard, que sobrevivió a la guerra, que no vio a su hijo más que dos o tres veces durante el conflicto, y entiendo el despliegue fotográfico, las diversas tomas y copias de las mismas fotos en diferentes formatos. Es el impulso comprensible del padre primerizo pero también es un intento de registrar lo que parece increíble.

Un rápido repaso al archivo fotográfico familiar. Mi padre posa, como avergonzado y melancólico, subido a lo que parece un gran bloque de carbón, al fondo se ve una larga chimenea. Mi padre en mitad de un camino rural vestido de domingo, la cabeza ligeramente agachada y la sonrisa sin dientes. El Gernot más pastoril, apoyado sobre una pila de paja, la mirada hacia abajo, juguetea con una ramita y medio sonríe; mi padre leyendo en un banco con sus gafas de culo de vaso, así que ya estamos en la década de los cincuenta. En su primer día de colegio en Gerbitz, frente al portal de casa, con un peto de pana, calcetines largos, sandalias, bien repeinado y portando un cucurucho de papel o cartón casi tan alto como él, está lleno de chuches y es una tradición de inicio del curso. Mi padre montado en la moto de gendarme de su padre. Mi padre apoyado en una bici que le queda muy grande; lleva una boina y me recuerda al escritor Aharon Appelfeld. Mi padre posa con un trajecito y pantalones cortos con el pie apoyado en una fuente. Mi padre disfrazado en una obra de teatro en la escuela, todos con trajes imperiales del XIX y maquillaje cutre y bigotes postizos («Lo que más le gustó al director es que yo improvisaba. A todo el mundo le encantó porque se dieron cuenta de que vivía el papel»). Mi padre riendo con un amigo, tumbados los dos en bañador sobre la hierba después de salir del agua de un lago o una piscina. Está delgadísimo, tanto que le solían decir (¡en la posguerra!, cómo de delgado debía de estar) que se podía tocar el acordeón con sus costillas. En todas las fotos en las que sale sin camiseta se aprecia su esternón protuberante (lo que se conoce como «pecho de paloma»), otro rasgo que compartimos y que solo hemos conseguido ocultar, con los años, gracias a la barriga cervecera. No solo compartimos el «pecho de paloma».

Si algo tienen en común las fotos de su infancia y las de la mía es la sonrisa con la boca cerrada. No sabemos sonreír. Lo hacemos sin dientes, solo con los labios. Yo, además, tenía de niño un espacio entre los incisivos centrales, como mi abuelo Richard. Siempre me dio vergüenza mostrarlo. Con los años, voy comprobando en sus fotos, mi padre aprendió a sonreír. Yo todavía sigo atascado en la sonrisa labial.

Hoy, mi padre sale siempre con la boca abierta en las fotos. En el instante previo al clic suele hacer algún comentario, normalmente un chiste, al fotógrafo o, si la foto es grupal, a sus acompañantes. En las innumerables fotos que conserva de las fiestas que organizaba por su cumpleaños, que eran bacanales de clase media-alta con catering de la pastelería Mallorca y banda de jazz, aparece a menudo mirando fuera de plano, cantando, gritándole a alguien para que se una, en general arengando a los demás. Solo cierra la boca cuando posa para retratos. En la *cabaña*, como llama al cobertizo detrás de su casa en El Hoyo, hay varios cogiendo polvo, de diferentes autores y formatos, casi todos de buen gusto, nada especialmente hortera. Con retratos me refiero a fotos pero también a ilustraciones. Creo que son más un ejemplo del poder que tuvo (¿qué clase de persona tiene retratos que no sean de un caricaturista frente a la Torre Eiffel o en la plaza Mayor de Madrid?) que de vanidad. También, claro, habrá algo de vanidad. Pero si realmente fuera solo eso los retratos no estarían en la caseta donde tiene la lavadora y las cajas de herramientas y viejas agendas y hasta una espada oxidada.

Uno de esos retratos, que no es exactamente un retrato, me fascinaba de niño. Es una portada del diario *El Mundo* de los años noventa. En la foto central aparece mi padre junto al expresidente Felipe González y el exvicepresidente Alfonso Guerra. Mi padre sale sonriente y con traje blanco (en los ochenta vestía traje blanco e incluso zapatos del mismo color) en medio de ambos, que lo miran con una mezcla de asombro y desdén. Recuerdo ese ejemplar enmarcado y colgado en alguna pared de casa. «Un alemán afincado en Madrid, premio Euro-Ad de publicidad», dice el titular. «Gernot Dudda recibió en Bruselas el premio de manos de Felipe González, en su calidad

de Presidente de la Unión Europea». ¡Mi padre con el expresidente! (A González, realmente, solo lo conocía de niño por una anécdota que contaba mi padre a menudo. El verano antes de ganar las elecciones de 1982 se alojó en la Casa Colorada, a menos de un kilómetro de El Hoyo. En la zona aún no llegaba el teléfono, y tardó en llegar, pero a él se lo instalaron rápidamente.) La foto, obviamente, es un montaje, y bastante precario. Fue un regalo de cumpleaños de los diseñadores de su empresa de publicidad.

En su despacho en El Hoyo, mi habitación de adolescencia, hay maletas y maletas de fotos familiares. Solo me he dedicado a archivar las de sus años alemanes; todas las de mi infancia y adolescencia, la vida familiar, están desordenadas y sin clasificar. Como es un descuidado y me da la sensación de que no da mucha importancia a esos recuerdos, o simplemente porque bucear en ellos le provoca dolor, a veces selecciono varias fotos y se las llevo a mi madre, que al verlas se emociona y las guarda y archiva con cariño. El otro día, sin embargo, cuando llegué a mi habitación en El Hoyo, vi que estaba muy ordenada y sobre la mesa había una foto en la que aparezco con mi madre en la romería de El Rocío. Yo debo de tener poco más de un año y llevo un sombrero cordobés. Mi padre no aparece. Como no estaba en casa, le escribí un mensaje: «Muy bonita la fotografía». «Sabía que te gustaría», me respondió. «Hay una botella de aquavit en el frigo. Para dormir mejor. Y para celebrar el 4-0 del Real Madrid contra el Barça.»

En su despacho también hay decenas de cintas y DVD de grabaciones de vídeo, pero en formatos extrañísimos que no sé cómo reproducir. Recuerdo a mi padre más como cineasta amateur que como fotógrafo. Creo que no era muy bueno en ninguna de esas facetas. Hay muchas fotos desenfocadas, con encuadres extraños, dedos encima del objetivo. Los vídeos eran más profesionales, pero su estilo era demasiado estático: planos fijos, sin personajes, como de publirreportaje turístico o como si fueran vídeos de un perito recogiendo pruebas. Si le interrumpías uno de esos planos, que además eran larguísimos, se enfadaba mucho. En un vídeo del viaje familiar a Polonia en 2002 me echa la bronca en directo porque aparezco

apuntándole con el dedo como si fuera una pistola. También le cabreaba descubrir que se había dejado la cámara grabando durante horas dentro de la funda o el bolsillo, algo que le ocurría muy a menudo y que a mí me hacía mucha gracia.

Ahora la mayoría de fotos que me manda son de comida, para demostrarme que come sano. A veces soy demasiado cascarrabias con él y le reprocho que no debería tomar de postre, por ejemplo, una tarta al whisky con un chorrito de whisky: «yo te aviso», le dice al camarero mientras le sirve de la botella. Nunca le avisa. También sube fotos a los estados de WhatsApp. Solo tengo dos contactos que los usan: mi padre y Conchita. Son en realidad la misma persona. Conchita le coge el móvil y publica por él. A veces sube la misma foto desde su cuenta y desde la de mi padre, con la misma leyenda. De pronto veo que mi padre ha publicado una foto en la que aparece posando. El título es «guapísimo». Parece que se está piropeando a sí mismo. También hay muchas fotos de sus tres perros con emoticonos, corazones, emojis sonrientes, algo que mi padre no usaría nunca. Mi padre sabe lo que son los emojis, pero los usa aleatoriamente. Si le dices «estoy llegando» te puede responder con un emoji de un tractor, la bandera de Bolivia o un melocotón. Todos quieren decir «ok».

Me doy cuenta de que no he hablado de su físico. Durante toda mi infancia parecía que tenía veinte años menos; luego diez; ahora aparenta la edad que tiene. Creo que su pico de atractivo fue a los cincuenta. Antes alternó etapas de seductor estilo James Dean con otras de seminarista con ligero sobrepeso. Lo recuerdo siempre con barriga, una barriga cervecera perfectamente esférica, rígida, parecía un traje de embarazada. El pelo y la barba blancas siempre le han quedado bien; con ochenta años tiene más pelo que yo. A finales de los noventa y principios de los 2000 se compraba toda su ropa en una tienda en Barcelona, donde le asesoraban. Vestía de negro, *turtlenecks*, *smart casual*, polos caros. Cuando se jubiló se volvió un padre clásico: zapatillas Reebok, bermudas, una camiseta con un mensaje gracioso (su favorita dice «No estoy pa na»). Con el tiempo mi hermana, que trabaja en el sector de la moda, lo redirigió; ahora es un abuelo elegante, con camisa, jersey y

fachaleco.

En 1948, tres años después de su llegada, a Richard lo despidieron de la policía de Nienburg. En su carta autobiográfica/currículum, dice que fue porque «había sido miembro del cuerpo de policía de 1933 a 1945». Es decir, por servir bajo el nazismo. Pero los soviéticos supieron esto desde el principio. No les importó mucho su pasado cuando lo contrataron. En 1945, las tropas de ocupación rusas no miraron muy de cerca el historial de muchos funcionarios alemanes del Reich, especialmente policías. Como escribe Norman Naimark en *The Russians in Germany*, «desde la perspectiva de los soviéticos, ninguna tarea administrativa era más importante en mayo de 1945 que la reorganización de la policía alemana. Para los comunistas alemanes, y en particular para Walter Ulbricht [el Secretario General del SED, el Partido Socialista Unificado de Alemania], sacar a la policía a la calle era también un primer paso crítico para el restablecimiento del orden. Por eso no es de extrañar que ni los soviéticos ni los comunistas alemanes se fijaran demasiado en las credenciales antifascistas de los policías recién reclutados en la zona de ocupación soviética. No solo pudieron alistarse veteranos nazis y de la Wehrmacht, sino que un número significativo de antiguos guardias de asalto nazis y miembros de las SS también encontraron su camino en la policía». Quizá después de unos años la administración soviética, que iba a dejar de ser una zona de ocupación militar para convertirse en un nuevo Estado, empezó a mirar más de cerca el pasado de sus policías y descubrió lo que hizo Richard durante la guerra.

¿Por qué conservó durante tantos años su *Polizei Dienstpass*, que era tan incriminatorio? Lo tengo yo ahora en mis manos. ¿De qué manera pensaba que le ayudaría un pasaporte militar con una esvástica y pruebas de su posible colaboración en crímenes de guerra? Me cuesta creer que cuando fue capturado por los americanos y luego por los soviéticos consiguiera ocultarlo. A uno lo detienen con lo puesto. Al mismo tiempo: a mí me ha costado meses descifrar lo que pone en él; el chaval de diecinueve años de Montana al que le tocó registrar a Richard en la zona americana quizá solo sabía lo que era una esvástica. Los estadounidenses tampoco fueron muy rigurosos en el

proceso de desnazificación. Sus famosos cuestionarios, que los sospechosos de tener un pasado nazi tenían que completar, eran ingenuos e incompletos, y las preguntas mostraban una gran ignorancia sobre las diferentes asociaciones nazis y la intrincada burocracia del Reich.

Mi padre cree que a Richard lo echaron porque no quiso afiliarse al partido comunista. Es cierto que con los años el control político de la policía fue aumentando. La administración soviética quiso desde el principio construir una policía politizada; hasta el último gendarme de pueblo debía estar aplicando la doctrina soviética. Antes de dirigir la Stasi, en los años en que se dedicó a construir una policía secreta en la zona soviética, Erich Mielke solía decir que un policía soviético debía multar más a un burgués que a un obrero si lo detenía por incumplir una norma de tráfico. «En un caso se trata de un trabajador honrado o de un funcionario obrero —decía—, y en el otro se trata de un archirreaccionario. Sería una idiotez y no demostraría nada sobre la conciencia democrática si tratáramos ambos casos democráticamente "igual". Está claro que lo que deberíamos hacer es despachar al trabajador con unas palabras amistosas y elevar la multa al máximo al enemigo del desarrollo democrático.»

También cuenta mi padre, un poco ingenuamente, que quizá despidieron a Richard porque cuando los Dudda hacían la matanza en su modesta granja se guardaban el cincuenta por ciento que debía corresponder al Estado, que solía expropiar la mitad de todas las matanzas. El caso es que lo despidieron. El 16 de agosto de 1948, justo tres años después de su llegada a la región, entregó en la comisaría de Bernburg su «pistola de 9 mm, n.º 6.559, más dieciséis cartuchos de munición, la funda y la licencia de armas de la policía n.º 1.099». (Durante los dos primeros meses de ocupación soviética, los aliados prohibieron a los alemanes la posesión de armas de fuego, incluida la policía. Pero incluso después del levantamiento de esa prohibición, en enero de 1946, la policía alemana no podía usar armas de fuego contra soldados aliados, aunque estuvieran cometiendo un crimen. Y no había precisamente escasez de soldados en una zona militarmente ocupada.)

En uno de los cuadernitos de trabajo de Richard dice que tras ser despedido de la policía encontró trabajo en una fábrica azucarera en Dröbel, un distrito de Bernburg. Solo estuvo del 5 al 16 de octubre de 1948. Luego, entre el 25 de octubre y el 10 de enero de 1949, trabajó en Magdeburgo en el sector de la construcción, en una «empresa de propiedad popular» (*Volkseigener Betrieb*), es decir, una empresa estatal de la Alemania soviética, que ya era una economía planificada. Pero su idea no era quedarse en la zona soviética. Sobre todo porque su despido de la policía no fue simplemente un despido. Si la administración soviética había descubierto algo de su pasado, o si simplemente consideraba que ya no era fiable, el despido también significaba algo más. Poco después, dos de sus excompañeros en la policía le avisaron de que tenían órdenes de detenerlo. Richard no perdió el tiempo y se marchó de casa. No sé cuánto tiempo estuvo huido. Tenía claro que no podía sobrevivir en la zona soviética como fugitivo. Su idea era cruzar a la zona occidental y, desde allí, explicar a Frieda y los niños cómo reunirse con él. Lo hizo en febrero de 1949. Era un momento tenso para hacerlo. Entre junio de 1948 y mayo de 1949 se produjo el llamado Bloqueo de Berlín, en el que los soviéticos bloquearon el acceso de los aliados a Berlín Occidental como respuesta a la introducción del nuevo *Deutsche Mark* en la zona occidental. La frontera, coladero de contrabandistas, empezó a llenarse de refugiados económicos. El control fronterizo aumentó. Son los meses previos a la creación de la RFA, la nueva Alemania Occidental, que se fundó oficialmente el 23 de mayo (inmediatamente después Stalin anunció la formación de la RDA, que no se crearía definitivamente hasta el 7 de octubre del mismo año).

El 10 de febrero de 1949, Richard aparece registrado en el campo de refugiados de Uelzen-Bohldamm, entre Hannover y Hamburgo, ya en la zona occidental. En su tarjeta de identificación del campo, un sello grande dice: DESPIOJADO. Uelzen-Bohldamm era un campo de tránsito. Lo abrieron en septiembre de 1945 los británicos para gestionar y distribuir la enorme cantidad de refugiados de guerra; luego se centró en los refugiados que venían de la RDA. Desde el campo de Uelzen,

Richard mandó una carta a Frieda donde le explicaba cómo debía ser su huida. En primer lugar, para sortear la vigilancia a la que estaban sometidos (después de la huida de Richard, la policía vigilaba de cerca la vivienda de los Dudda), tenían que simular una mudanza a casa de Hans, uno de los hermanos de Richard que vivía cerca de ellos, en Bründel. Hans vino un día a recogerlos con un carro de caballos. Montaron los muebles, las maletas y toda su vida de los últimos tres años en él y se dirigieron a Bründel. La idea no era llegar hasta el pueblo; en Bernburg, la capital del distrito, a mitad de camino, Frieda y los niños se apearían. Allí debían coger un tren hasta la frontera. Hans, por su parte, continuaría con sus cosas hasta su casa. Merecía la pena abandonarlas con tal de reunirse de nuevo con Richard. Y, al fin y al cabo, ¿qué son cuatro muebles (o diez, o cien, da igual) para una familia de refugiados?

En Bernburg, Frieda y los niños cogieron el tren. Aquí estaba el segundo problema. Los trenes que iban hacia el oeste, a los pueblos fronterizos, hacían una parada veinte kilómetros antes de la frontera, donde había un control policial. La única manera de atravesar la frontera sin ser vistos era bajarse del tren antes del control y continuar andando. Había cruces ilegales constantemente. Los habitantes de los pueblos fronterizos solían cruzar para cuidar sus huertos al otro lado, el estraperlo y el comercio ilegal eran comunes. También era fácil sobornar a los guardias, y había lugareños que incluso se ofrecían a guiar a los refugiados al otro lado. Al mismo tiempo, no dejaba de ser algo peligroso. Además, Frieda era la mujer de un fugitivo. Un encontronazo con un soldado que le pidiera su identificación podría desbaratar todo el plan, y quizá ningún soborno hubiera funcionado.

En el tren, Frieda sabía que les tocaría apearse y andar por la zona militarizada antes de la frontera. Una anciana en su vagón los observó e identificó rápidamente que eran refugiados que querían cruzar al otro lado. Les ofreció una alternativa. Ella vivía en el último pueblo de la frontera. Se puso a Bernd y Gernot en su regazo, les pidió que la llamaran *tante* y, cuando llegaron al control policial, dijo que eran familiares suyos que venían a visitarla. Así llegaron al pueblo fronterizo, todavía en

la zona soviética.

Es una historia con claroscuros. En el control policial, ¿nadie le pidió a Frieda su documentación? ¿Le pagaron algo a la anciana que los ayudó o sobornaron a algún soldado? Lo importante es que finalmente consiguieron alcanzar la frontera. Dice mi padre que Frieda tenía apuntadas las instrucciones de Richard para cruzar. Había dibujado un mapa. «La frontera era un riachuelo de unos siete u ocho metros de anchura», me cuenta. «Te llegaba el agua hasta la barriga. Esperamos una hora al cambio de guardia y cruzamos el río de noche. Al otro lado había una fábrica y una mina. La fábrica era enorme, venían trenes en dirección contraria, yo me asustaba mucho. Nunca se sabía por qué vía venía el tren. Era una "guerra de nervios". Como estábamos mojados, se nos pegaba la cal o el cemento o lo que fuera en el cuerpo. Tras un rato andando vimos una farola y un puesto de vigilancia. Mi madre se acercó y preguntó: "¿Ya estamos en la Alemania libre?". El tío: "¡No, no, se han equivocado!". Y salió otro que le dijo: "No tomes el pelo a esta pobre gente". Nos ayudaron también. Nos pusieron en una camioneta o todoterreno. Nos llevaron a la próxima ciudad. Pero antes nos ayudaron a limpiarnos un poco porque estábamos impresentables.»

«Tienes que buscar, a la izquierda, un lago», me dice. Estamos en El Hoyo, sentados en el salón, mirando Google Maps. «¿Un poco más a la izquierda o abajo? Hay un lago aquí que se llama… Es como una presa.» «No, has ido demasiado abajo. Tienes que subir mucho más. Sube para arriba. Más.» Me irrito. «Que no hay más hacia arriba.» «Sube la imagen. Tienes que buscar ahora mismo una zona de aquí pero ampliadísima. Un arroyo que se llama Rieda, es por donde cruzamos.» Tras treinta segundos en silencio, buscando en vano: «Bueno, tampoco es tan importante esto.» «La mina por la que cruzamos ahora es un lago.» «¿Cómo estás tan seguro?» «Porque era el único sitio por donde podíamos cruzar. La frontera atravesaba la fábrica. El mineral se cogía en el este y la prensa del carbón estaba en el oeste. Los fugitivos se subían a los vagones que volvían vacíos del otro lado de la frontera. Había una especie de contrabando, como en la frontera mexicana; por cien marcos te dejaban subir

a estos vagones no utilizados, vacíos, pero ya tapados. Pero parece que esto ya no existía cuando llegamos nosotros. Lo que hacían los vagones lo hicimos nosotros andando.»

Lo más probable es que atravesaran la frontera por Helmstedt, que se convertiría en el paso fronterizo más importante entre las dos zonas de Alemania. Lo llamaban el «Loch im Osten», el «agujero en el Este». Hay un lago a las afueras del pueblo, el Lappwald, que antes era una mina de lignito y que divide justo la frontera entre Baja Sajonia y Sajonia-Anhalt, que era la frontera entre Alemania Occidental y Oriental. Es por donde probablemente cruzaron Frieda y los niños. En la web de la región de Elm-Lappwald, un texto dice: «Hoy, el lago Lappwald, que ahora se extiende por Baja Sajonia y Sajonia-Anhalt, es un gran símbolo de reunificación».

Para hacerme una idea de las fechas, le pregunto cuándo cruzaron. «Creo que era verano. Hacía buen tiempo. Sol. El agua del arroyo que cruzamos no estaba muy fría. Brillaba el sol cuando nos reencontramos con tu abuelo. Las barracas de Uelzen Bohldamm eran de madera y no pasamos frío.» Esto significa que Richard estuvo varios meses por su cuenta en el campo de Uelzen, de febrero a, quizá, primavera, cuando llegaron su mujer e hijos. Después de narrarme la huida, mi padre se quedó un rato en silencio, que interrumpió diciendo: «Te puedes imaginar que mi madre era una tía con un par de ovarios increíble».

En la recién creada República Federal de Alemania, los Dudda vuelven a ser refugiados. Entre el verano de 1945 y más o menos la primavera de 1949, durante los casi cuatro años en los que vivieron en la zona de ocupación soviética, tuvieron una vida más o menos estable: casa, trabajo, colegio. Pero tras la huida a la zona occidental, volvió el desarraigo. Después de cruzar la frontera desde la zona soviética, Frieda y los niños se reunieron con Richard en el campo de Uelzen-Bohldamm, en Baja Sajonia, en la recién creada República Federal de Alemania. Richard ya llevaba unos meses ahí. Mi padre dice que los estaba esperando a la entrada. «¡Unos abrazos! ¡Una felicidad! Nos habíamos reencontrado. Yo le veo todavía corriendo.» Al entrar se registraron como refugiados de la zona soviética. En los documentos aparece el motivo de aceptación: reunificación familiar. «Después nos metieron en unas cámaras de desinfección. Tenías que desnudarte por completo y había un chorro de polvo blanco por todo tu cuerpo por si tenías pulgas, garrapatas, chinches, o lo que sea. Luego pasabas a una ducha y te daban ropa limpia. De ahí al médico, que me dijo que tenía el corazon muy débil.»

En Uelzen están en un limbo, sujetos a la arbitrariedad burocrática. No son exactamente libres y no pueden salir a su antojo. Esperan a que les asignen otro campo, que puede ser en cualquier parte de la RFA. Les han prometido que tendrán que esperar solo unos pocos días, pero el campo está abarrotado. Su capacidad era de unas dos mil personas, pero alcanzó las ocho mil. En 1949 pasaron por él casi cien mil refugiados. Esa superpoblación de-sesperó a muchos. En septiembre de 1948, un hombre se suicidó con cianuro. El hacinamiento también era un problema de salud pública: ese mismo año varios niños murieron en los barracones por culpa de la fiebre tifoidea. Uelzen no era el único campo en Baja Sajonia, un estado que llegó a tener un cincuenta por ciento de población refugiada (el noventa por ciento de la frontera de la zona occidental con la zona soviética, de donde venía la mayor parte de refugiados, estaba en Baja Sajonia). Esto provocó un gran rechazo popular. Muchos alemanes occidentales se negaban a acoger a los refugiados del Este, a pesar de que la mayoría eran también

alemanes. Cuando lo hacían, era a regañadientes y a menudo obligados.

Los alemanes occidentales consideraban a los prusianos del este, los silesianos, los pomeranios, como razas inferiores. Los llamaban «gitanos de cuarenta kilos» (por su delgadez), polacos y eslavos, a pesar de que eran igual de alemanes. El concepto nazi *Volksgemeinschaft*, la idea de una comunidad étnica alemana homogénea, desapareció tras la guerra y fue sustituido por una especie de regionalismo identitario. Los alemanes occidentales no solo pensaban que los prusianos del este eran una raza inferior y que sus costumbres no encajarían en el oeste. También pensaban que eran los verdaderos responsables del nazismo. «Los deportados de Prusia», escribe Harald Jähner, «eran acusados de militaristas natos y de ser responsables del *Hitlerei*, el hitlerismo.» El problema de los refugiados alcanzó tal magnitud que los aliados avisaron a menudo del peligro de una guerra civil; el historiador Friedrich Prinz llegó a decir que esta cuestión podría convertirse en el «problema palestino» de Alemania. Pero con los años la RFA acabaría aceptando que sin ellos no se habría producido el milagro económico de los años cincuenta.

Tras un mes y medio en Uelzen (la exactitud en esto es difícil), los Dudda finalmente consiguieron salir. Les asignaron un campo de refugiados en Bad Essen, en el distrito de Osnabrück, también en Baja Sajonia pero más al sur. No era un campo *per se*, sino un polideportivo. Si en Uelzen había miles de personas, en el campo de Bad Essen había unas cincuenta. Los refugiados usaban los baños de un colegio de al lado e iban a comer a un hostal a un kilómetro. Era un pabellón «multiétnico», dice mi padre: «Había rumanos, búlgaros, polacos, gitanos, *todo lo que andaba por ahí*. No era exactamente el lugar más propicio para niños pequeños. Todos eran, cómo diría yo… no estaban acostumbrados a la vida de Occidente. Se formaban grupos y peleas, follaban con mucho ruido, los matrimonios se peleaban en un idioma que tú no entendías. Un grupo de gitanos incluso hizo fuego dentro del pabellón para hacerse una comida». Como Richard no podía trabajar, se unió a un grupo de gitanos que recogía leña del bosque para hacer

escobas y venderlas en el mercado negro. «Lo pasó fatal cuando se tuvo que tirar al suelo porque venía el guardabosques», cuenta mi padre.

Como siempre, me habla de comida. En su discurso en Cabezo de Torres menciona hamburguesas y CocaCola que traían los estadounidenses. También me ha contado que las bolsas con comida que les daban eran de Coca-Cola, en un ejemplo de publicidad agresiva que le encanta. ¿Había todavía tropas estadounidenses? Baja Sajonia fue zona británica. Mi padre dice que les ayudaron los cuáqueros, aunque es más probable que fueran unitarios o algún otro grupo religioso estadounidense que colaboró con la organización estadounidense CARE (Cooperative for Assistance and Relief Everywhere), que se creó en 1946 para ayudar a los refugiados europeos. Mi padre recuerda los CARE-Paket, como se denominaban, en cuyo interior había hígado, carne en conserva, tocino, margarina, azúcar, miel, chocolate, pasas, albaricoques enlatados, huevo y leche en polvo, café…

Los Dudda no estuvieron tampoco mucho tiempo en el polideportivo de Bad Essen. A finales de 1949 o principios de 1950, Frieda enfermó. Mi padre dice que fue una cuestión ginecológica, una inflamación, una infección. Cuando fue al médico, le dijeron que si seguía viviendo en el campo de refugiados moriría. El ayuntamiento, entonces, en colaboración con la agencia de refugiados de la región, comenzó a buscarles un hogar más apropiado.

El documento está firmado por el jefe de distrito de la Oficina de Vivienda del Distrito de Wittlage el 10 de febrero de 1950 (Wittlage es un distrito de Bad Essen; hoy ya no existe y está integrado en el pueblo). Es una orden de expropiación dirigida a la condesa de Von dem Bussche, dueña del castillo de Ippenburg, en Lockhausen, un distrito a las afueras del pueblo.

No es una expropiación de toda su vivienda. Las autoridades solo le exigen que ceda la primera planta de la mansión a la familia Dudda, que vive en el «polideportivo de Bad Essen». La familia Dudda tendrá «derecho al uso conjunto de la cocina, la bodega y la buhardilla, así como el punto de extracción de agua, la red de alumbrado y las instalaciones

sanitarias». Aunque Baja Sajonia ya es un *land* de la recién creada RFA, parte de la legislación en la que se justifica esta expropiación es de la Zona de Ocupación Británica. «De conformidad con el artículo 51 de la Ordenanza N.º 165 del Gobierno Militar Británico relativa a la Jurisdicción Administrativa en la Zona Británica, por la presente ordeno la ejecución inmediata de esta orden ya que el interés público así lo requiere.» Los Dudda, después de casi seis meses viviendo en campos de refugiados, vuelven a tener casa, más o menos. Es un castillo del siglo XIV, propiedad de una de las familias aristocráticas más importantes de Baja Sajonia.

En 2002, visitamos Bad Essen. Solo he encontrado una foto de ese viaje familiar. Mi hermana y yo estamos asomados, de puntillas, a la ventana de un restaurante. El interior está oscuro, el restaurante está cerrado. La foto no es especialmente bonita, pero no es una foto cualquiera ni espontánea. No nos asomamos por curiosidad. De hecho, se nota que posamos. Nos lo ha pedido mi padre, que es quien hace la foto. Le estamos imitando. Cuando los Dudda vivían en el polideportivo de Bad Essen, mi padre pasaba por este restaurante para ir al colegio. «Era un hotel de lujo, donde la gente venía a veranear. Bad Essen tenía unas fuentes salinas que curaban el reuma y la artritis. Casi al ras del peatón, había mesas donde la gente mayor se sentaba a tomar su pastel y su café o su bizcocho. Nosotros, como niños pequeños refugiados y sin dinero y con hambre, pasábamos y veíamos la opulencia, copas de helado, tartas, señoras con sus sombreros puestos. Yo me decía: "un día voy a venir aquí y sentarme en ese sitio y comer una tarta".» (¿Quizá por eso le han gustado siempre los helados en copa, con nata, guindas, algún chorrito de alcohol? Al final siempre acabo hablando de comida.) Pero cuando vino con nosotros para enmendar esa desigualdad, el restaurante estaba cerrado. Así que nos pidió ese posado un poco morboso.

La historia es un poco efectista y dickensiana. El niño refugiado con la cara manchada de hollín (poco probable), la boina arrugada en las manos (lo dudo), observando a través del cristal cómo devora una enorme copa de helado un niño rechoncho aristócrata que se llama algo así como Wilhelm Claus Ernst-August von Mecklenburg. ¿Y si la escena que nos hizo representar no ocurrió? Da igual. Ejercemos el papel de actores (además tenemos más o menos la misma edad que él en la época) de una escena que solo existe en la cabeza de mi padre, que no puede dejar de ser publicitario.

La comida y su escasez estructuran las historias de mi padre. Las verdaderas chinchetas en el mapa son recuerdos de hambre. En la carretera, en los primeros meses de huida en 1945, son las patatas asadas que tiraban desde un tanque los soldados alemanes. En Eberswalde, a las afueras de Berlín, son los caramelos de remolacha que hizo Frieda por su cumple. En

Gerbitz es el saco de azúcar. «Lo que más recuerdo de mi llegada es que mi padre tenía en la cocina un paquete de un kilo de azúcar. Pero era azúcar marrón, sin refinar, y me puse a comerlo con una cuchara, con una necesidad tremenda.» ¿No recuerdas el reencuentro con tu padre? «No, solo el saco de azúcar.» Años después, en el campo de refugiados de Bad Essen, la protagonista es la naranja; dice, y suena muy melodramático, que le regalaron por Navidad una naranja y le pegó un mordisco con la piel.

El hambre crea automatismos, deja traumas. Mi padre me cuenta varias anécdotas. El pequeño Gernot va con su padre a casa de unos vecinos de Gerbitz. La familia que los recibe tiene una fuente con dulces pero no le ofrecen nada. «Casi me echo a llorar. Me duele ahora mismo solo de contarlo.» Una visita de Liesbeth a la casa de los Dudda. Frieda y ella preparan un bizcocho con varios huevos. Acaban a gritos porque Liesbeth no guarda las claras cuando las separa de las yemas, sino que las tira. Otra anécdota parecida. Ha venido la abuela Wilhelmine. Frieda pela patatas en la cocina y tira las pieles a la basura. Su suegra las recoge y las pone a hervir. «Hizo una sopa de pieles de patata que al final no nos comimos, pero ella se quedó tranquila», dice mi padre. «Le dijimos todos: “Muchas gracias, Oma”.»

Recuerdo oír estas anécdotas de niño, pero no la moralina. Era mi madre, que no pasó el mismo hambre, la que nos decía a mi hermana y a mí «cómo se nota que no has pasado hambre» cuando no nos comíamos la coliflor hervida hundida en mayonesa. Mi padre nunca nos dijo algo así, pero tuvo una etapa de obsesión con el calcio. Nos obligaba a mi hermana y a mí a beber grandes vasos de leche en todas las comidas. Como yo la vomitaba inmediatamente, el pediatra nos recomendó echarle granadina, lo que solo sirvió para dar un tono rosa a mis vómitos. Años después, cuando mi hermana y yo ya no teníamos edad para beber leche en todas las comidas, mi padre se obsesionó con las almendras, que había leído en algún sitio que tenían mucho calcio. Nos metía puñados de ellas en la bolsita del almuerzo para el colegio. Pero no recuerdo nada más. Nada de «hasta que no te termines el plato no te levantas de la mesa»,

que era territorio exclusivo de mi madre. Imagino que su obsesión con el calcio era su «automatismo» de la guerra y el hambre. Pero también creo que a cualquier padre le podría haber pasado con un niño tan delgado y anémico como yo, con pecho de paloma y las costillas tan visibles que se podía tocar el acordeón con ellas, como solía decir mi padre (aunque ¿no sería mejor el xilófono?).

Lo que tengo claro es que el Gernot de hoy, el que mejor conozco, no tiene ningún trauma de guerra con la comida y su desperdicio. Tira mucha. Se le caduca todo. No conserva las sobras; cuando lo hace es para llevarlas a los gatos que rondan la finca. Un día abrí el frigorífico y me puse a comer un tupper con lo que pensaba que era una sopa de fideos con pollo y resultó ser un mejunje de sobras para los gatos. Sus platos especiales son el *schnitzel*, el puré de patata de sobre, el codillo y antes hacía una tarta de ciruela que hoy ha sustituido por un *strudel* congelado. En su frigorífico hay: mermeladas, mostazas, mayonesas, salsa barbacoa, salsa tártara, kétchup, flanes, yogures, mantequillas, margarinas, pepinillos, helado de galleta con nata, botellas de bourbon del Aldi. La única fruta que estoy completamente seguro de que le gusta son los paraguayos, que se come sin pelar. Le gusta la sopa ardiendo. Odia el ajo porque, dice, le repite mucho. Deja la mantequilla fuera del frigorífico por la noche para que no esté dura la mañana siguiente, algo que no tiene mucho sentido en Murcia. Es maniático de algunas marcas, en general porque son antiguos clientes de su agencia. De niños nos decía que fuéramos a Burger King, empresa para la que hizo publicidad durante años, en vez de a McDonald's. Un día vino a dar una charla a mi instituto en Mazarrón en la que explicó lo que costó, supuestamente, enseñar a los españoles a comer hamburguesas; aparentemente la colocación de las manos al comer un bocadillo era muy diferente a la de comer una hamburguesa.

Su faceta de publicitario era muy obvia cuando cocinaba para los demás, algo que ya no hace. En un cumpleaños de hace unos años, presentó como suya una ensalada de patata del Lidl. La cosa no habría ido más allá si los invitados no hubieran dejado de elogiarle el plato y si él no hubiera insistido con

detalles innecesarios y demasiada información sobre la receta, algo poco recomendable cuando se cuenta una mentira (aunque me parece que mentira es una palabra muy grande para describir esto). Al final creo que quedó claro para los comensales que no era suya. A mi padre le dio igual; si no lo descubrían, bien, y si lo descubrían, también. Siempre sale airoso. Recuerdo que también compraba lasañas congeladas a las que añadía algunos ingredientes extra para que parecieran suyas. Como a mí no me la colaba, siempre me las presentaba un poco entre risas. Más adelante empecé a cocinar para él. La cocina le parece algo arcano. Le gusta mi tortilla de patatas, pero no entiende por qué no comemos mejor una ya precocinada.

Un día le reproché que comía demasiada «fritanga» y estuvo durante meses lanzándome pullas del estilo «hemos comido calamares a la plancha, nada de fritanga» y mandándome fotos con sus comidas «frugales sin fritanga». Siempre dice que no cena, que no tiene apetito. Pero es porque no considera cena las «tapitas» de pan con embutido que come espaciadamente en las últimas horas del día, o el vaso de leche con magdalenas que se toma antes de ir a dormir, que cae como un peso muerto en su estómago y lo deja en vela hasta las tres o cuatro de la mañana (a veces el orden es el inverso: es incapaz de dormir y para conciliar el sueño de madrugada se bebe un gran vaso de leche y se come varias magdalenas). Nunca ha bebido agua, solo la bebe obligado por su médico. Me cuenta sus logros de consumo como si fuera un brebaje imbebible. Siempre ha preferido las bebidas carbonatadas o cualquier otra cosa que no sea un aburrido vaso de agua. Por eso suele preguntarte «¿Qué bebes?» cuando te sientas a comer con él. Desayuna varias veces: la primera, cuando se levanta para sacar a los perros; la segunda, cuando se despierta de la primera siesta mañanera tras haber sacado a los perros; a menudo hay un tercer desayuno tardío, cercano a la hora de la comida, que consiste en más «tapitas» o en un buen cacho de pan. Hasta su operación de corazón, bebía muchísimo café, y cada taza a lo largo de la mañana era una buena excusa para otro desayuno. Las tazas de café también estructuran mi día.

Ahora que mi hermana y yo estamos bien alimentados y saciados de calcio, lo que más le preocupa es el frío. Es porque él siempre tiene frío. Si sabe que llego a casa a las ocho de la tarde, enciende la calefacción de mi cuarto a las doce de la mañana. Me escribe preocupado porque en Madrid esta noche la temperatura bajará hasta los cinco grados bajo cero, ¿tienes ya bombona de butano?, le digo que no, me dice que pida ayuda a alguien para comprarla, cree que sobrevivo sin calefacción, que moriré de hipotermia. «¿Seguro que no tienes frío?», me dice al entrar a mi habitación en El Hoyo. «Papá, te he dicho que no tengo frío, si tuviera frío ya te lo habría dicho y te habría pedido otra manta o habría puesto el aire.» «Ha bajado mucho el barómetro.» «Estoy bien, no te preocupes.» Un rato después, entra sigilosamente en la habitación y me deja un par de mantas sobre la cama. ¿Por qué me irrita su insistencia? Dejar que me cuide es una manera que tengo de cuidarle yo a él.

En 1950, Richard está desesperado por encontrar trabajo. No quiere uno cualquiera, quiere volver a la policía. Mi padre habla a menudo de su «orgullo del uniforme». Hace una analogía un poco extraña. «Hay gente que está orgullosa de ser carpintero. Y dice a todo el mundo "soy carpintero y es mi orgullo". Mi padre tenía vocación de militar, de policía. No buscó después de la guerra otro trabajo que no fuera de policía. Al contrario que sus compañeros, que iban de paisano a la comisaría y allí se vestían de policía, mi padre salía de casa con el uniforme.» Desde que cruzó de la zona soviética en 1949, Richard ha enviado decenas de solicitudes a diversas comisarías de Alemania Occidental. Siempre le responden lo mismo: no tenemos registros de usted y no ha pasado un proceso de desnazificación. Richard se explica diciendo que había estado en la zona soviética de 1945 a 1949 y que por eso no había rastro de él en la RFA. Mi padre dice, e imagino que es la versión que le contaría su padre, que no se fiaban de él porque había trabajado para los rusos. Quizá era un espía. No parece probable. Su problema era más sencillo: los empleados públicos del Reich, y mi abuelo al haber formado parte de la Schutzpolizei lo era, no habían podido recuperar aún su trabajo tras la guerra. Richard tenía que buscarse cualquier otro empleo. El que encontró era cualquier cosa menos ideal.

Entre el 27 de febrero de 1950, cuando los Dudda acababan de llegar al castillo de Ippenburg, y el 31 de enero de 1952, Richard se dedicó a uno de los trabajos más ingratos de la posguerra alemana. En uno de tantos documentos de su vida laboral aparecen sus herramientas de trabajo. «Un par de botas de goma. Un par de guantes. Una pala. Una soga. Dos palas. Dos azadas. Un rastrillo. Una azada en cruz. Un par de botas largas de goma.» Hay varias fotos. En una de ellas, Richard está en bañador, con una soga en torno a la cintura, y se mete dentro de un foso. Otros dos compañeros sujetan la cuerda desde fuera. Hay también varios recortes de prensa, del periódico *NWZ*, del noroeste de Baja Sajonia, que se publica todavía en Oldenburg. El artículo, publicado el jueves 26 de julio de 1951, es muy melodramático: «Las profundas nubes de lluvia se deslizan lentamente sobre el amplio páramo. A pocos pasos hay un pozo de agua en el que la muerte acecha constantemente a sus

víctimas desde hace seis años. Pero antes, ayer por la mañana, vimos cómo estos tres hombres se jugaron la vida, algo que llevan haciendo años. Son Fritz Nowack, Alfret Suttmöller y Richard Dudda, de la brigada de desactivación de bombas del jefe de policía de Osnabrück». La bomba que desactivan en el artículo, en un páramo de Bornhorst, a las afueras de Oldenburg, pesa quinientos kilos. La encontraron «buscadores de oro» (*Goldsucher*) de la región, que buscaban chatarra de un avión estadounidense que se estrelló en 1944. «Hombres que arriesgan su vida por la seguridad de todos nosotros, y de cuya difícil labor sabemos tan poco», termina el reportaje. Hay otro artículo del mismo periódico, sin fecha: «Vivir en las inmediaciones de una bomba de diez toneladas sin explotar no es una sensación agradable; la experiencia ha demostrado que el destino suele tomar los caminos más extraños y suele golpear cuando menos se espera».

El trabajo como desactivador de bombas de Richard era obviamente itinerante. Estuvo bajo las órdenes, pero sin formar parte de ella, de la policía de Osnabrück y la de Hannover. Trabajó exclusivamente en el distrito de Oldenburg y en el de Goslar, cerca de Hannover. Ganaba noventa y seis pfennings al día y recibía un plus de peligrosidad de cinco marcos diarios. Luego le subieron de 96 pfennigs a 1,12 marcos. Conducía un camión que a mi padre le encantaba: «Estaba unas semanas fuera, luego volvía, venía con comida y con algo de dinero y se volvía a marchar. Venía con su camión, un Opel Blitz, que se usaba mucho en la guerra. Siempre le pedíamos que nos diera una vuelta. A mí me dejaba tocar el botón de indicación de dirección, no eran intermitentes como ahora sino que salía una especie de brazo iluminado en cada lado para indicar».

Entre 1940 y 1945, los británicos y los estadounidenses lanzaron 2,7 millones de toneladas de bombas sobre Europa. La mitad cayeron en Alemania. Entre un diez y un quince por ciento de ellas no llegaron a explotar. En la posguerra, aparecían a menudo bombas cuando un obrero excavaba en una nueva construcción, pero no había un registro serio; a veces quedaban sepultadas por el hormigón y se descubrían años después. Murieron cientos de civiles. Con los años, el gobierno

alemán comenzó a exigir a todo nuevo proyecto de construcción un certificado que demostrara que el terreno está libre de bombas. Hoy todavía siguen apareciendo. Cada año se descubren en Alemania unas dos mil toneladas de municiones que no explotaron. En 2011, cuarenta y cinco mil personas fueron evacuadas de la ciudad de Koblenz cuando la sequía desveló una bomba en el río Rin; fue la mayor evacuación civil en Alemania desde la segunda guerra mundial.

Hay fotos de Richard y sus compañeros tirados en zanjas, durmiendo al raso, comiendo bocadillos sobre el techo del camión. En una sacan la lengua ante la cámara, como adolescentes en un viaje de estudios. Todos visten gabardinas de cuero largas y las mismas gorras, parecen una mezcla de presos haciendo trabajos forzados y miembros de la Gestapo.

Mi padre dice que Richard «terminó con el pelo blanco de los nervios». Piensa que sus dos años desactivando bombas le abrieron las puertas de la policía. Yo veo sus años desactivando bombas como algo más personal, una penitencia, un resarcimiento, un poco el peaje que sentía que tenía que pagar para incorporarse a la nueva democracia alemana. Es una psicologización un poco boba. Lo que tengo claro es que Richard quería volver a la policía como fuera. Cuando terminó en la brigada de desactivación de bombas, el jefe de la policía de Osnabrück le escribió una carta de recomendación en la que decía que era un «hombre de carácter abierto y honesto, muy concienzudo, trabajador, sobrio y fiable».

Mi tío Ekkehard nació y murió solo. La madrugada del 9 de noviembre de 1950, nueve meses después de que los Dudda llegaran al castillo de Ippenburg, Frieda se puso de parto («Mi padre en algún viajecito lo ha pasado bien y la ha dejado embarazada»). El niño nació sano, pero la madre enfermó gravemente al poco tiempo de volver a casa. Frieda sufría de hiperlactancia y la leche sobrante la donaba al hospital: uno de los sacaleches que usaba no fue desinfectado y enfermó. Estuvo tres meses ingresada.

Con el padre ausente, desactivando bombas en el norte, y la madre enferma en el hospital, los verdaderos cuidadores del recién nacido Ekkehard fueron mi padre y Bernd. «Yo le daba el biberón, le limpiaba los pañales y de vez en cuando venía alguien de los servicios sociales del ayuntamiento a preguntar si estábamos bien. Cogía copos de avena, los cocinaba con agua y luego echaba leche en polvo y filtraba los copos para que no entraran en el biberón. Con esto lo alimentábamos.» Suspira y dice «madre mía». Le pregunto a menudo sobre esto, me sorprende la naturalidad con la que me lo cuenta, no desarrolla mucho. Bernd con ocho años y Gernot con diez cuidando de su hermano recién nacido. Podría ser una *sitcom* o una comedia noventera del estilo *El peque se va de marcha* si no se produjera en la posguerra mundial; podría ser una *sitcom* si alguien se atreviera a hacer una *sitcom* siniestra sobre unos niños refugiados alemanes en 1951 cuidando de su hermano recién nacido en un castillo de 1390 expropiado a una familia aristocrática.

En los documentos de la expropiación no sale el nombre de la condesa dueña del castillo, solo un simple «Gräfin [condesa] Von dem Bussche». Es posible que fuera Gabriele von dem Bussche-Ippenburg, que nació en 1877 y murió en 1973. Los Von dem Bussche son una familia célebre de Baja Sajonia. Hubo incluso un resistente antinazi, Axel von dem Bussche. En 1943, intentó matar a Hitler en un ataque suicida en Wolfsschanze, la Guarida del Lobo, el cuartel general del *Führer* en Prusia Oriental. Hitler iba a supervisar los uniformes de invierno del ejército; Axel coló en uno de los cargamentos de uniformes un explosivo que accionaría al saludar a Hitler. El plan fracasó

porque un ataque aéreo aliado destruyó el tren con los uniformes.

Mi padre sí recuerda el nombre del heredero de los Bussche-Ippenburg que vivía en el castillo. Era de su edad más o menos, pero sus padres no le permitían jugar con los refugiados. «Se llamaba Alfons von dem Bussche. Von dem Bussche significa *de lo arbusto*. El Alfonso *de lo arbusto*. Se escapaba porque se aburría él solo y venía a jugar con nosotros. Los hijos de los jornaleros eran también de nuestro nivel social, y uno de ellos tenía cierto rango entre nosotros porque su padre tenía un tractor. Eso daba mucha categoría.»

En el castillo de Ippenburg los Dudda vivían en una gran habitación de unos cincuenta metros cuadrados. Richard puso varias maderas que funcionaban como biombos para así crear diferentes estancias. En la habitación de al lado vivían dos ancianas. Se quejaban mucho del ruido, aunque a veces ayudaban a Gernot y Bernd a cuidar de su hermano. Cuando se marcharon, los Dudda ganaron más espacio y otro cuarto de baño. «Antes para pasar a la casa había que entrar por el cuarto de baño. Alguna vez estaba cagando y entró el cartero.»

Gernot y Bernd iban al mismo colegio que cuando vivían en el campo de refugiados; la clase de educación física era en el polideportivo que antes fue su hogar. Tengo las notas de mi padre en estos años. En las de septiembre del 49, cuando acababa de llegar al colegio y todavía vivía en el polideportivo/ campo de refugiados de Bad Essen, mi padre destacaba en religión, música y en alemán oral y en lectura; en historia local y cálculo le pusieron un satisfactorio.

Los alrededores del castillo, que todavía sigue en pie y que los herederos mantienen, son campos de cultivo, acequias, canales y riachuelos. Gernot y Bernd jugaban con los niños de la zona. Había una presa donde se bañaban, un río, caminos por donde iban en bicicleta. Frieda a los pocos meses mejoró y pudo volver a casa. «Fue lo peor. Teníamos a la madre enferma, al niño recién nacido y al padre fuera.» Hay muchas anécdotas de bicicletas. «Yo he sido casi la madre/padre/hermano de mi hermano Ekkehard. Porque el servicio social que venía de vez en cuando pocas cosas hacía. Y mi padre cuando venía se tenía

que dedicar a arreglar mi bicicleta.» Un padre no da biberones. De nuevo: «Mi padre venía de visita cada fin de semana, de las bombas esas. Y cada vez que venía yo tenía algún problema con la bicicleta. Una vez hice una tontería muy grande, rompí todo el eje central y no tenía arreglo. Durante bastante tiempo tuve que ir andando al colegio, cinco kilómetros.»

Mi tío Ekkehard nació y murió solo. En la madrugada del 6 de abril de 2021, falleció en Essen. Por el protocolo covid, solo su mujer pudo estar con él. «Se murió en casa, lejos de mí», me dice mi padre. «En los últimos instantes hicimos una videoconferencia en la que me dijo que estaba en las últimas. Felicitas le peinaba el pelo, lo acariciaba. Ekkehard se despidió con la mano y cortaron la llamada.» Murió de la enfermedad que siempre padeció. En los últimos años, le paralizó casi completamente. Habla mi padre:

«Ekkehard empezó a tener problemas de diabetes con seis años. Desde el principio tenías que pincharlo. Y algunas veces, cuando tenía el culo lleno de pinchazos, no sabías dónde pincharlo más. La insulina de esos años no era limpia, era de animales, mayoritariamente de caballo y ternera. Hasta que se llegó a inventar la insulina sintética, que eliminaba los efectos secundarios como vómitos o problemas de tensión, obesidad o adelgazamiento. Es muy difícil prohibirle a un niño que no se tome un dulce, le entra un trauma. La gente de su edad que tenía diabetes no llegaba a los cuarenta años. Él estudió toda la vida sobre el tema, los avances médicos. A veces sabía más que el doctor. La insulina destroza el hígado y el riñón. Cuando se destroza un riñón y solo te queda el otro, o haces un trasplante o te mueres. O la diálisis, que sustituye el efecto de limpieza de la sangre que hace mayoritariamente el riñón. También afecta al páncreas. Tuvo tres trasplantes y tres rechazos. Yo me ofrecí a darle mi riñón. Por entonces estaba solo, recién divorciado con setenta años. Me pidieron una serie de datos. Fui a un laboratorio a hacerme analíticas, que mandé a mi hermano. Después de diez o doce días mi hermano me dijo que no éramos compatibles. Era una contestación diplomática. Sabía la influencia que ese trasplante iba a tener en mí, que tendría que sobrevivir solo con un riñón siendo anciano. Porque somos

hermanos, no hay mayor compatibilidad que esa.»
Mi padre siempre fue su mentor. Ejercía en serio su papel de hermano mayor. Hay fotos de los dos jugando al fútbol, sobre un trineo, mi tío sobre los hombros de mi padre, sacando la lengua a la cámara. Ekkehard era el primero que llamaba para felicitar a mi padre; mi padre era el primero que felicitaba a Ekkehard. No recuerdo nunca conflictos, solo una pelea banal: era la crisis de deuda en la Unión Europea, en 2011, cuando se hablaba de rescates bancarios y soberanos, y España estaba al borde del abismo; mi padre me contó que Ekkehard decía que no había que rescatar a los españoles porque derrocharíamos el dinero. Mi padre se molestó. Pero Ekkehard amaba España, en concreto Lanzarote. Casi todos los años su mujer Felicitas y él pasaban alguna temporada en un hotel de la isla que tenía máquinas de diálisis. Ekkehard quería que en su lápida hubiera roca volcánica. Intentaba siempre hablar conmigo en español. En un viaje que hice a Essen de niño, creo que para alguna de sus fiestas de cumpleaños multitudinarias, se me acercó con un diccionario de español en la mano para preguntarme cómo estaba, ¿qué tal el colegio?, ¿tienes ya novia?

Aunque no pudimos hablar de este proyecto, sin Ekkehard este libro no habría sido posible. Conservó durante décadas cientos de documentos familiares, desde lo más banal a lo más importante. Cuando murió, su mujer Felicitas me los trajo a El Hoyo en una bolsa de cuatro kilos. En ella había facturas y recibos y listas de la compra de los años cincuenta y sesenta, postales, certificados, carnets, papeles con garabateos ininteligibles, pero también documentos importantes sobre Richard, de los campos de refugiados, de la administración soviética. «Los alemanes lo anotamos todo», me dijo. Es verdad. Y lo guardan todo. He perdido la cuenta del número de certificados y copias y transcripciones de copias y registros que hay de toda la vida familiar, sobre todo de Richard y de mi padre. Era una familia de refugiados. Por eso guardaban todos los documentos que pudieran certificar su identidad. ¿Adónde vas sin pasaporte? En la guerra pero sobre todo en la posguerra. Hay que guardarlo todo. En papel sepia, papel cebolla, en archivadores, en plastiquitos individuales, en carpetas

troqueladas. Un *Arbeitsbuch* o historial de vida laboral de antes de la guerra quizá te sirva en la posguerra para recibir algún tipo de pensión o ayuda. Quizá incluso un albarán o factura donde salga una dirección puedan servirte para demostrar de dónde eres.

Ekkehard y Felicitas no tuvieron hijos. La enfermedad se lo impidió. A mi hermana y a mí nos tenían mucho cariño. Me siento culpable, como a menudo me pasa en este libro con respecto a mi familia alemana y mi pasado alemán, por no haberle escrito casi nunca por su cumpleaños. Cada año mi padre me lo recordaba. «Mañana es el cumple de Ekki. Cumple setenta años. No olvides mandarle un mensaje.» «Hoy es el cumple de Ekki. Si quieres felicítalo.» «Hola, Ricky. Hoy es el cumple de Ekki. Desgraciadamente está hospitalizado. Mándale una felicitación. Se alegrará.» No fui un buen sobrino. Mi padre fue un gran hermano.

El 16 de enero de 1952, Richard recibió en el castillo de Ippenburg una carta del jefe de policía de Essen, una ciudad minera en el estado de Renania del Norte-Westfalia, en la cuenca del Ruhr. «A partir del 1 de febrero de 1952, le nombro agente de policía al servicio de la policía de Essen.» Tras dos años desactivando bombas y enviando currículums a comisarías de toda la RFA, Richard finalmente podía volver a la policía. ¿Qué pasó con las reticencias de la administración? ¿Ya no importaba su pasado nazi? En cierto modo era así: ya no importaba. En abril de 1951, la RFA aprobó el artículo 131 de su constitución, que garantizaba la vuelta al servicio público de los antiguos funcionarios nazis. Dice el historiador Harald Jähner que tras la aprobación de este artículo, «toda una cohorte de antiguos nazis incriminados volvió al servicio oficial. Incluso se ha sugerido que la Oficina Federal de Policía Criminal (Bundeskriminalamt - BKA) solo se creó para ofrecer una actividad a los antiguos colegas nazis, que ahora debían reintegrarse». Fue automático. Se aprobó el artículo 131 el 1 de abril de 1951 y Richard recibió una carta el 16 de ese mes en la que le confirmaban que podía recibir un subsidio transitorio por su trabajo como policía desde 1939 a 1945. Le correspondían 182,18 marcos al mes por haber trabajado como policía del Tercer Reich durante la guerra. El 4 de febrero de 1952 se le dio finalmente un permiso de residencia en la RFA. «Con este certificado de alojamiento puede solicitar su reincorporación como funcionario en las oficinas de la administración pública de la República Federal de Alemania que le correspondan.»

¿Le salvó el artículo 131? Es decir, ¿se salvó gracias a que el artículo 131 miró hacia otro lado con respecto a su pasado nazi? ¿O se salvó porque realmente el nuevo Estado consideró que su «pasado nazi» no era tal? El 26 de febrero de 1951, Richard recibió una carta del Ministerio Público de Desnazificación del distrito de Osnabrück que decía: «En el proceso de desnazificación contra el Sr. Richard Dudda [...] establecí que dicha persona no está afectada por el derecho a la desnazificación.» De nuevo, me surge un siniestro síndrome del impostor: yo en calzoncillos tirado en la cama descubrí que estuvo bajo las órdenes de Friedrich Jeckeln y la burocracia de

la RFA no. ¿Y si estoy equivocado? Estoy seguro de que no. El problema creo que es otro: el caso de Richard no es especial. La Alemania de posguerra estaba llena de Richards que no querían hablar de la guerra. Y también de muchos que no querían preguntarles. El nuevo Estado se construyó sobre esos silencios.
Los Dudda vuelven a mudarse. Su nuevo destino, Essen, está todavía en ruinas siete años después de la guerra. La ciudad, en el estratégico cinturón industrial del Ruhr, donde estaba la sede del grupo industrial Krupp y su principal fábrica de armamento durante la guerra, fue un objetivo clave de los bombardeos aliados en 1942 y 1943. Los británicos arrojaron treinta y seis mil toneladas largas de bombas en la ciudad (muchas de ellas cayeron en una réplica que hicieron los nazis de la fábrica Krupp), que quedó prácticamente destruida. El 10 de abril de 1943, tras una visita a Essen, Goebbels escribió en su diario: «el daño... es colosal y, de hecho, espantoso… Los expertos en construcción de la ciudad estiman que se necesitarán doce años para reparar los daños».

El primer hogar de los Dudda en Essen estaba en la calle Camphausen número 48. Dice mi padre que cuando calentaban la casa chorreaba agua por las paredes. No le entiendo muy bien. «Estaba recién construida. Todavía estaba húmedo el cemento de la casa. Para coger un reuma era fantástico.» Bernd y mi padre dormían en literas en la cocina. No había bañera ni ducha. Se bañaban en un barreño de zinc en la cocina. Siempre hacía frío; Frieda se metía a la cama con guantes. La casa estaba rodeada de ruinas, en un barrio de mineros, en una ciudad de mineros que se pasaban las horas muertas asomados a la ventana, apoyados en un cojín sobre el alféizar para que entre un poco de aire en sus pulmones negros. Cuando alguno de ellos fallecía se decía que se había caído de la ventana. *Der ist weg vom Fenster*.

Mi padre tiene doce años. Siete de ellos, más de la mitad de su vida, ha sido refugiado. Ha sobrevivido en cobertizos y pajares mientras huía del Ejército Rojo, ha sido un niño soviético en los años previos a la creación de la RDA, ha cruzado fronteras ilegalmente, ha vivido en un campo de refugiados y en un polideportivo y en el castillo expropiado de una condesa.

Pero ahora ya puede ser un niño normal, más o menos. Los Dudda ya no volverán a cambiar de ciudad. Hay solo una mudanza, de la calle Camphausen, 48 a la calle Vöcklinghauser, 16/18.

Esta es la casa final, la que realmente puso fin a casi quince años de exilios y mudanzas forzadas. Mi padre ya puede ir a un colegio normal sin miedo a otra mudanza involuntaria, puede hacer amigos de los que no se tendrá que despedir a los pocos meses. «Su hijo Gernot aprobó el 2 de marzo el examen de acceso a la escuela secundaria», dice una carta que recibió Richard en 1953. «Inicio de las clases: jueves 16 de abril. Todos los jueves hay un servicio religioso antes de la primera clase. Los nuevos alumnos son llevados a la iglesia católica o protestante el primer día de clase; se reúnen para ello en el patio de la escuela a las 8.00 horas. Tras el servicio, los chicos vuelven a la escuela. El primer día de clase solo hay que llevar un cuaderno y utensilios de escritura.»

Luego hubo otro cambio de escuela. Mi padre habla de un «colegio de superinteligentes». Menciona la palabra «excelencia», pero también habla de que eran clases para ayudar a los refugiados a adaptarse al ritmo de los demás. El examen de acceso era muy exigente. Dice que estaba acostumbrado a usar una regla de cálculo pero no le permitieron llevársela, así que dibujó una en un folio. Un profesor (la escena la cuenta como si fuera de la película *Una mente maravillosa*) se dio cuenta y mi padre cree que gracias a eso aprobó. «Estoy seguro de que me cogieron por esto. Este tío tiene ideas y sabe resolver.» Siempre ha sido un «hombre de recursos», me dice. Y para demostrarlo me da otro ejemplo, en un proceso de asociación de ideas sorprendente. Es de cuando trabajaba en Bodegas Alvear en Montilla, Córdoba, en los años setenta:

«Queríamos hacer publicidad en los taxis. Me decían que no se podía. Los taxis en Córdoba eran muy importantes, eran líderes de opinión. Entonces yo dije: vamos a entrar por la puerta falsa. Organizamos el día del taxista. Lo anunciamos en el periódico y la radio. Teníamos cuatro o cinco azafatas, bien culonas, vestidas de bandoleras. Estas azafatas se acercaban a la parada del taxi y entregaban una copa de vino de Alvear y una

caja con botellas a los taxistas. Y teníamos una calcomanía, de estas que no se quitan, con el nombre de Alvear muy grande y el anuncio del día del taxista muy pequeño. Una de las chicas, con una pinta increíble, preguntó a un taxista si le parecía bien que pusiera una pegatina. Dijo que sí. Los otros taxistas al ver eso también querían una pegatina. Todo gracias al culo de las chicas.»

Mi padre tardaba cuarenta y cinco minutos en llegar en bicicleta al colegio. Había dos turnos. Por la mañana los chicos, por la tarde las chicas, porque el colegio estaba todavía en ruinas. Se dejaban unos a otros notitas en los pupitres. Mi padre no me contó que repitió curso. Lo he descubierto en una carta que envió el director a Richard. Le escribo y me responde: «Sí. Suspenso en latín y matemáticas». Y luego añade: «Joder, no sabía de la existencia de esta carta formal del cole. Pregunta: ¿Vas a buscar más papeles comprometedores? Lo confieso: yo maté a Kennedy». Le da más pudor admitir esto que otras cosas, cuando a mí me parece algo loable: llegó a donde llegó a pesar de la guerra, los años de refugiado y una boba repetición de curso.

En las imágenes de su adolescencia se aprecia un despertar. Gernot ya no es el niño retraído con sonrisa sin dientes y la mirada gacha. Se ha dejado crecer un tupé ondulado. Lleva gafas de pasta, corbatas finas. Empieza a ser el seductor que siempre ha sido, seguro de sí mismo, carismático. Está rodeado de amigos. Hace mucho el payaso. Esquía, hace senderismo, toca el trombón en una banda de jazz, juega al fútbol. Se compró una canoa con Bernd, a la que llamaron *Poseidón*. Con ella viajaron por el río Meno, el Mosela, el Rin.

Hay también un despertar familiar. Los Dudda ya pueden hacer turismo. Lo que más abunda en el archivo familiar son fotos de Richard y Frieda. También muchas postales, casi siempre desde lugares de playa. Lloret de Mar. Benidorm. Cesenatico. Scheveningen. Conil. San Juan de Luz. Barcelona. Aquí las anécdotas ya no son épicas, pero la pobreza, o el marco mental de la pobreza, persiste. Mi padre me habla de un viaje familiar en coche de Essen a Riccione, una ciudad italiana en el Adriático. La familia viajó en un coche DKW de dos tiempos. Me

explica el funcionamiento. Había que parar a echar aceite de vez en cuando. Y algo de que al cambiar de marcha no cambiaba la velocidad. En Riccione había muchos alemanes. Una vía de tren pasaba a tres metros del cuarto que alquilaron. «De verdad que a tres metros.» Mi padre y Ekkehard dormían en un camping cercano, sin pagar porque daba directamente a la playa y dormían casi en la orilla. «Un día fuimos a una terraza con música, con una cantante y una banda. Nos sentamos en un extremo y mi madre estaba pendiente del camarero y nos decía: "Cuando venga nos levantamos y nos vamos". A los veinte minutos vino y nos marchamos. Al día siguiente fuimos al mismo sitio pero nos sentamos en el otro extremo.» En nuestra conversación sobre esto me habla demasiado sobre la preferencia de su madre por sus propias almohadas, que se trajo desde Essen, y su rechazo a las almohadas con «forma de chorizo» que había en Italia.

Al contrario que muchos de sus compañeros, mi padre se libró del servicio militar. Lo salvaron, según veo en una carta del gobierno, unas hemorroides. Comenzó a trabajar muy pronto. Hizo prácticas, lo que en Alemania se denomina *Lehre* o aprendizaje, en la empresa Standard Elektrik Lorenz, como *Industriekaufmann*, empleador industrial. Del 1 de abril de 1960 al 31 de marzo de 1963. Primero estuvo en Essen y luego en Stuttgart. El *Lehrvertrag* o contrato de prácticas tiene cuatro páginas y está firmado por sus padres, a pesar de que ya tiene veinte años. Cuenta, y parece una anécdota como de Warren Buffett, que la primera tarea que le encomendó su jefe fue cambiar los rollos de papel higiénico de toda la fábrica.

Me habla de dos novias: Heidrun y Margret. Heidrun le rompió el corazón. Fue una relación a distancia, mi padre estaba en Stuttgart, trabajando en Standard Elektrik Lorenz, y ella en Essen. Dice que estaba «tontamente enamorado», más que ella de él. «Era un amor imposible, de Essen a Stuttgart hay quinientos kilómetros. La visité varias veces en su casa, me quedé en otra habitación, claramente. Después hubo silencio total. Luego no contestaba a las cartas. Cuando me fui a Burgos mis padres pensaron que fue por mal de amor.» Con mi padre he hablado de amor muy pocas veces, y escuetamente. Sé que lo ha

pasado mal. El otro día por teléfono me dijo que siempre ha sufrido del corazón y que por eso se había divorciado dos veces y tenía tres *stents* coronarios. Hace unos años, mi novia y yo nos dimos un tiempo. Me fui con mi padre a El Hoyo para *pensar*. Siempre he creído que los problemas sentimentales se solucionan *pensándolos* más. Di largos paseos por la playa esperando una epifanía. Una noche, le expresé todas mis dudas a mi padre y me respondió que estar enamorado es como estar embarazada: o lo estás o no lo estás. Todavía no sé si tiene razón.

El año en que nació mi padre nevó en El Hoyo. He encontrado una foto en la revista *Alberca*, de la asociación de amigos del Museo Arqueológico de Lorca. Un hombre posa sobre la nieve, que ha cuajado bien. De fondo, los montes de esparto blancos. «Nevada en Parazuelos, 1940», dice la leyenda.

Qué extraño ver esta foto en el verano más caluroso que se recuerda en la zona. No podemos comer ni cenar fuera. Anoche al salir a la terraza se me empañaron las gafas. Hay más mosquitos que nunca por culpa del calor y la humedad. En un rato en la tumbona me han picado nueve veces a través de la camisa. Los perros no quieren salir de casa. Mi padre se pasa el día en la butaca del salón, a oscuras, haciendo un seguimiento en directo de los cambios de temperatura. Se ha inventado la frase: «Para todo animal viviente, un calor sin precedente». Es la segunda quincena de julio pero en la playa no hay nadie. El mar está en calma, no hay nada de brisa, el cielo está encapotado. Me meto a nadar y desde el agua se escuchan las cigarras.

«¿No tienes calor con el pelo tan largo?», le pregunto a mi padre. Se echa la melena para atrás. «Sí, me toca ya un corte. ¿Quieres que te regale un poco?», me responde entre risas. Ya tengo entradas. Mi padre dice que «es por culpa del cocido maragato». Es la comida típica de Astorga, de donde es mi madre. Todos mis tíos están perfectamente calvos. La alopecia se hereda por vía materna.

Por la tarde, lo llevo a la peluquería. De camino, paro en Cañada de Gallego a recoger un paquete de Amazon. Ha llegado a un locutorio que, según Google Maps, no existe. Tampoco me suena haberlo visto nunca. Pregunto en el estanco, ahí no es. Pregunto en una tienda de ultramarinos que solo frecuentan marroquíes, ahí tampoco. Finalmente estaba en una carnicería halal que funciona como locutorio: tiene un ordenador. La mitad de los habitantes de este pueblo son hombres marroquíes que trabajan como temporeros. Viven al borde de la miseria. Por la carretera que va a El Hoyo hay que conducir con cuidado porque se desplazan andando. Un día presencié un accidente. Un coche dio un par de vueltas de campana y se quedó boca arriba. El estruendo atrajo a decenas de personas, que salieron de las tomateras y de los huertos de la zona. Entre varios le

dieron la vuelta al coche, que rápidamente volvió a ponerse en marcha como si no hubiera pasado nada.

Hace años me metí en problemas porque escribí en un artículo que Cañada de Gallego era un pueblo que «quitaba las ganas de vivir». Un amigo me contó que en un chiringuito cercano le llamaron la atención sobre esa frase: «dile que no vaya escribiendo por ahí esas cosas» o algo así le dijeron. No sé cómo trascendió. Quizá me pasé un poco. Es un pueblo que ni siquiera es feo; no tiene presencia. El pintor Ramón Gaya escribió que la «preciosa y enigmática sustancia de lo murciano no es sustancia de nada regional, pues ni siquiera la encuentro en otros puntos de la provincia misma de Murcia, sino sustancia de "algo" sin región, sin regionalismo, sin andalucismo, es decir, sin carácter». En este litoral esa falta de carácter es muy explícita. Aquí la gente simplemente sobrevive. Su orgullo es modesto: su familia, su coche, el asado de su madre. No hay una identidad colectiva fuerte, sino relajada, cambiante y efímera, que se construye y deconstruye sobre la marcha. Me parece una postura muy sana. Prefiero este déficit identitario que los pueblos empachados de identidad.

En la peluquería, intento convencer a mi padre de que se deje cortar más. La melenita es su último resquicio de rebeldía; ya no puede decidir nada sin el consentimiento de Conchita. Cuando yo era niño, le gustaba decir: «un día de estos me tiño el pelo de rubio pollo»; lo que hizo finalmente, recién divorciado, fue dejarse el pelo largo y recogérselo con una coleta. Cuanto más le criticabas esa decisión, más se reafirmaba en ella. «Bueno, pero déjame el rizo jerezano», le dice al peluquero. No sabemos a qué se refiere. El hombre sigue cortando. Mi padre le dice que se le ha caído todo el pelo menos el de la cabeza, que ahora le crece más que nunca. Yo, mientras, leo el periódico local. El alcalde se ha vuelto a subir el sueldo. «Una tortuga boba consigue nidificar en Isla Plana.» «Bulo en Mazarrón: desmienten el falso tiroteo en el Paseo del Puerto.» «Drones contra los mosquitos en la zona de los canales de Bahía.»

Al salir, vamos a una tienda de licores y compramos aquavit, cava, fino de Alvear. Paramos en el supermercado para comprar Kellog's para su cena, mermelada y magdalenas para

sus desayunos. Cuando estamos a punto de llegar a casa, me pregunta si me ha molestado el chiste sobre la caída de pelo y el cocido maragato. «Qué va, hombre, qué va.» «Vale. Es que ya sabes que mi humor es de Elbla¸g.»

El trombón sonaba siempre desde arriba. En la gran casa familiar de Madrid, sonaba en el ático. Mientras él tocaba, casi siempre jazz clásico, de Big Band, yo jugaba al Scalextric sobre el suelo de moqueta. No recuerdo que practicara, no recuerdo la repetición ni los intentos ni el incordio asociado a la práctica; tocaba piezas enteras, que se sabía bien. Era el hilo musical de las tardes de domingo, un día que recuerdo con muchas rutinas musicales. Por la mañana, mis padres leían el periódico con música clásica a un volumen ensordecedor. Las tardes eran del trombón en el ático; a veces le acompañaba yo con el violín, pero nunca conseguimos tocar nada coherente porque yo tenía seis años. Cenando, escuchábamos en la cocina un programa de M80 que se llamaba *La Gramola*; tras la cena, que solía ser un sándwich mixto en sandwichera o crepes salados o algo congelado de la marca Bofrost, me sentaba frente al equipo de música del salón y reproducía religiosamente el disco *Cuts Like a Knife* de Bryan Adams (desconozco por qué esa fijación). A veces en vez de escuchar Bryan Adams me llamaba desde Astorga mi tía-abuela América y me ponía ópera a través del auricular o me leía entradas de la Enciclopedia Espasa sobre el universo.

Durante un breve tiempo, vivimos en Murcia capital. Fue la última casa familiar. En ella también sonaba el trombón desde arriba: mis padres se divorciaron pero mi padre siguió viviendo un tiempo en el ático. Fue un extraño arreglo para mantener la ilusión de una familia unida. Duró poco. Tengo muchas lagunas de esos meses. Mis padres se estaban divorciando pero yo estaba más preocupado por otra cosa: mi novia todavía no se decidía entre mí y otro chico. A veces me subía al ático con mi padre. Recuerdo leer ahí, mientras él tocaba el trombón, *Romeo y Julieta* para el instituto. A veces también me quedaba a dormir con él.

En su casa de Cabezo de Torres también sonaba el trombón desde arriba, en el piso de arriba. Fue mi *despacho* durante el año que viví con él tras terminar la carrera. Ahí ya no tocaba apenas jazz. Recién divorciado se apuntó a la banda municipal del pueblo. Tocaban marchas de Semana Santa, pasodobles, *Carmina Burana*, bandas sonoras de Hans Zimmer. En realidad no era una banda al uso, era la Agrupación Musical Juvenil de

Cabezo de Torres. Por eso en las fotos era el más reconocible: la edad media era de dieciocho años y él tenía setenta. Como llevaba mucho tiempo sin tocar de manera más o menos reglamentada, se apuntó a clases de trombón y se tomó en serio el estudio. A veces volvía de clase con los labios hinchados.

Con trece años, mi padre empezó a tocar el trombón para «el de arriba», como dice, en la parroquia de su barrio en Essen, la Melanchthon Kirche. Si eligió el trombón es porque en la banda hacía falta un trombonista. Luego descubrió el jazz. Comenzó a tocarlo de la misma manera. Un compañero de instituto tenía una banda de Dixieland. Iban a dar un concierto en un colegio mayor y les faltaba un trombonista. «Me dio un par de discos y me dijo: esto es lo que vamos a tocar. Como tenía algo de experiencia musical, no toqué bien, pero tampoco me equivoqué. Cuando había que tocar un solo, yo no sabía lo que hacía pero la gente aplaudía. Así empecé en el jazz.»

A finales de los cincuenta, en la Alemania de posguerra, el jazz era ruido. Frieda, según mi padre, decía que era una música «desastrosa». Es la última palabra con la que definiría a la Dutch Swing College Band, el grupo favorito de mi padre en la época; es música de banda sonora de película de Woody Allen. Siguiendo y copiando a esa banda, montó la suya propia. «Yo solía disertar mucho cuando explicaba cosas, en la anterior banda me llamaban el "doctor". Por eso a mi propia banda la llamé Doctor Douda's Dixielanders.» Dieron conciertos por toda la región, tocaron en un concurso de bandas de Renania del Norte-Westfalia patrocinado por Coca-Cola, aparecieron en la radio, mi padre obtuvo un premio de mejor solista de trombón en un certamen en el que estaba la big band del célebre Kurt Edelhagen. «La banda duró hasta que me tuve que ir a trabajar a Stuttgart. Intentamos mantenerla pero ya sabes cómo es el mundo de la música, la gente está un poco *chalao*.»

La música es lo único que consigue emocionarlo realmente, visiblemente. No lo he visto llorar con una película pero sí con una canción. Hace poco me vio escuchar «You've got a friend» de Carole King y se acercó y cantó el estribillo emocionado. Cuando terminó, me pidió que le pusiera la versión de James Taylor, que es la que conocía. Es más hortera y Taylor es a veces

demasiado cursi, pero es una canción perfecta. La volvió a cantar entera, esta vez con la voz temblando y lágrimas y mocos. Yo, que lloro hasta viendo una *sitcom*, me quedé mudo y no supe qué hacer. Hacía mucho que no lo veía llorar. ¿Qué estaba ocurriendo en su vida en 1971, cuando salió esa canción? ¿Qué se le activó dentro? O quizá la descubrió más tarde, ya en los ochenta. En mi cabeza, su vida en esa década es de puro desenfreno: recién mudado a Madrid, soltero y viviendo en Malasaña durante la Movida, escuchando a Quincy Jones. De los vinilos que me dio de su colección personal, los de Jones son los que más me gustan. Al enseñárselos a un amigo, me dijo: «Ya sabes a lo que se dedicó tu padre en esos años». La letra de, por ejemplo, «Body Heat», no es muy ambigua: *"Can you feel it? / Touching you / Don't you feel it? / Inside of you, baby"*». Pero también fueron años muy duros: una separación traumática, un divorcio… «No te despistes», me interrumpe su voz.

Entrevisto a mi padre en la terraza de El Hoyo. Rufo ladra desesperado a los paramotores que sobrevuelan la playa, que hacen un ruido insoportable. Son moscones gigantes. Ya no pasan apenas aviones publicitarios, con lonas de melones, de abogados expertos en divorcios o de Marina D'Or. Enciendo la grabadora y le pregunto sobre su mudanza de Essen a Burgos, en 1963, a punto de cumplir veintitrés años. Empieza a hablar y no para en dos horas.

«Siempre fui un culo inquieto. Era fan del sur, por decirlo globalmente. Me gustaban los compositores españoles. Me preparaba espaguetis con salsa de tomate para comer, bebía vino tinto. Cocinaba para mí porque nadie en mi casa quería comer eso. Un día, no sé por qué, un compañero de trabajo me invitó a su casa. Y me dijo: "Madre mía, qué putada, tenía un trabajo de profesor de idiomas en la escuela Berlitz en España, en Burgos". Yo nunca había oído hablar de Burgos."Pero no podré ir por mi familia o no sé qué, o algo de que a mi padre no le gusta que me vaya…" [Me encanta que este personaje no sepa por qué no puede ir.] Entonces dije: Coño, pues a mí sí me apetecería ir. No tengo vínculos, acabo de cortar con mi novia… Me aceptaron como sustituto de mi amigo. Empezaba el 1 de abril. Mi madre llorando. Sabía que me gustaba el sur, lo exótico. Burgos. Sol y playa. Prepararon la maleta de primavera-verano. Una maleta de cartón. Y mi hermano Bernd, que ya estaba trabajando en la policía, me dio cien marcos.»

«Lo único que sabía de Burgos es que tenía una catedral muy famosa. Me lo dijo el cura de mi iglesia en Essen. Antes de ser párroco fue misionero en Sumatra. Todos sus hijos, me parece que eran ocho o nueve, habían nacido en Sumatra. Hablaban indonesio y alemán. Yo estaba muy involucrado en la parroquia. Tocaba el trombón en la banda de música. Daba también catequesis. Pues bien, el párroco me dijo: para tu despedida vamos a hacer una comida de Sumatra. Prepararon veintisiete platos. Una comida de Sumatra en Essen para despedirme porque me voy a Burgos. No sabía nada del clima ni de la altura. Burgos está a 820 metros. [¡Casi acierta! Son 859 metros, a no ser que haya crecido en los últimos cincuenta años.] De español sabía hola y buenos días… Y adiós, y adiós.

»Cuando me bajé en la estación de Burgos me di cuenta de que hacía más frío que en Essen. Alguien me tenía que venir a buscar. Finalmente se acercó un crío de unos catorce años. "¿Tú señor Dudda? *Come come come*." Y me subió a un taxi colectivo. Me llevaron a la calle General Sanz Pastor, 9. Era una casa particular, una familia. Tres hijos y una hija. El padre era representante de medicamentos para farmacias. Ella se llamaba María. Él… [no se acuerda y dice el nombre Otelo]. En esta casa estuve seis meses, ni siquiera seis meses, porque a él lo trasladaron a Madrid. Entonces ella habló con su vecina de abajo. "Oye, mira, tengo a un alemán, un chico muy bueno, por qué no lo coges tú…" Y fue mi suerte porque se comía mucho mejor. Se llamaban Marina y Teófilo.

»En la academia daban clases individuales de inglés, francés y alemán. Gente pudiente. Entre los que tenían el nivel más alto había un militar y un ginecólogo. El militar hablaba bastante bien alemán, no sé si es porque estuvo en la División Azul. Yo tenía normalmente dos clases por la mañana y tres por la tarde. Al mediodía comía con toda la familia y luego me echaba una siesta, algo que aprendí ahí. Porque no había nada que hacer después de comer.

»Luego me involucré en lo del polo de industrialización de Burgos, una idea del gobierno franquista y el ayuntamiento de Burgos. Buscaban inversores o sucursales de empresas extranjeras y les ofrecían el terreno gratis en un polígono industrial y ventajas fiscales muy importantes. De ahí llegué al primer trabajo de intérprete con una empresa alemana que colaboraba con un inversor de Burgos para construir una fábrica de muebles. Me especialicé bastante en la madera. Estudiaba todos los tipos, los diferentes tratamientos, qué máquinas se usaban. Mi hermano me envió desde Alemania un diccionario industrial de español-alemán.»

En el *Diario de Burgos* del martes 8 de junio de 1965, en una noticia sobre el Campeonato Internacional de Motocross, que se celebró en la ciudad, aparece mi padre como intérprete: «El acto dio comienzo con unas palabras del presidente de la Federación Castellano-Cántabra, don Ambrosio Martínez, interpretada para los extranjeros en su idioma respectivo por el súbdito alemán e

intérprete industrial avecindado en nuestra ciudad Gernot Eckehard Dudda».

«Estaba en dos cuadrillas. Dábamos vueltas por los bares. Y un día dije que tocaba el trombón. Porque yo vine a España con una maleta y el trombón. Es lo que tuve que abrir en la aduana para explicar lo que era. Y me contactó un señor que me preguntó si leía partituras y que si quería tocar en las corridas de toros. Me dijo: "Somos la banda militar, ¿te importaría ponerte una camiseta caqui y una gorra y un pantalón?". Y yo: "No me importa nada". "No cobramos mucho, ciento setenta y cinco pesetas por corrida." Para mí era una fortuna. Era la mitad de mi sueldo de la academia.

»La primera corrida de toros en la que participé fue un desastre. No llevaban atril, se sabían todo de memoria, yo con mis papeles no sabía ni cómo estar. Así que me aprendí las canciones de memoria. "El gato montés", "Soldadito español". También tocamos en la graduación de los militares del Ejército del Aire. Ahí tocábamos música para bailar. Lo que más me llamó la atención es que la gente bailaba pero, al contrario que en Alemania, no aplaudía. Me acuerdo tocar el solo de "Bésame mucho" de puta madre y pensar que me iban a abrazar por lo bien que me había salido pero no, estaban a otra cosa. En otra ocasión, me dijeron: "Tenemos que tocar en la procesión del Corpus Christi. Llevan la hostia por las calles y todo eso"."Pero es que yo soy luterano.""Bueno, nos da igual." "Ya, pero a mí no, yo estoy muy convencido de lo mío." Y no me convencieron. Me dijeron: pero hombre, la tolerancia y eso… Pero no. Ahora lo pienso: ¿cuántas procesiones hice luego, cuarenta años después, con la banda de Cabezo de Torres? En Essen era muy religioso. Me traje a Burgos mi biblia luterana. Me iba con ella cada domingo a la catedral, a un altar lateral, y hacía mis propias devociones. Y también leía la biblia antes de dormir.

»Todo el mundo tenía fotos de Franco colgadas en todas partes. Un día me dijeron que tenía que colgar a mi presidente en mi habitación. Adenauer era el canciller, el presidente era Heinrich Lübke. Entonces escribí una carta al Ministerio de Asuntos Exteriores de Bonn diciendo que era profesor de alemán en Burgos y que me gustaría colgar un retrato del presidente

Lübke en mi cuarto. Y me mandaron un póster metido en un tubo, en un envío certificado, con el sello del gobierno alemán. Y lo colgué encima del escritorio, en mi habitación, y ya se pusieron todos contentísimos. Venía mi casera, Marina, y me decía: "Ay, mira qué bien, ya tienes ahí a tu presidente".

»Yo tenía conocimiento de que había una familia alemana, los Möll, que vivía en el único edificio alto de Burgos, el Feygon. Tenían allí un ático muy bonito. Él se llamaba Alex. Tenía una fábrica de tripas de oveja para la exportación. Yo un domingo, después de mis oraciones en la iglesia con mis lecturas protestantes bajo el brazo, fui a la casa y pregunté por ellos. Toqué el timbre y abrió la mujer. Pensaba que era un representante de libros. Pero luego le hablé en alemán y ya me dejó entrar, charlamos un rato, "a ver si algún día viene usted a comer y nos conocemos".

»Alex Möll compraba a los mataderos las tripas de las matanzas de ovejas. Tenía unas veinte empleadas que limpiaban con agua a presión las tripas, las metían en barriles y las exportaban a Hamburgo. Con la tripa se hacían salchichas. Hacía bastante dinero porque había encontrado un truco: compraba a China barriles enteros de tripas que estaban ya medio limpias y eran más baratas que en Burgos y las vendía en Alemania como tripas españolas. Alex era de Saarbrücken. Tenía un Citröen tiburón y en uno de sus viajes en coche lo acompañé a Saarbrücken y desde ahí me cogí un tren a Essen. Hacía los viajes cronometrados como si fuera un rally. No había autopistas, atravesábamos todos los pueblos. Se colocaba en veinticuatro horas en Saarbrücken. No te dejaba ni mear, porque si no se le descuadraba el horario. Tenías que hacerlo en un cubo en marcha.

»Un día Alex me dijo que quería comprarse un Mercedes en el extranjero. Como tenía tarjeta de residente en España no podía comprarlo, pero yo sí podía hacerlo con la matrícula turística. Me preguntó si tenía algún inconveniente en prestar mi nombre para comprar este coche. Me daba dos mil pesetas si le hacía el favor. Yo encantado. Era un buscavidas. Alex me llevó a París para firmar y volví conduciendo ya en él, era un Mercedes 220SE.

»Alex tenía un tío que vivía en Lequeitio. Se llamaba Hermann, pero se hacía llamar Armando. Estaba casado con una vasca. La vasca había heredado el cine del pueblo y el hotel Bieitia, y Armando y ella se dedicaban a gestionarlos. Un día Armando me dijo que se tenía que ir a Alemania a operarse de la vesícula, o del riñón, una operación muy complicada. Me ofreció quedarme a cargo de su hotel en verano. Así llegué a Lequeitio. El hotel era muy pequeño. Tenía tres restaurantes. Uno de ellos estaba en la Guía Michelin. Los fines de semana daban ciento cuarenta comidas. Ganaba más dinero como restaurante que como hotel, que tenía diez o doce habitaciones. Eran días muy largos. Empezaba a las sie-te de la mañana y terminaba a las doce y media o la una de la madrugada. Tenía una habitación con salón justo enfrente del hotel. El jefe no quería que durmiera en el hotel porque había demasiadas tentaciones. El primer verano cobré poco porque era casi de la familia. El segundo verano cobré muy bien. Con ese dinero me casé con Lolita en Guernica, en la ermita de San Pelayo, entre Baquio y Bermeo. Lolita era de Burgos. Yo tenía veintiséis años. Llegué el 1 de abril de 1963 a Burgos y me casé el 28 de septiembre de 1966. No perdí el tiempo. El cura que nos casó era de la ETA. Fue el único que aceptó casar a un protestante con una católica. Se llamaba Ramón Etxebarria. Y… ¿qué más? Poco más…»

Aquí se siente incómodo, no quiere seguir, entramos en una *no go zone*. De su primera mujer nunca nunca nunca nunca habla. Cuatro *nuncas*. No sé dónde vive, ni siquiera si vive. Si hubiera muerto, ¿habría ido mi padre al funeral? Durante toda mi vida no supe cómo se llamaba. Descubrí su nombre en la *cabaña*, el cobertizo que hay detrás de su casa en El Hoyo. Ahí están los papeles de su primer divorcio. Y hay una deposición en la que ambas partes explican por qué quieren separarse. Pero de esto no me va a hablar. Por eso ahora se ha acordado, se ha esforzado por recordar algo más sobre Lequeitio para no tener que pararnos en Lolita. La llama Lolita.

«Armando era espía. Trasladaba información, no sé de qué, a alguien en Bayona, en Francia. Las putas eran las mensajeras. Yo lo llevaba a los barrios peligrosos de los puertos. La

prostituta era la que pasaba información a través de la frontera a otro alemán. Así nunca le pillaban a Armando con un alemán.» «¿No trabajaste tú de espía?», le pregunto. Se ríe. «Desde luego que no. Yo solo era chófer. Iba todo el día vestido como un pescador. Camisa azul, pantalón de lona azul y alpargatas. Era casi mi uniforme. Era ya un vasco típico. Tenía novia en Burgos, pero Armando me decía cada dos por tres: "Mira esta chica, ¿la ves? Está soltera. El padre tiene tres barcos". "Pero si tengo novia." "Anda y manda a la novia a la mierda, aquí hay pasta".» «¿No venía a verte Lolita?», le pregunto. «No, no. Una chica no podía visitar a su novio sola en otra ciudad. Una vez vino en verano, con su padre. Pero ni siquiera la dejó dormir en el hotel. Fueron a una casa particular y durmieron los dos en la misma habitación. Eran otros tiempos. Y… Ya está. A partir de aquí empieza una historia que es… bueno, que es totalmente diferente. Y de algunos episodios de esta historia no me gustaría acordarme.»

Aquí tenemos que parar. No puedo continuar esta cronología. Durante años, ese fue el tabú del libro, lo que vino después de Burgos: su primer matrimonio, mis cuatro hermanastros, un divorcio traumático, sus años de soltería en la Malasaña de los años ochenta, una relación tóxica con Chela (la ex que le quemó la casa). Si me hablaba de esa época, me hablaba solo de trabajo. Y era propaganda de sí mismo. Cuando yo intentaba ir más allá de la historia oficial, me decía «no te despistes». Pero luego descubrí lo que hizo mi abuelo Richard y el tabú del libro cambió radicalmente.

Tardé meses en confesárselo. Quería asegurarme de que no estaba equivocado, de que realmente ponía en el pasaporte militar de Richard lo que yo creía que ponía. *Bandenbekämpfung*, *Kampfgruppe Jeckeln*, *Unternehmen Otto*, *Unternehmen Heinrich*. Con fechas y destinos. ¿Y si solo estuvo presente, pero no participó? El empirismo radical es siempre una manera de escurrir el bulto. No existen testimonios de Richard confesando crímenes, claro. Pero pensar que estuvo en ese infierno sin participar en él me parece ingenuo. No tengo información exacta de lo que hizo; sí tengo la certeza de que fue terrible.

Cuando se lo conté, no hubo nada de solemnidad.

Estábamos sentados en el salón de El Hoyo, él en su sillón y yo en el sofá. Mi padre apagó la tele y me preguntó cómo llevaba el libro. «Hace mucho que no me entrevistas.» Le dije que había descubierto algo sobre Richard que me había mantenido ocupado varios meses. Le conté que su padre había trabajado bajo las órdenes de Fridrich Jeckeln, un criminal de guerra nazi; que había participado en acciones antipartisanas en Bielorrusia, Rusia, Letonia y Lituania entre 1943 y 1944; que la guerra antipartisana era un eufemismo de limpieza étnica y crímenes de guerra. Me escuchó en silencio. No me interrumpió en ningún momento. Cuando finalmente habló, no intentó racionalizar nada ni aventuró ninguna hipótesis, no se justificó con frases como «bueno, pero en la guerra uno es un mandado» o «no sabemos exactamente lo que hizo». Simplemente dijo: «Ahora entiendo por qué mi padre no quería hablar de la guerra».

Nos quedamos un rato en silencio. ¿No había sospechado nunca nada? No. ¿Y Ekkehard? ¿Y Frieda? ¿Y Bernd? Nada. Quería preguntarle más cosas. ¿Cómo te hace sentir este descubrimiento? ¿Qué piensas de tu padre ahora? Eran preguntas de periodista sensacionalista. No se las hice. Su silencio ya era muy elocuente.

Richard nunca dejó de ser para mí un personaje de ficción. ¿Cómo iba a ser real un personaje que tenía un pasaporte con una esvástica ensangrentada? La segunda guerra mundial es una ficción. Mi abuelo es una ficción. Al contarle a mi padre lo que hizo Richard, lo convertí también para él en una ficción. «No me entra en la cabeza», me dijo un rato después. «Yo lo recuerdo tan formal, con su uniforme.»

Mi padre nunca se inmiscuyó en el proceso de escritura de este libro. Yo lo entrevistaba y él me contestaba lo mejor que podía. No quiso nunca leer nada. Pero un día en El Hoyo, comiendo en la terraza, me preguntó si iba a incluir la historia de Richard en el libro. No habíamos vuelto a hablar del tema, pero estaba claro que había pensado en él. Le dije que sí, que no podía ignorarlo. «Bueno.» Suspiró. «Pero yo no quiero ser recordado como el hijo de alguien que hizo esas cosas», me respondió. No recuerdo qué contesté. Creo que lo que realmente

le preocupaba no era la posteridad, sino lo que pudiera pensar yo de él. Como si de alguna manera hubiera heredado la culpa de su padre.

Unos días después me expresó más claramente esa preocupación. Me llamó a su butaca del salón con toda la solemnidad del mundo, como un jefe que te llama al despacho para decirte algo importante. «Te noto preocupado», me dijo. Tenía dos teorías. Una muy frívola y la otra muy seria. Le cuesta siempre encontrar el equilibrio entre la ligereza y la gravedad. Su primera hipótesis era que mi novia estaba embarazada. Por eso me veía inquieto. Cuando le dije que no era así, que vaya película se había montado, me contó su segunda hipótesis, que tenía que ver con Richard. «Creo que me guardas rencor por lo que hizo mi padre en la guerra.» No era verdad, claro. ¿Qué culpa podía tener él? Tenía cinco años recién cumplidos cuando terminó la guerra, y no ha sido hasta ahora, con más de ochenta, cuando ha descubierto lo que hizo su padre en ella. Quizá si lo hubiera sabido lo habría confrontado, como me hubiera gustado hacer a mí. Quizá si hubiera sabido que Richard participó en el Holocausto, no me habría puesto su nombre. Pero nunca supo nada. Mi padre conservó durante años el pasaporte nazi de su padre, pero no se paró a analizarlo. Su vida siempre ha tenido una sola dirección: hacia delante, sin mirar atrás. Si uno mira hacia atrás encuentra cosas feas. Muchos alemanes pensaron lo mismo en la posguerra. Mi padre ni siquiera se quedó en Alemania. Se mudó a Burgos en 1963, poco antes de que su generación empezara a preguntarle a sus padres qué hicieron durante el nazismo.

Mi padre suele citar una frase del excanciller Helmut Kohl en los años ochenta: *die Gnade der späten Geburt*, la suerte o gracia del nacimiento tardío. Los que nacieron en los años treinta o en los cuarenta se *salvaron* de asumir cualquier tipo de responsabilidad sobre el nacionalsocialismo porque eran niños o adolescentes. La culpa no es hereditaria. Bueno, no lo sé. Tal vez lo que no es hereditario es la responsabilidad; la culpa es mucho más complicada.

Mi padre dice que el mirlo ya no está soltero. Por eso su canto es más feliz. Creo que aún no lo sé reconocer, y menos esta mañana. Se oyen muchísimos pájaros, el ruido es ensordecedor. Es porque todavía no ha amanecido. Los pájaros cantan más a primera hora de la mañana, sobre todo en primavera. Los expertos lo llaman «coro del amanecer». Hay varias teorías. Según una de ellas, los pájaros cantan más por la mañana para demostrar que han sobrevivido a la noche. Yo apenas la he sobrevivido. En El Hoyo me cuesta mucho madrugar: el ruido blanco del mar y la baja presión me emboban. Son las siete de la mañana. Mi hermana bosteza y yo moqueo por la alergia. Esperamos a mi padre en el salón mientras termina de vestirse. La última vez que madrugué tanto en El Hoyo iba todavía al instituto. El autobús nos venía a buscar al amanecer. Hacía la ruta escolar de las pedanías: recogía a los niños que vivíamos entre las tomateras y nos dejaba en el colegio media hora antes de que empezaran las clases, porque luego hacía la ruta para los niños de Mazarrón. Llegaba tan temprano que en invierno era completamente de noche. Esperábamos asomados a la ventana y, cuando la luz de los faros aparecía al final de la carretera, salíamos corriendo. El autobús no nos esperaba. Muchas veces nos equivocamos y al llegar a la carretera comprobamos que las luces eran de un camión.

Si estamos despiertos tan temprano es por él. Todos los Domingos de Resurrección, mi padre se levanta antes del amanecer, baja a la playa, ve la salida del sol, hace varias fotos y se vuelve a la cama. En esta ocasión nos ha pedido que lo acompañemos. Le ha sorprendido que le dijéramos que sí. Es un ritual que adoptó de su abuelo Wilhelm. Dice que se despertaba al amanecer en Kurwien y bendecía la casa y el ganado con unas ramitas mojadas. Mi padre ha incorporado esta tradición a su luteranismo heterodoxo, o a su catolicismo luterano.

La relación de mi padre con la religión es extraña. De niño, íbamos a misa a iglesias católicas, yo estoy bautizado en la Iglesia católica y mi padre está obsesionado con la Virgen del Rocío. Pero si le preguntas, él te dirá que es luterano. Creo que por herencia, también porque se siente cómodo con la ética protestante del trabajo, el trabajo como redención. Supongo que

también hay algo luterano en él que va más allá de la tradición, que es convicción: la idea de que lo verdaderamente importante es la fe personal e intransferible e incomunicable, la relación privada (el monólogo interior) que tiene uno con Dios. Por eso nos decía cuando salíamos de misa que no pasaba nada si no nos gustaba lo que decía el cura; lo importante era nuestra conexión directa con Dios. Esta visión luego contrasta mucho con sus romerías para ver a la Virgen del Rocío, llenas de exaltación muy poco protestante.

Bajamos al mar. Mi hermana anda con él del brazo. Mi padre lleva la capucha de la sudadera puesta y se queja del relente. Yo voy detrás con una silla. Nos plantamos frente a la orilla. Todavía quedan unos minutos para que amanezca. «¿Por qué es de día si todavía no ha salido el sol?», pregunta mi hermana. «Ahí está ya el mirlo, ¿eh?», dice mi padre. «Y el cormorán, mira cómo vuela. Pero este año vuela al revés.» «¿Por qué?» «No lo sé.» «No entiendo a la gente que se pone sonidos de pájaros para relajarse, a mí me pone super nerviosa», dice mi hermana. Es verdad que se les oye incluso desde la orilla. Ya son las 07.40. «¿Eso es el oeste?», pregunto. «Supongo», dice mi padre. «El sol sale por Antequera.» Miro en Google si el sol sale por el este o por el oeste. No es solo incultura general; también soy incapaz de orientarme y carezco de imaginación espacial. «Ahora cuando empieza a salir, cada uno piensa sus más íntimos pensamientos», dice mi padre. «¿No es deseos?» «Bueno, deseos, agradecimientos, puedes pensar lo que quieras.» No paro de estornudar. «Ya sale, ya sale.» Son las 07.44. «Con la resurrección de Dios, todo empieza de nuevo», dice mi padre. Otro estornudo. «¿Vosotros sabéis hacer selfies?» La foto está hecha a contraluz y no se nos ve la cara, pero sonreímos.

Al subir de la playa, mi padre me pide que lo acompañe a la parte de atrás de la casa. Hay tres olivos escuálidos. Rompe una rama, la moja con la manguera y la sacude hacia mí. Luego se acerca a la casa, sacude la rama frente a la puerta y entra con ella. «¡Papáaaa!», se queja mi hermana. También la ha mojado a ella. «Pero la bendición más húmeda te la has llevado tú», me dice. Me ha empapado. Mi hermana se vuelve a la cama. Mientras hago café, mi padre busca en un cajón cerillas para

encender la vela frente a la Virgen del Rocío. Nos sentamos a desayunar. Mi padre mastica lentamente la mona de Pascua. Corro las cortinas. Esto no parece una casa frente al Mediterráneo: está decorada como si estuviera en otra latitud, con muebles de madera oscura y cortinas gordas y sillas tapizadas de ante y un sofá de cuero que en verano es insoportablemente pegajoso. Entra un sol cegador. Ahora sé que sale por el este. Ilumina la mesa, sobre la que está la rama de olivo, las pastillas de mi padre, los huevos de Pascua coloreados que compra en el Mercadona y que de niños nos escondía por toda la finca. El concierto de pájaros sigue, pero ya no es tan ruidoso. Estamos bendecidos.

AGRADECIMIENTOS

A mi padre, por aguantar mis entrevistas, por respetar mi trabajo y confiar en mí, por ser mi lector más fiel, porque este libro es para él. A mi madre, por su comprensión y amor incondicional. A Dani, Aloma y Zita, mis primeros lectores y correctores y las personas de las que más aprendo cada día. A Silvia, porque su cariño y apoyo me sacaron varias veces de lo más hondo. A Manu, Mike, Marta, Carlos, Dani, Paco, Sergio, Dani, Javi, María, Carlos y muchos más por su amistad y por haberme aguantado durante años hablando de este proyecto. A mi hermana Marta, un pilar de sentido común en esta loca familia: perdón por desvelar en este libro tu nombre completo. A Conchita, porque su energía y compasión ayudan a mi padre a seguir adelante.

A Luis por su confianza, su lectura atenta, sus consejos; este libro sería muy diferente, y mucho peor, sin su intervención. A Fátima, por su edición profesional y su paciencia. Al jurado del Premio de No Ficción Libros del Asteroide (Jordi Amat, Daniel Capó, Leila Guerriero y los ya mencionados Daniel Gascón y Luis Solano), por la oportunidad de escribir este libro. A los lectores, tuiteros y demás amigos digitales que me han apoyado durante años.

FUENTES Y OBRAS CONSULTADAS

ANÓNIMA, *Una mujer en Berlín*, trad. Jorge Seca Gil, Barcelona, Anagrama, 2005.

ANTONY BEEVOR, *Berlín. La caída*. 1945, trad. David León, Barcelona, Crítica, 2002.

G. H. BENNETT, «Exploring the World of the Second and Third Tier Men in the Holocaust: The Interrogation of Friedrich Jeckeln: Engineer and Executioner», *Liverpool Law Review*, 2011.

CHRISTOPHER CLARK, *El reino de Hierro: auge y caída de Prusia. 1600-1947*, trad. Carlo Caranci Díez-Gallo, Madrid, La Esfera, 2016.

J. M. COETZEE, *Mecanismos internos (Ensayos 20002005)*, trad. Eduardo Hojman, Barcelona, Literatura Mondadori, 2009.

MARION, COUNTESS DÖNHOFF, *Before the Storm. Memories of My Youth in Old Prussia*, Nueva York, Knopf, 1988.

STIG DAGERMAN, *Otoño alemán*, trad. José María Caba, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2021.

R. M. DOUGLAS, *Orderly and Humane. The Expulsion of the Germans after the Second World War*, Yale University Press, 2013.

FELDGRAU, German Armed Forces Research 1918-1945. Disponible en: https://www.feldgrau.com/WW2-Germany-Wilhelm-Gustloff-Cruise-Liner/

GÜNTER GRASS, *A paso de cangrejo*, trad. Miguel Sáenz, Madrid, Alfaguara, 2003.

VASILI GROSSMAN, *Un escritor en guerra: Vasili Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945*, trad. Juanmari Madariaga, Barcelona, Crítica, 2005.

RAUL HILLBERG, *La destrucción de los judíos europeos*, trad. Cristina Piña Aldao, Madrid, Akal, 2002.

HARALD JÄHNER, *Aftermath. Life in the Fallout of the Third Reich (1945-1955)*, WH Allen, Londres, 2021.

WALTER KEMPOWSKI, *Todo en vano*, trad. Carlos Fortea, Barcelona, Libros del Asteroide, 2020.

CHRISTINA LAMB, *Nuestros cuerpos, sus batallas: Lo que la guerra hace a las mujeres*, trad. Margarita Estapé, Barcelona, Principal de los Libros, 2020.

SIEGFRIED LENZ, *¡Qué bello era Suleyken!*, trad. Mª Carmen

González, Barcelona, Caralt Editores, 1982.

GILES MACDONOGH, *Después del Reich. Crimen y castigo en la posguerra alemana*, trad. José Luis Gil Aristu, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2010.

CZESŁAW MIŁOSZ, *Tierra inalcanzable. Antología poética*. Traducción, selección y prólogo de Xavier Farré, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.

NORMAN M. NAIMARK, *The Russians in Germany. A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949*, Cambridge, Harvard University Press, 1997.

CATHRYN PRINCE, *Death in the Baltic. The World War Two Sinking of the Wilhelm Gustloff*, Griffin, 2014.

GÉRALDINE SCHWARZ, *Los amnésicos. Historia de una familia europea*, trad. Núria Viver, Barcelona, Tusquets, 2019.

JULIE SEDIVY, «The Strange Persistence of First Languages», *Nautilus*, 2 de noviembre de 2015.

«El niño es padre del hombre.»
WILLIAM WORDSWORTH

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Mi padre alemán*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en @LibrosAsteroide o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.

Nota biográfica

Ricardo Dudda (Madrid, 1992) es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Es autor de *La verdad de la tribu. La corrección política y sus enemigos* (2019). Con *Mi padre alemán* (Libros del Asteroide, 2023) ha resultado finalista del II Premio de No Ficción Libros del Asteroide.

- No recordó en el momento el término en español, «bombardino».
- Salvo la ciudad de Königsberg, ahora Kaliningrado, que forma parte de Rusia.
- Que yo sepa, no ha escrito ningún libro, pero es otro ejemplo del Gernot que da discursos: el *pathos* por encima de todo.
- Le pregunté por esto y me dijo que no sabía de dónde sacó esa información el periodista.
- Estoy casi seguro de que esto es un chiste que ha interiorizado como un recuerdo.
- A las afueras de Gerbitz hay un complejo funerario del Neolítico.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Mi padre alemán*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

Todo en vano, Walter Kempowsi

La frecuente oscuridad de nuestros días, Rebecca Donner

Mi madre era de Mariúpol, Natascha Wodin